ZOE SCOTLAND



Una institutriz para el hijo del CONDE

Una institutriz para el CONDE

Aristócratas y Cazadoras

ZOE SCOTLAND

Derechos de autor © Febrero de 2025 ZOE SCOTLAND

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Decicado a mi compañero, que aunque un día dijo que despues de muchos años de relación soy su compañera, mi corazón romántico se resigna a pensar que debió expresarse mal. Probablemente quiso decir seguramente que el amor había crecido hasta alcanzar otra etapa.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
FIN

Una institutriz
para el hijo del
CONDE

Prólogo

Junio de 1818
Hogar de Eustace Puddlemere
Propiedad situada en Milltown, Dublín, Irlanda

Doce, más cuatro, más uno, menos veinte…

Marianne ya no sabía cómo contar para que el resultado fuera en positivo y no al contrario. Pero aunque inventase alguna forma de hacerlo, sería inútil, porque el dinero no aparece cuando tú lo deseas, y eso ella lo sabía bien.

Cuando terminó con aquella tarea, cerró el libro de cuentas y de forma automática arremetió un golpe con su puño sobre la mesa debido a la frustración que sentía.

Levantó la vista y la cara de sus dos hermanas estaban allí, frente a ella, la miraban muy serias.

—¿Tenemos algún problema? —preguntó Carlota, la más mayor de las dos.

Marianne sonrió. ¿Alguno? Menudo chiste. Tenían muchos problemas, pero no pensaba decírselo a dos niñas de doce y quince años. Ella seguía siendo la mayor y debía de ocuparse de todo como lo estaba haciendo hasta ahora. Bueno, estaría bien que fuese mejor que hasta ahora, porque los últimos meses estaban siendo de los más complicados de resistir.

—¿Qué hacéis todavía sin vestir? —dijo con firmeza, confiando en dar por finalizado el escrutinio al que la habían sometido y del que no estaba dispuesta a decir nada más.

—Es domingo, la señorita Susan no vendrá hoy —respondió la pequeña de ellas.

Ni hoy ni ningún otro día más, recordó Marianne.

Susan era una joven institutriz que había accedido a enseñar a las más pequeñas de las Stretton a cambio de unos pocos chelines a la semana, pero Marianne se había visto obligada a comunicarle a la joven Susan que ella misma se encargaría de la enseñanza de sus hermanas a partir de este momento, pues después de comprar algo de comida, y ropas nuevas para el verano, se habían quedado sin blanca. Confiaba en que este sería el último verano en que Carlota y Jane crecerían. Ya que se habían convertido en dos mujercitas bien grandes, así es que a partir de ahora el dinero de la ropa se lo podrían ahorrar.

—No soporto veros en camisón. Colocaos ahora mismo un vestido y salir al campo a que os dé el aire.

—No hemos desayunado todavía —dijo Carlota.

—Yo os prepararé el desayuno, mientras, vosotras corred a cambiaros.

Marianne se encaminó hacia la cocina y se dispuso a batir dos de los últimos seis huevos que quedaban en la cesta, rebuscó dentro de una bolsa de tela y sacó dos mendrugos de pan duro.

Cuando el revuelto estuvo hecho, colocó dos platos en la mesa y llamó a sus hermanas.

Una vez sentadas, comenzaron a comer.

Marianne se sentó junto a ellas, era el único momento del día que podía captar la atención de las niñas y así leerles un pasaje de la biblia como su madre había hecho con ella cuando era niña.

—Josué 1:9, Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas —pronunció Marianne.

—Pues yo no lo veo por aquí. No estaría demás que nos hiciera una visita, eh —dijo Carlota mirando hacia arriba.

—¡No blasfemes! —le riñó Marianne.

—No lo hago, si lo hiciera lo sabrías. Solo digo que parece que se ha debido de olvidar de las Stretton, debe andar muy ocupado con los Middleton.

—Ayer mismo vi como su criada se zampaba un pan relleno con vete a saber qué, y después se comió hasta un bizcocho de chocolate. Si los criados comen así, ¿de qué manjares disfrutarán los señores? —gruñó Jane.

—No me gusta que espiéis a los vecinos —volvió a reñirles Marianne.

—En realidad fue Susan la que espiaba a los vecinos, nosotras solo espiábamos a Susan —se defendió Jane.

Marianne puso los ojos en blanco. Conocía bien a esos dos demonios incorregibles que le habían tocado como hermanas, y se rindió.

—¿Qué haréis hoy en mi ausencia? —les preguntó.

—Seremos felices —respondió Jane sin disimulo.

Marianne se volvió enfadada.

—Lo que ha querido decir Jane, es que seremos felices yendo al puerto para ver si algún pescador benévolo regala un buen pez a dos niñas famélicas. —Carlota puso carita de angelito.

—No quiero que mis hermanas mendiguen —les dijo Marianne.

—Creo que no es necesario que nos continúes mintiendo, somos mayores para conocer la verdad —le respondió Carlota.

Marianne no esperaba que aquella conversación llegase, o al menos no tan pronto.

—No sé a qué te refieres.

—No desayunas nunca con nosotras, y aunque te empeñes en decirnos que ya lo has hecho, sabemos que es mentira, cada día estás más delgada. Trabajas para el tío Eustace hasta los domingos, no sé cómo soportas que te trate así, y no recordamos cual fue la última vez que comimos carne.

Marianne quería mantener a la familia unida. Y eso fue lo único que respondió.

—No queremos que sigas yendo a esa casa —le pidió Jane.

—Él es nuestra única fuente de ingresos, además de que nos permite vivir aquí sin tener que pagar ninguna renta. Es lo mejor a lo que podemos optar.

—Estoy dispuesta a casarme —las sorprendió Carlota.

—No quiero volverte a escuchar decir eso. ¿Me oyes? Solo tienes quince años, eres una niña.

—No lo soy, ya he sangrado, he escuchado decir que si ya has sangrado puedes casarte y darle hijos a tu esposo —volvió a sorprender Carlota.

—¡Por Dios santo, qué barbaridades te han dicho! No vas a casarte con nadie, y menos tendrás hijos con tu edad —sonó horrorizada.

—El señor Gideon me ha hecho una oferta.

Fue escucharlo, y caerse al suelo del susto.

—¿Cuándo has visto al señor Gideon sin estar yo presente? —le preguntó desde abajo.

—Viene todos los domingos por la tarde, suele hacerlo después de comer, nos trae pasteles y se sienta un rato con nosotras a conversar —dijo Jane—. Bueno eso es lo que dice, que se queda a conversar, pero lo cierto es que pasa todo el tiempo mirando el rostro de Carlota. Da miedo la forma en la que la mira.

—¿Por qué demonios nadie me ha dicho nada antes?

Marianne estaba al borde de un ataque de nervios.

—Precisamente por esto. —La señaló Carlota—. Sabíamos que enloquecerías, y por el momento el señor Gideon se ha comportado honorablemente.

—¿Honorablemente? ¿Qué hay de honorable en visitar a dos niñas cuando están solas? ¡Nada! —gritó poniéndose en pie.

—Casi lo tengo decidido, solo debo de ajustar un poco más la suma de libras que recibiremos si me caso con él.

Marianne sabía que si a su hermana Carlota se le metía algo en su dura cabeza no cesaría en su empeño, así que no le quedó otra que decir aquello.

—Está bien. Habrá una boda —dijo sorprendiendo a sus hermanas—, pero no serás tú quien te cases, me casaré yo. Tengo cuatro años más que tú.

—Pero a ti no te lo ha pedido —dijo Carlota.

—No vuelvas a hablar del señor Gideon, te prohíbo que le dejes entrar a esta casa. Y no, no me casaré con el viejo ese baboso, nadie debería hacerlo. Da repelús solo mirarle de lejos.

—Pues imagina de cerca —añadió Jane.

Carlota le arremetió un codazo.

—¿En qué estabas pensando cuando te decidías en casarte con ese hombre? —le preguntó

Marianne a su hermana.

—En lo mismo que tú. Mantener la familia unida —Levantó la barbilla.

—Eso no es responsabilidad tuya.

—Tampoco la tuya, es la de nuestros padres. —Los labios de Carlota se curvaron hacia abajo.

—Ellos lo hicieron lo mejor que supieron. Si hubiesen conocido que el tío Eustace nos trataría de esta manera, habrían dejado a sus hijas a cargo de otra persona.

—Lo que hicieron mal fue morirse —su voz se apagó en la última palabra.

—Jane, papá y mamá no podían saber que aquella noche su coche de caballos sufriría tal accidente.

—¿Los hechas de menos? —le preguntó Jane a Marianne—. ¿Era guapa? —dijo mientras Marianne la apretaba en un abrazo.

—Era igualita a ti. De las tres, tú eres su vivo retrato. Tienes el mismo color castaño de pelo, y los ojos del mismo tono verde que ella, imagino que las pecas de tu rostro son herencia de nuestro padre, y por eso no hemos podido escaparnos ninguna de las tres.

—Llegas tarde, recuerda que si te retrasas más de tres minutos te pagará la mitad —anunció Carlota secándose una lágrima de su mejilla.

Marianne cogió su bolso que colgaba del respaldo de una silla, y dándole un beso en la cabeza a Jane se dirigió hasta la puerta.

—Ni se te ocurra desobedecerme. Gideon no volverá a poner un pie en esta casa —dijo, y miró muy seria a su hermana Carlota.

Estaba decidido. Marianne iba a tener que casarse, no había otra solución a su ruina financiera.

Capítulo 1

Junio de 1818
Hogar de Eustace Puddlemere
Propiedad situada en Milltown, Dublín, Irlanda

—¿Qué desea que hagamos hoy, señor? —preguntó despistada Marianne a su tío.

La conversación sobre la propuesta de matrimonio del viejo Gideon a su hermana Carlota la había dejado fuera de juego para todo el día.

—Ven, siéntate cerca, debemos hablar —le respondió.

Jamás en los diez años que llevaba viviendo bajo el abrigo de su tío le había pedido que se sentase con él a conversar. Y aquello podía ser bueno, o malo.

Marianne agarró el respaldo de una de las sillas que adornaban la sala del comedor y la colocó cerca de su tío Eustace.

—Aquí estoy, dígame.

—Como ya sabes, el día que tus padres se marcharon de este mundo, se me comunicó que debía de hacerme cargo de sus tres hijas. La que menos trabajo daba eras tú que tenías diez años, pero tus hermanas eran demasiado pequeñas como para ponerlas a servir.

Que gran corazón el de su tío, poner a servir a su sobrina de diez años…

Marianne escuchaba atenta, y de vez en cuando asentía con la cabeza.

—Alimentaros y daros cobijo no ha sido fácil —decía, mientras a Marianne le hervía la sangre al recordar que solo hacían dos comidas al día la mayoría del tiempo—. Ahora que sois

mujeres de provecho, ha llegado el momento de que me devolváis lo que he invertido en vosotras.

—¿Qué? —espetó Marianne.

—Disculpa. Sobrina, sería más correcto, en lugar de esa palabra que acabas de pronunciar. Disculpa o perdón.

—Perdón, ¿puede aclararme si lo que me está pidiendo es que le pague una suma de dinero que no tengo, por haberse encargado de nosotras? —gritó Marianne, levantándose de un salto de la silla.

—Deberías de haber podido ahorrar, te he pagado todas las semanas por hacerme compañía.

—Recuerde que desde que empezó a darme esa pequeña asignación por ser su criada personal —no dudó un segundo en decirlo—, también dejó de alimentarnos. Así que he tenido que emplear esa asignación para comprar comida.

—Entonces —se rascó la vieja calva—, me tendrás que devolver el dinero cuando tu hermana se case con el señor Gideon.

¿Lo sabía? ¿Era posible que su propio tío conociera esa atrocidad y no se opusiera? ¡Qué vergüenza!

—No será ella quien se case, Carlota es tan solo una niña, seré yo quien lo haga. —Prefirió dejar la batalla a un lado, pues de haberle increpado como estaba deseándolo hacer, estaba segura de que la sangre habría teñido aquella alfombra bajo sus pies que limpiaba ella misma cada martes.

—No creo que el señor Gideon acepte a otra mujer que no sea Carlota —dijo con una mirada perversa en su rostro.

Le estaban dando unas ganas inmensas de propinarle un golpe en su ridícula cara, pero también se contuvo y solo respondió con palabras.

—Tengo una mejor oferta. Solo que tendré que viajar a Londres, y mientras tanto deberá de cuidar y proteger a mis hermanas.

—Marianne, la propuesta con el señor Gideon me quitaría de manera rápida una carga pesada, además de que saldaría la deuda que crece mes a mes. No veo lugar a la espera que me pides —hizo una pausa para recolocar su gordo trasero en el sillón—, a no ser que tu oferta sea extremadamente ventajosa. —Levantó una de sus cejas peludas.

—Así es, el caballero que me pretende, pertenece a la buena sociedad de Londres, es por eso por lo que debo viajar allí —mintió.

—Haberlo dicho antes, sobrina querida, eso es otra cosa —dijo mirando el reloj que le había costado mucho esfuerzo sacar de su apretado bolsillo del pantalón—. Y ahora, creo que deberías de ir a tu casa, sí, corre, ve, date prisa, o no podrás salvar a tu hermana de las garras de Gideon.

Marianne abrió mucho los ojos al escuchar a su tío, y casi sin tocar el suelo con los pies voló hasta su casa.

La casa era una pequeña choza levantada a pocos pasos de la casa grande familiar, y en apenas dos minutos llegó.

Comenzó a gritar al llegar y ver la puerta abierta. Nada más atravesar el salón, escuchó los gritos de sus hermanas, sumados a los fuertes golpes de lo que parecían cazos o sartenes.

—¡Por mil demonios! ¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó al ver al señor Gideon tirado

en el suelo, y sobre él, a sus dos hermanas atizándole con cucharones de servir, cazos y sartenes.

—Menos mal que ha llegado, señorita Stretton, se han vuelto locas y han comenzado a golpearme.

El señor Gideon se puso en pie alejándose a la vez de Carlota y Jane. Y arreglándose sus ropas, se dirigía a la puerta cuando Marianne se colocó frente a él impidiéndole el paso.

—Y dígame, señor Gideon, ¿qué pretendía un hombre como usted viniendo a un hogar como este?

—Tenía la intención de casarme con su hermana, pero ya he podido ver que no es la muchachita sumisa que aparentaba.

Jane soltó una carcajada al escuchar decir sobre su hermana Carlota que aparentaba ser sumisa. Marianne rápido la fulminó con la mirada.

—Es usted un mentiroso, me arrinconó ahí mismo —señaló a un punto de la cocina Carlota—, y pegó su cuerpo al mío tanto que podía notar la indecencia abultada que esconde en su pantalón.

Al escuchar lo que Carlota acababa de decir, Marianne se remangó los puños de la camisa, y con dos golpes secos lo derribó.

—Saquémosle a la calle, cuando despierte se marchará —dijo acariciándose los nudillos.

—Menudo gancho de derechas. —Sonrió Jane.

—No es para tanto, aunque espero que tú también le dieras bien fuerte a este cerdo.

Lo cogieron de los zapatos, Marianne de uno, y Jane y Carlota del otro, y lo fueron arrastrando por la casa mientras golpeaban su cabeza con todos los muebles que se encontraban a su paso.

Cuando cerraron la puerta, entonces, respiró profundamente y les anunció que se iba. Ellas debían mudarse a la gran casa con su tío, era lo que había acordado para su protección mientras estuviese fuera les dijo. No, no era verdad, pero lo iba a ser, porque después de encontrarse al cerdo de Gideon en su casa y conociendo que su propio tío sabía de sus intenciones, era lo menos que iba hacer por ellas, o se enfrentaría a una denuncia, al menos social.

—¿A dónde vas?

Tuvo que inventarse algo rápido. No sabía cómo de inteligentes eran sus hermanas, ni tampoco conocía si guardarían un secreto de esa índole. Así que mintió.

—Me marcho a Londres, me he resignado a continuar aquí junto a vosotras creyendo que es lo mejor para todas, pero voy a aceptar el compromiso de un conde —lo dijo, y de forma inmediata cerró los ojos sabiendo que había exagerado mucho su mentira. ¿Cómo demonios iba hacer ahora para casarse con un conde?

—¿Estás de broma? —exclamó Jane.

Marianne pensó que se había pasado mucho en su invención, y que si unas niñas no se lo creían cómo iba hacer para que se lo creyera el resto.

—Lo sabía. Sabía que todas esas noches sin dormir eran el motivo de tu amor. Lo he escuchado decir a las señoritas de Fuller´s.

Oh, Virgen santísima. ¿Qué narices hacía Carlota en un lugar cómo ese?

—No puedes ir a ese lugar. Es un sitio oscuro donde las señoritas que han perdido la reputación se ven obligadas a trabajar.

—No seas estúpida. Yo no he entrado, son ellas las que los domingos se acercan al puerto a despedir a sus novios.

¿Novios? Carlota pensaba que eran sus novios todos aquellos clientes que pagaban por su compañía…

Se había quedado muda. No sabía si era bueno asentir y que continuase confundida, o corregirla en su equivocación. Pronto pensó que su madre decía que cada cosa a su tiempo, que no había necesidad de saberlo todo pronto. Así que asintió con la cabeza, y les pidió que hicieran las maletas para llevarlo todo a la casa grande.

Capítulo 2

Junio de 1818
Hogar de Eustace Puddlemere
Propiedad situada en Milltown, Dublín, Irlanda

En la casa grande, Eustace Puddlemere ojeaba el periódico por encima. Marianne se preguntaba cómo había conseguido hacer dinero aquel hombre tan necio que tenía frente a ella.

—Permítame que le lea yo, tío —le dijo tomando el periódico en sus manos.

Era el único momento del día que ella conocería otras cosas que pasaban fuera de aquellas tierras.

—Sí, lee bien alto, que además de fallarme la vista también me estoy quedando sordo. No me leas las columnas de política, ni la parte donde inscriben a los muertos. No entiendo por qué hacen eso, si ya están muertos, ninguno de ellos lo verá. Ve directa a la parte en la que hablan de la sociedad londinense.

—Pero eso siempre nos lo hemos saltado, tío.

—Ahora que voy a pertenecer a ella debo de estar al corriente de todo lo que ocurre en la alta sociedad.

Está bien, se dijo para ella misma.

Comenzó a ojear cada página del periódico buscando algo que pudiera decirle sobre la nobleza británica que tanto ansiaba conocer su tío, pero nada interesante había en esas páginas.

Se lo inventó, bueno, no todo, utilizó algunos nombres que había visto y después creó

alguna historia ficticia.

—El barón de Tugrik presentará este año en sociedad a su hija pequeña. Después de la experiencia de su hermana en la temporada anterior, la familia espera poder casar otra hija con la misma brevedad —pronunciaba como si de verdad lo leyese.

—Más, más, lee otro cotilleo de esos.

—¿No prefiere que le lea algo más interesante como lo que está ocurriendo el Liverpool? —preguntó Marianne.

—Revoluciones, odio escuchar esa palabra.

—Pero al parecer la revolución industrial se abre paso a una velocidad increíble. Es una buena noticia.

—Solo para los empresarios, yo con saber que hemos dejado atrás el año sin verano me doy por satisfecho. Los cultivos volverán a dar alimento. Pero si quieres leer algo de esos avances de los que todo el mundo habla, adelante.

Volvió tres páginas atrás para centrarse en las noticias verídicas e importantes.

—El conde de Derby, William Stanley, hará su primera aparición en Liverpool después de haber estado recluido en su casa de Londres por más de un año después de que un fatídico accidente se cobrara la vida de su esposa. Visitará Liverpool para dejar inaugurada la destilería de la que es propietario, así como dar a conocer la maquinaria para destilación con la que espera ganar más del doble del dinero que ganó en el último año.

—¿Lo ves? No hay nada importante en esas noticias. Los ricos se hacen más ricos, mientras los de clase obrera o deben trabajar más, o esas máquinas del infierno terminarán ocupando su trabajo.

—Quizá sea para que los trabajadores no hagan esfuerzos físicos. He escuchado que en el puerto de Howth, han construido una grúa para levantar el peso de las barricas de peces, antes las levantaban los hombres.

—Las mujeres no servís para dialogar, decís necedades. Deja de leer, no sé por qué te permito que lo hagas —dijo jactancioso.

Marianne cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa del té.

—Cuide de ellas, espero que no haga falta que le recuerde que deben comer al menos tres veces al día, y no las ponga a servir, ellas deben estudiar a diario. Creo que tampoco es necesario que le recuerde que regresaré casada con un caballero de la nobleza, así es que no me decepcione, tío.

Las dos niñas entraron en el salón decididas a adular a su tío.

—Tío Eustace, qué alegría verle de nuevo, pensábamos que estaría fuera de viaje, llevamos casi dos años sin que nos visite —dijo Carlota dejando ver sus grandes dotes para la interpretación.

—No digas bobadas, el tío está muy ocupado encargándose de todo lo que implica llevar una casa. Debe ser una tarea dificilísima —añadió Jane además regalándole una reverencia.

Estaba claro que ellas sabían bien como hacerle la pelota al tío Eustace. Mientras vivieran allí con él, no tendría de qué preocuparse.

Marianne debía irse tan pronto como pudiera, cuando antes lo hiciera, antes encontraría esposo, y antes podría regresar a por sus hermanas, pero necesitaba algo antes de marcharse. Necesitaba un poco de dinero para al menos sacar un billete de barco que la llevaría hasta

Liverpool, y después a Londres.

En el pequeño salón de la residencia de Eustace Puddlemere, Marianne estaba sentada en el borde del sofá, ajustando cuidadosamente un mechón suelto de su cabello, con una expresión inocente. La joven sabía que, en asuntos de dinero, su tío Eustace era más reacio que un burro a cruzar un puente, pero también era un hombre vanidoso, y hoy esa vanidad le serviría a ella.

Eustace, por su parte, se encontraba cómodamente instalado en su sillón favorito, con una copa de brandy en una mano y su habitual ceño fruncido en el rostro. La mención de su sobrina de que un asunto urgente debían de tratar, lo había sacado de su tranquila lectura de *Las desventuras de un noble en bancarrota*, un libro que, si alguien le preguntaba, diría que le parecía absolutamente ridículo y totalmente inverosímil, pero que seguía leyendo con un interés difícil de justificar.

—Tío Eustace —comenzó Marianne con un tono dulce—, necesito hablar con usted de algo... de suma importancia.

El hombre levantó la vista, desconfiado, como quien observa una nube oscura acercándose en un día soleado.

—¿De suma importancia, dices? Eso suele traducirse como costoso en el idioma de las damas jóvenes.

Marianne dejó escapar una risita, como si el comentario no hubiese dado justo en el blanco.

—¡Oh, no diga eso! Es solo que, bueno, usted sabe que la oferta en matrimonio que he recibido, es de un caballero de la nobleza inglesa.

Eustace alzó las cejas.

—Ah, sí, claro, el caballero ¿cómo era su nombre?

—Ese detalle no es importante, tío —corrigió Marianne con una expresión soñadora que, si bien era perfectamente ensayada, tenía el efecto deseado—. Es un conde.

Eustace carraspeó. La palabra conde siempre tenía el poder de captar su atención.

—¿Y qué pasa con este conde?

—Él titubeó—, él me espera en Liverpool —continuó ella, inclinándose un poco hacia adelante, colocando sus manos elegantemente cruzadas sobre su regazo—. Desea solicitar las licencias matrimoniales y preparar todo para nuestro enlace, pero, claro para eso debo de ir hasta Londres, y para llegar hasta allí, debo viajar en barco.

—¿Viajar en barco? ¿Desde Irlanda? —repitió el hombre, enderezándose ligeramente en su asiento. Sus ojos se estrecharon, como si ya percibiera el inevitable resultado de aquella conversación.

—Así es, tío. Y aquí es donde necesito su ayuda.

Hubo un largo silencio. Eustace dejó su copa de brandy sobre la mesa con un leve sonido del cristal chocando con la piedra maciza de la mesa, y la miró como si estuviera evaluando el costo exacto de sus palabras.

—¿Y cuánto, exactamente, me costará este romance?

Marianne reprimió una sonrisa triunfal. Estaba cerca de lograrlo.

—Oh, tío, apenas unas pocas libras. Solo para cubrir el billete, y bueno, quizá algo para los gastos del trayecto.

Eustace dejó escapar un suspiro teatral, pero ya estaba alcanzando su billetera, lo que le

confirmó a Marianne que había ganado la partida.

—Deberías saber, muchacha, que los hombres con títulos no siempre tienen bolsillos tan profundos como aparentan. Espero que antes de nada averigües si podrá pagar tus deudas.

Marianne sonrió, alargando la mano para tomar el dinero que él le ofrecía.

—Oh, no se preocupe, tío. El conde es muy generoso. Estoy segura de que le compensará por todo esto una vez que estemos casados.

Eustace bufó, pero no añadió nada más. Si bien su naturaleza tacaña le instaba a seguir sermoneándola, la idea de tener a un conde como sobrino político era un pensamiento demasiado tentador como para dejarlo pasar.

Mientras Marianne se levantaba con una elegante inclinación de cabeza, ocultó una sonrisa traviesa. No había ningún conde esperándola en Liverpool, claro, pero eso no era algo que su querido tío necesitara saber.

Y con ese pensamiento, salió del salón, dejando a Eustace hundido nuevamente en su libro, convencido de que había hecho una sabia inversión en el futuro de la familia Puddlemere.

Capítulo 3

Junio de 1818
Hogar de Eustace Puddlemere
Propiedad situada en Milltown, Dublín, Irlanda

La mañana había traído consigo un aire fresco y un cielo despejado, aunque dentro del vestíbulo de la casa de los Puddlemere, el ambiente era cualquier cosa menos ligero. Marianne Stretton se ajustó los guantes con una precisión exagerada, no porque estuvieran torcidos, sino porque era más fácil concentrarse en algo tan trivial que en la mirada de sus hermanas.

Carlota, con sus quince años, intentaba parecer compuesta y madura, aunque el temblor de sus manos la traicionaba. Jane, en cambio, no se molestaba en ocultar el brillo de sus lágrimas, que amenazaban con caer en cualquier momento.

—Así que te vas —dijo Jane con una voz temblorosa—. ¿Y nos dejas con... con él?

La palabra *él* fue pronunciada como si se tratara de un villano en una obra de teatro, y aunque no lo dijo directamente, todos sabían que se refería al tío Eustace. Desde el salón contiguo, el mencionado tío Puddlemere tosió de forma dramática, sin duda para que todos recordaran que, aunque no estaba presente en cuerpo, estaba muy al tanto de todo lo que se decía.

—Jane, no seas melodramática —intervino Carlota, lanzándole una mirada severa que no terminaba de ser convincente—. El tío Eustace no es tan terrible.

—¿Ah, no? —replicó Jane, cruzando los brazos con un aire retador, que habría sido admirable si no fuera porque estaba al borde de romper a llorar—. ¡Entonces cambiaremos de opinión cuando nos obligue a cenar avena todos los días y no podamos encender una vela

después del atardecer porque, según él, la luz es un gasto innecesario!

Marianne se llevó una mano al rostro para ocultar una sonrisa. Sabía que no debía reír, pero, por alguna razón, las quejas de Jane siempre tenían un toque tan dramático que rozaban lo cómico.

—Escuchadme bien, las dos —dijo Marianne, enderezándose y mirando a sus hermanas con toda la solemnidad que pudo reunir—. Sé que las cosas no serán fáciles. Sé que el tío Eustace puede ser… bueno, algo particular.

—Particularmente insoportable —murmuró Jane, lo bastante bajo como para que Marianne pudiera fingir que no la había escuchado.

—Pero esta es nuestra oportunidad, ¿lo entendéis? Si todo sale bien, regresaré con un esposo rico y con una casa propia, donde vosotras podréis vivir sin preocuparos por nada.

Carlota alzó la barbilla, tratando de mantenerse firme, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Y si cuando llegues no está ese esposo rico? ¿Qué pasará entonces?

—Por supuesto que estará —respondió Marianne con una sonrisa segura que escondía sus propias dudas—. Estamos hablando del conde de Denver, ¿recordáis? Los condes no andan por ahí deshaciendo compromisos matrimoniales. Eso es impensable.

Jane frunció el ceño.

—¿Y si cambia de opinión?

—Entonces encontraré a otro —declaró Marianne con una ligereza que no sentía, pero que parecía calmar a sus hermanas—. Londres está lleno de buenos partidos, y creedme, sé cómo reconocerlos.

La declaración tenía tanta convicción que hizo que Carlota dejara escapar un suspiro de alivio. Sin embargo, Jane, siempre más intuitiva, seguía mirándola con sospecha y tristeza.

—Prométenos que volverás —pidió Jane, la que hizo que su voz bajara tantos tonos hasta convertirse en inaudible—. Pase lo que pase, prométenos que regresarás a por nosotras.

Marianne se inclinó y tomó las manos de sus hermanas.

—Os lo prometo. No importa lo que pase, regresaré.

Desde el salón, la voz de Eustace repicó, como si el hombre no pudiera soportar un momento más sin que alguien hablara de él.

—¿Piensas quedarte ahí lloriqueando todo el día, Marianne? El carruaje no va a esperar por siempre, y ya me has costado suficiente.

Jane resopló con exasperación, y Carlota tuvo que contener una risita. Marianne se puso en pie, alisando las arrugas inexistentes de su vestido y mirando a sus hermanas con un brillo triste en los ojos.

—Ya lo veis, niñas. No puedo quedarme ni un minuto más, o el tío terminará escribiendo un manual titulado *Cómo destruir una fortuna en un solo viaje a Londres*.

Las niñas rieron, aunque con algo de tristeza, mientras Marianne se dirigía a la puerta. Cuando el carruaje la esperaba, ya con las maletas cargadas, se giró para mirarlas por última vez.

—Sed fuertes. Y recordad que todo esto lo hago por vosotras.

—No olvides escribirnos —dijo Carlota.

—Y traer bombones de Londres —añadió Jane, porque incluso en los momentos más serios, su prioridad seguía siendo el chocolate.

—Lo prometo —dijo Marianne con una sonrisa.

Y con esas palabras, subió al carruaje y cerró la puerta detrás de ella. Carlota y Jane se quedaron en el umbral, viendo cómo el vehículo se alejaba. Cuando ya no pudieron verla, Jane suspiró y se volvió hacia Carlota.

—¿Y si no regresa?

Carlota cruzó los brazos y, con más seguridad de la que sentía, dijo:

—Regresará. Es Marianne. Siempre cumple su palabra.

Capítulo 4

Junio de 1818
Puerto de Dublín, Irlanda

El vaivén del barco tenía un efecto casi hipnótico, aunque para Marianne Stretton, no era precisamente relajante. Aferrada al borde de la barandilla, observó cómo la costa de Irlanda se desvanecía en el horizonte, llevándose consigo las últimas trazas de su hogar y de todo lo que conocía.

El trayecto en carruaje desde la casa de su tío hasta el puerto había sido largo y, por supuesto, incómodo. No porque el cochero no hubiese hecho su trabajo correctamente, sino porque el único otro pasajero en el vehículo había sido un gallo enjaulado que, según su dueño, tenía un talento especial para anunciar tormentas. En lugar de limitarse a cantar al amanecer, el ave había pasado todo el camino emitiendo un sonido estridente que parecía un cruce entre un grito de auxilio y una amenaza.

Como si no tuviera ya suficientes tormentas que prever, pensó Marianne, recordando con una mezcla de humor y exasperación cómo el gallo había intentado picotear la borla de su sombrero en un momento de descuido.

Ahora, sin embargo, el gallo y su propietario eran solo un recuerdo, y Marianne estaba rodeada de agua, sal y un puñado de pasajeros que parecían tan incómodos como ella misma.

Se apartó de la barandilla y volvió a sentarse en el banco que había reclamado como suyo, envolviéndose en su chal para protegerse del viento. Era un chal sencillo, pero tenía un borde bordado por Carlota. *Para que no te olvides de nosotras*, le había dicho su hermana con una

sonrisa, aunque con un leve temblor en su voz al pronunciar aquellas palabras.

Marianne no necesitaba el chal para recordar. La imagen de Jane, llorando en el vestíbulo, seguía fresca en su mente, al igual que la firmeza en los ojos de Carlota, que, por supuesto, no había logrado ocultar las lágrimas al final. Marianne cerró los ojos por un momento, dejando que el sonido de las olas y el crujido del barco llenaran el vacío de la distancia.

Espero que estén bien, pensó. Y luego, con un escalofrío, agregó: Espero que el tío Eustace no haya decidido imponer su famosa dieta de avena inmediatamente.

—¿Primera vez viajando? —preguntó una voz masculina, interrumpiendo sus pensamientos.

Marianne abrió los ojos y se encontró con un hombre que rondaba los cuarenta, con una barba desordenada y una chaqueta que había visto días mejores. Estaba de pie frente a ella, sosteniendo un pequeño barril de madera como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Perdón? —respondió ella, algo desconcertada.

—El barco. ¿Es la primera vez que viajas en uno? —insistió el hombre, señalando el horizonte con un movimiento amplio de su brazo, que casi hace caer el barril al suelo.

—Ah, sí, es mi primera vez —dijo Marianne, con una sonrisa educada.

—Se nota. Los de tierra siempre miran al mar como si fueran a encontrar allí las respuestas de la vida —añadió él, soltando una carcajada tan profunda que varios pasajeros cercanos se giraron para mirarlo. Marianne no pudo evitar sonreír ligeramente.

—Bueno, si el mar tiene respuestas, espero que pueda indicarme dónde encontrar una taza de té caliente —dijo ella con un toque sarcástico, lo que hizo que el hombre volviera a reír.

—Ah, una señorita con buen humor. Eso es raro en estos viajes. La mayoría no tiene tiempo para bromas, con tanto vómito y mareo por aquí y por allá.

Como si estuviera ilustrando aquel momento, un hombre mayor que estaba apoyado en la barandilla cercana hizo un ruido gutural tan desagradable que Marianne se apresuró a mirar en dirección opuesta.

—Bueno, me alegra ser la excepción —dijo ella, aunque ahora estaba más convencida que nunca a mantenerse en su banco y evitar cualquier rincón del barco que oliera a agua salada o a algo peor.

El hombre hizo un gesto cortés y se marchó, llevándose su barril y su estruendosa risa consigo. Marianne dejó escapar un suspiro y volvió a mirar el mar, aunque esta vez con menos melancolía y más curiosidad.

Quizás este viaje no sería tan terrible después de todo.

Sin embargo, justo cuando ese pensamiento cruzó por su mente, un grito agudo resonó desde el otro lado de la cubierta. Una mujer mayor, que había estado alimentando a las gaviotas con trozos de pan, ahora agitaba los brazos frenéticamente mientras una gaviota particularmente valiente intentaba llevarse su sombrero.

La escena era tan absurda que Marianne no pudo contener una carcajada. Se cubrió la boca rápidamente, avergonzada por su falta de compostura, pero no pudo evitar reírse nuevamente al ver a la mujer golpear a la gaviota con un paraguas.

Cuando las cosas se calmaron y el sombrero fue recuperado, aunque algo torcido, Marianne dejó que su sonrisa se desvaneciera lentamente. Por primera vez desde que había dejado la casa del tío Eustace, se permitió sentirse ligera, casi esperanzada.

Sí, echaba de menos a sus hermanas. Sí, estaba dejando atrás todo lo que conocía. Pero la vida, pensó mientras el barco seguía avanzando hacia Liverpool, tenía una manera curiosa de combinar lo triste con lo ridículo. Y si podía encontrar motivos para reír incluso en un barco lleno de mareo, gaviotas ladronas y hombres con barriles, entonces quizás… solo quizás, todo saldría bien.

Cuando el puerto de Liverpool apareció finalmente en el horizonte, Marianne Stretton sintió una combinación de alivio y nerviosismo que solo aumentaba con cada minuto que el barco se acercaba a tierra firme. Había pasado demasiadas horas entre olas, mareos ajenos, gaviotas impertinentes y conversaciones poco inspiradoras con algunos de los pasajeros, pero ahora, ahora estaba a punto de dar comienzo todo para ella.

El barco se detuvo con un crujido final que hizo tambalearse a varios pasajeros, y los marineros colocaron una rampa para que pudieran descender. Marianne esperó pacientemente su turno, ajustando el chal con el bordado de Carlota, como si con eso pudiera acallar el leve temblor que sentía en su pecho.

Liverpool. Estoy realmente aquí. Ahora todo depende de mí, se repetía continuamente.

Justo cuando se disponía a bajar por la rampa, un par de mujeres, demasiado ocupadas como para fijarse en las personas que se agolpaban para salir —cuchicheando entre ellas—, se detuvieron de golpe en mitad del camino, bloqueando el paso. Marianne, que había empezado a bajar con elegancia, o al menos eso creía ella, no tuvo tiempo de frenar.

El resultado fue, por supuesto, catastrófico.

Marianne tropezó torpemente, sus zapatos resbalaron en la madera ligeramente húmeda, y antes de poder emitir un elegante *¡Oh!*, ya estaba enredada con las dos mujeres, todas, las tres, desparramadas en una escena que probablemente pasaría a la historia como uno de los desembarques más desastrosos jamás presenciados para cualquiera que pudiera verlas.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó una de las mujeres, mientras intentaba recuperar su sombrero que había salido volando por los aires—. ¿Es que no puede mirar por dónde camina?

—¿Yo? ¡Usted estaba bloqueando el paso! —replicó Marianne, intentando desenredar su falda de la esquina de una caja cercana.

Fue entonces cuando lo vio. Una mano masculina, elegante y firme, apareció frente a ella. Marianne levantó la vista lentamente y se encontró con un rostro que podría ser el más atractivo que había visto hasta el momento.

El hombre era alto, con el cabello oscuro ligeramente alborotado por el viento, y unos ojos de un azul tan profundo que parecían tener la capacidad de descubrir todos los secretos de su alma. Había algo en su porte, en la forma en que sostenía su sombrero bajo el brazo, que sugería que estaba acostumbrado a que el mundo girara a su alrededor, aunque sin que él lo pidiera. Posiblemente porque la edad del caballero rondaría sin duda los cuarenta.

—Permítame, señorita —dijo él, con una voz tan cálida como el sol que brillaba débilmente sobre el puerto.

Por un instante, Marianne olvidó cómo respirar. Luego, recordando que no era una niña tonta, aunque se sentía como una en ese momento, aceptó la mano que le ofrecía el caballero.

—Gracias, señor —logró decir, intentando sonar serena mientras él la ayudaba a ponerse en pie.

La mirada que compartieron fue sobre todo intensa. Había algo en esos ojos azules que

parecía atarla en el lugar, como si el resto del mundo hubiera desaparecido en ese instante y solo existieran ellos dos en el puerto. Marianne sintió cómo un leve rubor se apoderaba de sus mejillas, y justo cuando pensó que era incapaz de apartar la mirada, lo hizo. Bajó los ojos rápidamente, ocupándose de sacudir su falda, aunque no tenía ni una sola arruga visible ni una mota de polvo.

—Espero que no se haya lastimado —dijo él, inclinando la cabeza ligeramente.

—Estoy perfectamente —respondió Marianne.

El hombre asintió, inclinó la cabeza en una breve despedida y se marchó, cruzando la rampa en sentido opuesto a ella, con una notable elegancia que dejaba claro que nunca en su vida había tropezado con nada ni con nadie.

Marianne lo siguió con la mirada, incapaz de evitarlo, preguntándose quién sería aquel apuesto desconocido.

Respira, Marianne, se dijo a sí misma. Solo es un hombre. Un hombre muy apuesto, con ojos que probablemente podrían ser los más bonitos del mundo. Pero solo un hombre. Nada más.

Sin embargo, mientras se alejaba del lugar del accidente, los cuchicheos de las dos mujeres con las que había tropezado llamaron su atención.

—¿Te has fijado? —dijo una de ellas, con una emoción contenida que casi hizo que Marianne se detuviera en seco—. ¡El conde de Derby! ¡En persona!

—¡Y tan guapo como dicen! —respondió la otra, de manera exagerada—. ¡Qué suerte hemos tenido de verlo de cerca!

Marianne sintió como si un rayo la hubiera atravesado. ¿El conde de Derby? ¿El hombre que la había ayudado era el conde?

Su corazón dio un salto inesperado, y el rubor que había intentado controlar volvió a sus mejillas con una venganza. Sin atreverse a girarse para comprobar si aún estaba cerca, Marianne apretó el paso, decidida a no mirar atrás.

El conde, Marianne. Qué casualidad, se dijo. Pero, por más que intentara convencerse de que eso no significaba nada, no podía ignorar el hecho de que su corazón aún latía demasiado rápido, como si intentara recordarle que aquel no había sido un encuentro cualquiera.

Mientras se alejaba del puerto, apretó el chal que Carlota le había bordado y trató de convencerse de que su objetivo seguía siendo claro: encontrar un buen partido para salvar a su familia. Y, desde luego, *el apuesto conde de Derby* no podía tener nada que ver con eso. Aquello de que un conde le había hecho una propuesta de matrimonio había sido una mentira a sus hermanas y su tío. ¡Era algo inventado!

Capítulo 5

Junio de 1818
Puerto de Liverpool, Inglaterra

Marianne Stretton jamás se había sentido tan perdida en su vida.

Atravesar el puerto de Liverpool fue una hazaña en sí misma. Las calles eran un caos de comerciantes vociferando, niños corriendo entre los carruajes, marineros cargando barriles y el ocasional cerdo escapado que, sorprendentemente, se movía con más propósito que ella.

Tras su encuentro con el conde de Derby, un pensamiento que todavía hacía que su corazón se acelerara más de lo conveniente, decidió que lo más sensato sería encontrar a alguien que pudiera indicarle el camino a Londres. Después de todo, su destino estaba claro: debía llegar a la capital, encontrar un esposo *adecuado* y regresar por sus hermanas. Todo estaba planeado. Sencillo. Sin margen para imprevistos.

Lo que no había considerado era que no tenía ni idea de cómo llegar hasta allí.

—Disculpe, señor… —intentó decirle a un hombre que pasaba cargando un saco de harina.

El hombre la ignoró por completo.

—Perdone, ¿podría decirme…? —se dirigió a una anciana que empujaba un carrito de manzanas, pero la mujer solo la miró de arriba abajo y siguió su camino.

Marianne frunció el ceño. No podía ser que todo Liverpool fuera sordo.

—Si busca llegar a Londres, tendrá que caminar bastante, señorita —dijo de pronto una voz juvenil a su lado.

Marianne giró la cabeza y vio a una joven doncella con el rostro amable, que sostenía un pequeño bolso mientras esperaba junto a su señora, una dama entrada en años que estaba ocupada regateando el precio de unas telas.

—¿Caminar? —repitió Marianne, con una mezcla de horror y desmayo—. Seguramente hay una manera más eficiente de hacerlo.

—Oh, claro —respondió la muchacha con una sonrisa—. Puede pagar un carruaje, si tiene dinero.

Marianne sintió cómo su entusiasmo se desplomaba más rápido que un *soufflé* mal horneado. Revisó sus bolsillos con la esperanza de que las monedas se hubieran multiplicado mágicamente desde la última vez que las contó, pero no. Seguían igual de escasas.

—¿Y si no tengo dinero? —preguntó con cautela.

La doncella se encogió de hombros.

—Entonces tendrá que caminar.

Marianne cerró los ojos un momento, aspiró profundamente y se recordó que era una dama de recursos. Y una dama de recursos no se desmaya en medio de la calle solo porque la perspectiva de caminar hasta Londres la hacía querer llorar.

Así que, con su dignidad intacta —o al menos, eso quiso creer—, echó a andar.

Horas después…

Descubrió, tras aproximadamente doce millas de caminata, que la dignidad era muy poco útil cuando una llevaba los pies destrozados.

El sol ya comenzaba a ocultarse, y Marianne estaba segura de que sus piernas se habían separado oficialmente de su cuerpo y viajaban por cuenta propia. A estas alturas, lo único que quería era un sitio donde descansar y algo de comer.

Cuando divisó la silueta de una casa en la distancia, la decisión fue inmediata.

Se presentó en la puerta con toda la compostura que pudo reunir y tocó con firmeza.

Unos segundos después, la puerta se abrió y apareció una mujer de mediana edad con un delantal impecable y una mirada calculadora.

—¿Sí?

Marianne enderezó la espalda y esbozó su mejor sonrisa de *soy una joven educada y perfectamente confiable*.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Marianne Stretton, y soy una joven de muchas habilidades. Puedo cocinar, coser, limpiar, educar niños, administrar una casa y, si es necesario, lidiar con situaciones de crisis, como por ejemplo, evitar que una niña de doce años intente alimentar a un gato con tarta de manzana porque piensa que es más refinado que la leche.

La mujer parpadeó.

—¿Disculpe?

—Oh, lo siento —se apresuró a aclarar Marianne—. Es solo que tengo hermanas pequeñas. Me han entrenado para casi cualquier eventualidad.

La mujer entrecerró los ojos, evaluándola.

—Parece usted una muchacha lista. Pero no estamos buscando más personal.

El entusiasmo de Marianne se desinfló.

—Oh…

—Lo siento, querida —dijo la mujer, con una sinceridad que indicaba que realmente lo lamentaba—. Pero con la cosecha reciente y la casa llena, simplemente no podemos permitirnos a nadie más.

Marianne asintió, tratando de ocultar su decepción.

—Lo entiendo. No quiero causar molestias. Gracias de todas formas.

Se giró para marcharse, sintiendo cómo la fatiga le pesaba más en los hombros.

—¡Espere!

Marianne se detuvo y volvió la vista.

La mujer la observaba con los brazos cruzados y una expresión de ligera preocupación.

—No me gusta la idea de que una jovencita como usted vague sin rumbo. Si sigue por este camino unas millas más, llegará a la última calle del pueblo. Pregunte por la señora Terrence. Ella sabrá qué hacer con usted.

Marianne no supo si sentirse aliviada o ligeramente preocupada por la manera en que lo dijo.

—¿La señora Terrence?

—Sí. No pregunte demasiado. Solo preséntese.

Marianne, demasiado cansada para cuestionar cualquier consejo que no implicara dormir en un granero, asintió con gratitud.

—Muchas gracias, señora.

Cuando Marianne Stretton divisó la última casa del pueblo, sintió que sus piernas, que hasta ese momento habían funcionado de manera aceptable, decidieron rendirse en abierta protesta.

—Solo un poco más —murmuró entre dientes, aunque no estaba segura de sí intentaba convencerse a sí misma o a sus rodillas.

Había caminado durante horas, sus pies dolían de una manera que no podía describir sin recurrir a palabras que una dama respetable no debía conocer, y su estómago llevaba el mismo tiempo recordándole que la última comida decente que había probado fue antes de desembarcar en Liverpool.

Pero allí estaba: una casa modesta pero bien cuidada, con un bonito jardín al frente y una lámpara encendida en la ventana, lo que indicaba que alguien estaba despierto. Un hogar. *Un verdadero hogar*, pensó con anhelo.

Se obligó a subir los escalones del pórtico y golpeó la puerta con los nudillos, aunque para cuando lo hizo, apenas tuvo energía para hacerlo con firmeza.

Hubo un sonido de pasos al otro lado y, tras unos segundos, la puerta se abrió, dejando ver a una joven de unos diecisiete años, con un rostro amable y el delantal ligeramente manchado de harina.

—Oh, buenas noches —dijo la joven, con un leve acento local—. ¿Puedo ayudarla?

Marianne inhaló profundamente, intentando sonar como una dama con propósito en la vida y no como una pobre alma al borde del colapso.

—Me han dicho que pregunte por la señora Terrence.

La joven la miró con curiosidad, pero en lugar de cerrar la puerta en su cara, lo que, sinceramente, Marianne no habría culpado después de ver su aspecto en el reflejo de una ventana cercana, abrió un poco más y le hizo un gesto para que pasara.

—Entre, por favor.

Marianne no necesitó que se lo dijeran dos veces. Entró en la casa y sintió un calor acogedor envolverla al instante. Había un fuego crepitante en la chimenea, el aroma a pan recién horneado flotaba en el aire, y lo más maravilloso de todo: una silla.

Y sentada en esa silla, con un bordado en las manos y la expresión de alguien que había visto muchas cosas en la vida y aun así encontraba razones para sonreír, estaba la señora Terrence.

—Bueno, bueno —dijo la anciana, alzando la vista y observando a Marianne con una mirada evaluadora—. ¿A quién tenemos aquí?

—Marianne Stretton, señora —dijo ella, haciendo una pequeña inclinación de cabeza, aunque no demasiado profunda porque sospechaba que, si intentaba cualquier movimiento brusco, se caería de cara sobre la alfombra—. Me han dicho que usted podría ayudarme a encontrar trabajo.

La señora Terrence dejó su bordado sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, observándola con un brillo astuto en los ojos.

—¿Y quién le dijo eso, querida?

—Una mujer en la última casa antes de llegar aquí —respondió Marianne, intentando sonar lo más digna posible—. No sé su nombre, pero fue muy amable.

La anciana asintió, como si eso tuviera todo el sentido del mundo, y luego hizo un gesto a la joven que la había recibido.

—Margaret, querida, ¿puedes traer algo de sopa para nuestra invitada?

Marianne intentó protestar, decir algo educado como*: No es necesario o No quiero ser una molestia*, pero en cuanto Margaret desapareció en dirección a la cocina, su estómago traicionero decidió expresar su opinión con un gruñido tan escandaloso que no habría desentonado en un zoológico.

La señora Terrence arqueó una ceja y sonrió.

—Ah, querida, siempre es más fácil hablar de trabajo con el estómago lleno.

Marianne se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Gracias, señora.

La anciana la estudió por un momento, con una mirada escrutadora pero no cruel.

—Dígame, señorita Stretton, ¿qué sabe hacer?

Marianne enderezó la espalda, agradeciendo la oportunidad de parecer competente después de haber estado a punto de desmayarse de hambre.

—Sé ocuparme de una casa —respondió con seguridad—. Cocino, coso, lavo, limpio, cuido niños… incluso podría enseñar a leer y escribir si fuera necesario.

La señora Terrence asintió lentamente, como si hubiera esperado exactamente esa respuesta.

—Ajá. Así que una muchacha trabajadora.

—He cuidado de mis hermanas durante años —añadió Marianne—. No hay mucho que no sepa hacer en un hogar.

Margaret regresó con un cuenco de sopa y un trozo de pan, y Marianne casi lloró de gratitud.

—Bien, bien —dijo la señora Terrence, mientras Marianne tomaba la cuchara con la dignidad de una dama y el entusiasmo de alguien que no había comido en una eternidad—. Le diré algo, querida. Yo fui como usted una vez.

Marianne alzó la vista con curiosidad.

—¿Como yo?

La anciana asintió, recostándose en su silla con gesto pensativo.

—Oh, sí. Una muchacha resuelta, sin un centavo, pero con un par de manos dispuestas a trabajar. Empecé como doncella en una casa noble, y con los años fui ganando la confianza de mis señores. Tanto, que cuando alguien necesitaba una doncella de confianza, me pedían recomendaciones.

—¿Y eso significa que…? —preguntó Marianne, sin atreverse a terminar la frase.

La señora Terrence sonrió con astucia.

—Eso significa, mi querida Marianne, que tengo más conexiones en casas nobles de las que usted podría imaginar. Y no pienso dejar que una joven decente como usted termine en un burdel de Londres.

Marianne casi se atraganta con la sopa.

—¡No tenía ninguna intención de trabajar en un burdel!

—Me alegra oírlo —dijo la señora Terrence con tranquilidad—. Pero créame, muchas muchachas empiezan con la intención de encontrar trabajo honesto y terminan en lugares que jamás habrían imaginado.

Marianne tragó saliva, procesando lo que acababa de escuchar.

—Entonces, ¿me ayudará?

La señora Terrence sonrió con calidez.

—Le encontraré un empleo en una casa respetable, querida. Y si demuestra ser tan capaz como dice, tal vez tenga un futuro mucho mejor de lo que imagina.

Marianne no pudo evitar sonreír también.

Por primera vez desde que puso un pie en Inglaterra, sintió que quizás, solo quizás, las cosas empezarían a salir bien.

Capítulo 6

Junio de 1818
Liverpool, Inglaterra

Marianne Stretton jamás había dormido tan profundamente en su vida.

Después de días de incertidumbre, un viaje en barco que le había robado la paciencia y la estabilidad, y un día entero caminando hasta que sus pies amenazaron con abandonarla, la cama en casa de la señora Terrence se sintió como un regalo divino. Su último pensamiento antes de rendirse al sueño fue: *Si alguna vez me convierto en una dama rica, lo primero que haré será comprar una cama exactamente como esta*.

Por desgracia, su vida aún estaba lejos de permitirle tales lujos.

—Despierte, querida. El mundo no se conquista desde la cama.

Marianne abrió un ojo con dificultad y vio a la señora Terrence de pie junto a la ventana, con el rostro radiante de una mujer que claramente llevaba despierta mucho más tiempo del socialmente aceptable.

—Cinco minutos más… —murmuró Marianne, acurrucándose bajo las mantas.

La anciana rio con ese tono que solo tienen las mujeres que han visto a muchas jóvenes intentar la misma táctica.

—Cinco minutos más y se habrá perdido el desayuno.

Marianne se incorporó en un solo movimiento.

—Ya estoy despierta.

Después de un desayuno abundante, lo que ya hacía que la mañana fuera una de las mejores de su vida, la señora Terrence se levantó y le dijo:

—Es hora de irnos, querida. Tengo un empleo para usted.

Marianne casi dejó caer su taza de té.

—¿Tan pronto?

—¿Preferiría esperar hasta que termine el invierno? Porque en ese caso, puedo servirle otra tostada y le buscamos empleo en la primavera.

Marianne se apresuró a sacudirse las migas del delantal.

—No, no. Estoy lista. Absolutamente lista.

La señora Terrence asintió con satisfacción y juntas salieron a la calle.

Mientras caminaban por el pueblo, la anciana le explicó los detalles de su nuevo puesto.

—Verá, la casa a la que vamos es un poco, complicada —dijo, con la diplomacia de alguien que no quería asustar demasiado a su protegida—. Han pasado por varias institutrices en muy poco tiempo.

Marianne frunció el ceño.

—¿Varias?

—Cuatro, para ser exactas.

Marianne se detuvo en seco.

—Eso no suena alentador.

—Por supuesto que no —dijo la señora Terrence con una gran sonrisa—. Pero usted es justo lo que necesitan.

—No sé si se ha dado cuenta, pero no soy una institutriz —protestó Marianne, cruzando los brazos—. Nunca he enseñado más que a mis propias hermanas.

—Lo cual la convierte en la candidata ideal —replicó la anciana, reanudando la marcha sin permitir objeciones—. Ha tratado con niñas. Sabe enseñar. Es joven y enérgica. Y, lo más importante: no tiene otras opciones.

Marianne parpadeó.

—Eso último no sonó tan alentador como usted cree.

La señora Terrence se limitó a sonreír y Marianne, comprendiendo que discutir era inútil, la siguió con resignación.

Caminaron durante varios minutos hasta que la carretera principal las llevó a un sendero arbolado que se extendía más allá del pueblo. Marianne miró a su alrededor con creciente curiosidad.

—¿Está muy lejos?

—No mucho más —respondió la anciana—. Ah, ya casi llegamos.

Marianne alzó la vista… y se detuvo abruptamente.

Frente a ella se alzaba una enorme mansión de piedra, con amplios jardines, ventanas interminables y una presencia tan imponente que parecía haber sido diseñada específicamente para recordarles a los demás su insignificancia.

—Oh, cielos —susurró, con los ojos abiertos de par en par—. Esta no es una casa. Esto es un castillo.

—No, querida. Si fuera un castillo, tendría almenas —respondió la señora Terrence con

total naturalidad—. Esto es solo una mansión.

Marianne aún no podía apartar la vista de la impresionante construcción.

—Aquí solo podría vivir un duque. O un marqués.

—No, un conde.

Las palabras de la señora Terrence fueron tan casuales que tardaron unos segundos en asentarse en la mente de Marianne. Pero cuando lo hicieron…

—¿Un conde? —repitió ella, con la voz ligeramente estrangulada.

—Así es.

—¿Un conde? —insistió, sintiendo que las coincidencias empezaban a volverse francamente ridículas.

—¿Acaso hay eco en este camino? Sí, querida. Un conde.

Marianne tragó saliva.

—¿Y cómo se llama este conde?

—Lord Stanley, el conde de Derby.

Fue como si el cielo se abriera y una voz celestial anunciara que su destino estaba a punto de tomar un giro dramático.

El conde de Derby.

El hombre que le había ofrecido la mano en el puerto.
El hombre con la mirada más intensa que jamás había visto.
El hombre que había hecho que su corazón diera un vuelco peligroso.

—Ah —dijo Marianne, porque no encontraba otra palabra mejor en ese momento.

La señora Terrence la miró con curiosidad.

—¿Sucede algo?

—No, en absoluto —respondió Marianne con una sonrisa que sin duda no convenció a nadie.

La anciana entrecerró los ojos.

—¿Está segura? Porque parece que acaba de ver un fantasma.

—Oh, no, no, no. Para nada. Es solo que —buscó como continuar—, ¡adoro a los condes!

Hubo una pausa.

—¿De veras?

—No.

La señora Terrence soltó una carcajada.

—Vamos, querida. No se ponga nerviosa. El conde de Derby es un hombre serio, pero dudo que la devore viva.

Marianne, recordando cómo se había sentido bajo la intensidad de su mirada, no estaba tan segura de eso.

Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

Así que, con un suspiro profundo y tratando de ignorar el nerviosismo que se acumulaba en su pecho, se obligó a seguir caminando detrás de la señora Terrence.

Después de todo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

(*Nota mental: Nunca, jamás, hacer esta pregunta en voz alta.*)

—¿Qué has dicho?
—Nada, nada…

Capítulo 7

Junio de 1818
Semrak Manor, Propiedad del conde de Derby
Liverpool, Inglaterra

—¡Es incorregible! Jamás logrará nadie cambiar ese comportamiento tan rebelde. ¿Un heredero a conde? —se rio—. ¡Nunca!

Una mujer de lo más alterada salió de la mansión del conde de Derby vociferando mientras bajaba los escalones de piedra donde se encontraban la señora Terrence y Marianne.

—Creo que no es buen momento —susurró Marianne.

—Bobadas, estas cosas ocurren más veces de las que te imaginas entre la sociedad.

—Dígame antes de entrar —tomó la mano de la señora Terrence—, ¿tiene el muchacho algún problema? ¿algo que debería conocer?

—Uno, el más grande que nadie puede resolver. Carece del afecto de su madre. Lady Stanley falleció el año pasado en terribles circunstancias, es por eso por lo que el conde siempre luce su peor rostro.

Marianne asintió mientras daba pasos para llegar a la puerta. Allí el que debía ser el mayordomo esbozó una sonrisa que parecía mostrar lástima hacia ella.

—Buenos días Rodrik, aquí traigo otra —le dijo Terrence.

—Ojalá y esta disponga de más suerte que la anterior —respondió divertido.

—Sí, acabamos de presenciar el enfado de la última.

—Estaba durando demasiado —pronunció más divertido aún.

Marianne se atrevió a preguntar cuanto tiempo había estado con el niño, y la respuesta escuchada no fue la que esperaba.

—Medio día, eso es justo lo que ha durado esta —le respondió mirando el reloj de bolsillo.

—Pasen, el señor las espera —las invitó mostrándoles el camino.

En ese momento, Marianne sintió la enorme necesidad de decirle algo a su salvadora. Así que estiró de la manga del vestido de la señora Terrence, y esta se volvió para averiguar lo que ocurría.

—Denos un segundo, Rodrik —le pidió cuando vio el miedo en el rostro de la muchacha.

—No puedo quedarme aquí. Mis hermanas me esperan. Yo vine a Londres a encontrar marido, tengo que regresar junto a ellas lo más pronto posible.

La señora Terrence que escuchaba atentamente asintió con la cabeza.

—Para encontrar un marido, debe primero cambiar su aspecto, porque imagino que el marido que busca debe de ser lo suficientemente rico como para encargarse de usted… —La tomó por las manos—. He visto muchas muchachas con ansias de poder, con necesidad de engañar a un caballero, y le auguro que la única manera de conseguir un tipo de esos que requiere usted es primero cambiando su aspecto.

—¿Pero como lo haré? No pretenderá usted que lo que gane trabajando para el conde lo malgaste en vestidos pomposos? Debo ahorrar para enviar dinero a mis hermanas, pues mucho me temo que la dieta de la avena ha comenzado.

—¿Ahorrar el sueldo que le pague el conde? Primero asegúrese el trabajo, ya ha visto a la anterior institutriz que ha salido por esa puerta.

—No puedo quedarme, quizá lo más conveniente sea que regrese a Irlanda y trate allí de encontrar un esposo.

—Está en el lugar indicado para conseguir un esposo, la temporada acaba de comenzar, y le aseguro, señorita Marianne que no se arrepentirá de haberse quedado.

Marianne solo podía pensar en sus hermanas, que aunque conocía que estaban a techo cubierto y aunque fuera avena, tendrían algo que echarse a la boca a diario, conocía que no estaban siendo las niñas más felices en su ausencia. Sin contar la falta de palabra que su tío tenía con ellas. Eso era lo que más le preocupaba, así que no debía de tardar demasiado en regresar a Irlanda.

Esperaron de pie en el salón de invierno a que el conde se dignase a aparecer, pues llevaban allí más de tres minutos y parecía que se había olvidado de la visita.

Todas esas sillas parecían tan cómodas, y ella de pie, como si fuera un soldado a las puertas de palacio.

—Disculpen que me retrasara, tenía asuntos que atender —pronunció el conde dirigiéndose a la señora Terrence.

—Conde, le traigo la institutriz que necesita. Tiene un amplio historial al cuidado de niños, y es ingeniosa con los más pequeños. Sin olvidarme de sus otras cualidades, como cocinar, lavar, bordar…

—Y también sé llevar las cuentas de un hogar. —Esto último lo dijo Marianne.

El conde se llevó una sorpresa, y de inmediato volvió su rostro para mirarla.

—¿Pretende llevar las cuentas de mi casa? —le preguntó con la mirada encendida.

—Imagino que tiene un administrador, pero si me necesitase, no dude en que le sería de buena ayuda.

El conde rompió a reír.

El mayordomo presente, la doncella que limpiaba cerca del lugar, y hasta su hijo Arthur, al escuchar la risa del conde por primera vez en mucho tiempo, dibujaron una sonrisa tímida en sus rostros.

—No pretendía ser motivo de burla, señor.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis, diecisiete? ¿Qué puede saber una muchachita sobre asuntos de pagos? —volvió a reír, pero esta vez con menos fuerza.

—Me he encargado yo misma de mantener mi hogar, del alimento, ropa y demás problemas que surgen en una familia. Tengo dos hermanas de quince y doce años a mi cargo, espero que eso responda a su pregunta sobre mi edad, no soy una muchachita, si no más bien una mujer de veinte años, a la que jamás le faltará valor ni arrojo para dedicarse a cualquier cosa, incluso si es necesario, ser administradora de esta casa —respondió seria, tajante, e incluso un poco enfadada.

El conde miró de inmediato a la señora Terrence y levantó una de sus cejas.

¿Desaprobación? Eso debió pensar la señora Terrence para responder así.

—Lamento mucho haberme equivocado con mi recomendación, mi señor, le aseguro que no volverá a ocurrir, pensé que su juventud sería un buen motivo para ofrecerla como institutriz —lamentaba la señora Terrence.

—Es la ideal —le respondió dejando en asombro a ambas mujeres.

La señora Terrence se despidió de la muchacha, ella ya había hecho su trabajo, y todo lo que consiguiera a partir de ese momento sería por méritos propios.

Cuando Terrence salió de la mansión, la doncella acompañó a la nueva institutriz a su nueva alcoba, situada justo al lado de la habitación del hijo del conde.

Dejó su pequeña bolsa sobre la cama, y sin perder más tiempo se dirigió a la puerta del niño.

Golpeó suavemente dos veces sobre la madera, y como no obtuvo respuesta, giró el pomo de la puerta para anunciar su llegada. Tenía ganas de conocer al pequeño, y después de saber parte de su historia, más todavía.

Fue abrir la puerta, y asomar un poco su cabeza, no vio al joven Arthur, así que traspasó el umbral confiada en que estaría escondido por algún lugar.

Allí estaba, acababa de salir de debajo de la cama, con los dos puños cargados de harina, y dispuesto a lanzársela a la cara.

Y al grito de:

—¡A por la intrusa! —Le estampó toda esa harina en su cara.

Marianne hasta tuvo que escupir algo de polvo que se le había metido en la boca antes de poder hablar.

—¡Rebelión! —gritó ella.

El pequeño Arthur se quedó paralizado. No esperaba aquella reacción. Esperaba algo así como unos gritos, una persecución para azotarle en el trasero, o una estampida de su casa como hacía pocos minutos acababa de ocurrir con la anterior institutriz.

Pero, Marianne, se abalanzó sobre el niñito, y con sus manos comenzó a hacerle cosquillas

sobre la alfombra del suelo.

—¡Para, para, para, no puedo respirar! —trató de quitársela de encima.

—Te daré solo medio minuto, busca un buen escondite, o volverás a sufrir la tortura de mis cosquillas —le amenazó Marianne.

El niño corrió fuera de su alcoba a buscar un buen escondite, y al medio minuto como le había dicho, ella salió en su búsqueda a la carrera.

Al salir de la alcoba, miró hacia ambos lados, pero sin pistas de donde se encontraba, bajó las escaleras para buscar en el piso bajo. Agudizó el oído y de repente escuchó la risita nerviosa de quien ha conseguido un buen escondite.

Se tumbó sobre el suelo para intentar averiguar donde estaba, por si los zapatos delataban su escondrijo. Eso era lo que recordaba de todas las veces que Jane se había escondido detrás de las cortinas de la casa.

No vio nada, así que se levantó rápida para continuar buscando al pequeño, y de repente, se chocó con algo fuerte, duro, e inmóvil.

—¡Recórcholis! —espetó mal humorada.

—Debería de mirar por donde camina, señorita —le dijo una voz masculina, que poco tardó en reconocer.

—No caminaba, me levantaba del suelo.

—Oh, al parecer ya se había caído de nuevo. Creo recordar que la primera vez que la conocí, señorita Stretton lucía estirada sobre el suelo del puerto de Liverpool.

—¿Me recuerda? —le preguntó.

¿Cómo no iba a recordarla? Se dijo el conde para sus adentros. Salvo a su esposa, no recordaba haber visto a otra muchachita tan bella en la vida.

—No suelo ayudar a levantarse todos los días a mujeres en el puerto. Respondió tratando de ocultar ese interés que afloraba en él.

—No me he caído, ando buscando al señorito Arthur. —Se colocó un dedo sobre sus labios y emitió un siseo.

El conde al mirar sus labios gruesos, sintió un pinchazo que no pudo ocultar y dio un respingo, después inmediatamente se marchó.

Marianne se preguntaba si es que acaso no se podía jugar con el señorito Arthur y por eso su padre se había marchado molesto.

Otra risita proveniente de uno de los cuartos próximos al salón emergió entre el silencio.

—¡Te he encontrado! —pronunció al entrar en el impresionante despacho que supuso sería del conde.

Impresionada por los cuadros que colgaban en sus paredes, se estremeció tanto que tuvo que abrazarse así misma para dar calor a su cuerpo, se acababa de quedar helada al descubrir la belleza de la que imaginaba había sido la condesa de Derby.

—Era la mamá más buena de todo el mundo —le sorprendió la voz de Arthur.

—No tengo la menor de las dudas, pero eso seguro que era porque tú eras el niño más bueno de todo el mundo —le acarició los cabellos revoloteándoselos.

—¡Se terminó el juego! —dijo el conde descubriéndolos en su despacho—. Debe saber señorita Stretton que Arthur tiene unos horarios que debe respetar. Además de que no se le

permite estar en mi despacho.

—A sus ordenes —dijo y sintió un impulso solemne de cuadrarse ante él—. Pero permítame que le diga que si su hijo se siente cómodo aquí no es porque sea su despacho, sino más bien, es porque allá donde mire, puede ver a su madre.

—No es él quien tiene estancias prohibidas, es usted.

Marianne se quedó parada después de escuchar aquello, y como no estaba muy acostumbrada a servir a un conde, pues continuó con su rebelión.

—¿Quiere decir que si el joven Arthur se esconde en un lugar prohibido, no puedo entrar a por él? ¡Qué estupidez! —Se rio.

—Si le parecen estúpidas mis imposiciones, quizá no debería continuar aquí.

Marianne se enderezó después de escucharle, y miró al pequeño, que desde luego parecía estar suplicándole que no se marchase. ¡A saber cuantas institutrices habían pasado ya en el último año! Sintió una terrible pena por él y se resignó a responder.

—Haré lo que usted desee. Y para evitar malentendidos, lo mejor sería que me hiciera una lista con todos esos horarios que debo respetar, así como mencionar todas las estancias que no debo traspasar —le dijo con retintín.

—Eso espero —le respondió el conde.

Después Marianne tomó la mano del pequeño y se marchó junto a él del despacho del conde.

La mano de la criatura apretaba con fuerza la de la joven y novata institutriz, aquello le indicaba a Marianne que Arthur no debía de ser un niño muy problemático, como la señora Terrence le había adelantado, tan solo estaba falto de ese cariño que una madre acostumbra a dar a sus hijos. Y ella de eso sabía mucho, pues se había encargado de que sus dos hermanas no echasen en falta los abrazos y caricias de una madre. Por lo visto, al conde se le había pasado por alto que su hijo necesitaba ese cariño, y que echaba de menos a su madre, tanto o más que él a su esposa.

Ese primer día se dejó llevar por su instinto de hermana mayor, y acompañó al joven Arthur durante todo el tiempo. Qué agotador le estaba resultando, al fin y al cabo, ella ya era más mayor y se cansaba antes, y ese niño era demasiado enérgico, pensó.

Capítulo 8

Junio de 1818
Semrak Manor, Propiedad del conde de Derby
Liverpool, Inglaterra

Si Marianne Stretton había esperado una bienvenida cordial a su nuevo puesto, ya podía estar borrándolo de su mente. Un nuevo día se abría paso, y todo un sinfín de cosas estaban por ocurrir.

—Esta es la lista de las habitaciones a las que no tiene permitido entrar.

El conde de Derby —alto, imponente y con la misma expresión de fastidio que la última vez que lo vio— le extendió un pergamino.

Marianne parpadeó y tomó la hoja con cierta cautela. Nunca había recibido una lista de prohibiciones antes, y debía admitir que la idea le intrigaba.

Desenrolló el documento y comenzó a leer.

—Mmm… está bien, no puedo entrar en el despacho, eso tiene sentido —murmuró, deslizando el dedo por las líneas de texto—. Tampoco en la biblioteca privada… qué lástima. Ah, aquí dice que tampoco puedo…

Su voz se detuvo abruptamente.

—¿Su alcoba? —repitió en voz alta, con un tono de absoluta incredulidad.

Alzó la mirada y fijó sus ojos en los del conde, quien seguía de pie con los brazos cruzados, mirándola con paciencia forzada.

—Por supuesto que no.

Marianne sintió cómo le ardían las mejillas, aunque no de la forma agradable.

—¡Bueno, claro que no! —exclamó, sosteniendo la lista como si le hubieran entregado un insulto personal—. ¿Por qué iba a querer entrar en su alcoba? ¡Qué clase de mujer cree que soy!

El conde se quedó en silencio, como si estuviera considerando su respuesta con demasiado detalle.

—No he insinuado nada —dijo finalmente—. Solo lo dejé claro por si acaso.

—¿Por si acaso *qué*? —Marianne sintió que su indignación aumentaba—. ¿Acaso las institutrices suelen tener la costumbre de irrumpir en los dormitorios de los condes? Porque si es así, deberían advertírmelo antes de aceptar el puesto.

El conde suspiró, con la mirada al techo como si pidiera paciencia a los dioses.

—Señorita Stretton…

—Oh, no, no me venga con formalidades ahora, milord—dijo ella, apretando los labios—. Me parece un insulto que haya sentido la necesidad de escribirlo en una lista.

—¿Está ofendida porque no quiero que entre en mi alcoba? —preguntó el conde, arqueando una ceja.

—¡Estoy ofendida porque haya sentido la necesidad de mencionarlo!

El conde se pasó una mano por el rostro, claramente frustrado.

—Por todos los cielos, no tiene importancia.

—Oh, para mí la tiene —replicó ella, doblando la lista con un gesto digno—. ¡Porque me hace parecer una descarada cuando solo soy una institutriz!

El conde abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, Marianne decidió que no valía la pena discutir con un hombre tan ridículo, así que simplemente pasó a otro tema.

—Hablando de cosas absurdas, veamos el horario de Arthur.

Lo desplegó con rapidez, aún con el orgullo herido, pero en cuanto sus ojos recorrieron las líneas de actividades diarias, su ceño se frunció más y más.

—Esto… no puede ser correcto —dijo, girando el papel para ver si se trataba de una broma.

—Es completamente correcto —respondió el conde con tono aburrido—. ¿Algún problema?

—Bueno, sí, claro que hay un problema —Marianne alzó la mirada, con una expresión que saltaba de la incredulidad al horror—. Aquí hay clases de: matemáticas, latín, historia, esgrima, caligrafía, geografía, economía, filosofía, ¡pero ni un solo momento para jugar!

El conde parpadeó como si hubiera hablado en chino.

—¿Y por qué debería haberlo?

Marianne dejó escapar un sonido que se parecía peligrosamente a un bufido.

—Porque es un niño, milord. ¿O es que usted nació adulto y con esa mirada de aburrimiento perpetuo?

El conde la miró con frialdad.

—Los juegos son una pérdida de tiempo.

—¡Los juegos son fundamentales para el desarrollo de un niño! —Marianne lo miró como si fuera un ser de otro planeta—. No puede pretender que Arthur pase sus días sin reír, correr o imaginar.

—No lo *pretendo*. Lo *exijo*.

Marianne entrecerró los ojos.

—¿De verdad cree que un niño de ocho años debe seguir un horario más riguroso que el de un general en tiempos de guerra?

El conde, sin perder la compostura, dio un paso hacia ella.

—Señorita Stretton, no sé si lo ha notado, pero mi hijo es el heredero de un condado. No puede pasar sus días persiguiendo mariposas.

—Nadie ha mencionado mariposas —señaló Marianne con rapidez—. Y además, no estoy diciendo que abandone su educación, pero si lo trata como un autómata, terminará convirtiéndose en un hombre tan rígido y aburrido como usted.

El silencio que siguió fue catastrófico.

Los ojos del conde brillaron con algo de indignación y diversión.

—¿Me considera rígido y aburrido, señorita Stretton?

Marianne tragó saliva.

Oh, cielos. Lo había dicho en voz alta.

—Eh…

Retrocedió instintivamente, pero el conde avanzó un paso más.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de lo cerca que estaban.

Demasiado cerca.

Marianne sintió el calor subirle al rostro mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza. El conde la miraba con intensidad, esa intensidad peligrosa que hacía que su estómago se encogiera y su mente se nublara.

Oh, no. No, no, no.

La *última* cosa que necesitaba era sentirse atraída por ese hombre, pero… ahí estaba.

Con el corazón desbocado, se giró para marcharse, pero antes de que pudiera dar un paso, sintió su mano en su brazo, deteniéndola.

—Aún no ha terminado de hablar conmigo —murmuró el conde.

Marianne sintió un escalofrío recorrerle la piel.

Por un instante, solo un instante, se quedó inmóvil.

El conde bajó la mirada a sus labios.

Y justo cuando Marianne creyó que iba a inclinarse hacia ella, que iba a hacer algo completamente escandaloso…

—Milord, su cuñada ha venido a visitarlo.

La voz del mayordomo resonó en la sala como un trueno.

El conde cerró los ojos por un breve momento, como si estuviera conteniendo una maldición. Luego, muy lentamente, soltó el brazo de Marianne y se alejó con la misma elegancia con la que se había acercado.

—Que espere en mi despacho —ordenó con frialdad.

El mayordomo se inclinó y desapareció.

Marianne, aún con el corazón en la garganta, aprovechó la interrupción para dar un paso atrás.

—Bueno… yo… creo que debo ver a Arthur —murmuró, evitando su mirada.

El conde la observó durante un largo momento.
—Sí —dijo al fin—. Hágalo.
Y con una reverencia torpe, Marianne huyó.
Porque si algo había aprendido en los últimos minutos era esto:
El conde de Derby era un problema. Un problema increíblemente atractivo.

Capítulo 9

Junio de 1818
Semrak Manor, Propiedad del conde de Derby
Liverpool, Inglaterra

El conde de Derby no era un hombre particularmente dado a la impaciencia, pero había algo en la visita de lady Eleanor Rutledge que conseguía poner a prueba su temple con una facilidad alarmante.

Cuando entró en su despacho donde ella lo esperaba, se encontró con la misma imagen de siempre: una mujer impecablemente vestida, con el porte regio de quien sabe que es hermosa y que los demás lo saben también.

—William —dijo ella con una sonrisa melancólica mientras se levantaba con elegancia de su asiento—. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

El conde le dedicó una inclinación de cabeza breve antes de tomar asiento frente a ella.

—Si por, importante, te refieres a discutir con la nueva institutriz de Arthur, entonces no, no interrumpes nada de gran relevancia.

Lady Eleanor sonrió con amabilidad, aunque la chispa de curiosidad en sus ojos delataba su interés.

—¿Una institutriz? No tenía idea de que habías contratado otra.

—Llegó esta mañana la última —dijo el conde, con tono seco—. Y aunque no estoy del todo convencido de que sea la elección adecuada, Arthur parece entusiasmado con su presencia.

—¿Y por qué no te convence?

El conde exhaló con cierta exasperación y cruzó una pierna sobre la otra.

—Para empezar, porque no parece tener la menor idea de lo que significa la palabra *disciplina*.

Lady Eleanor dejó escapar una risita encantadora, el tipo de risa que muchas mujeres cultivaban para sonar atractivas sin parecer demasiado obvias.

—Bueno, querido cuñado, si Arthur se muestra feliz con ella, tal vez sea porque ha logrado ganarse su confianza.

—O tal vez porque lo trata como un niño en lugar de como un futuro conde.

—Quizá porque es un niño, William.

El conde entrecerró los ojos con desaprobación, pero decidió no entrar en otra discusión. Ya había tenido una con la señorita Stretton y, para su sorpresa, le había resultado demasiado, estimulante.

Eleanor, satisfecha con haber ganado ese pequeño intercambio, tomó un sorbo de su té y luego dejó la taza en el platillo con un gesto delicadamente ensayado.

—He venido porque he tomado una decisión importante —dijo, con la entonación medida de quien está a punto de soltar algo trascendental.

William arqueó una ceja.

—¿Decisión?

—Voy a mudarme aquí, a Semrak Manor.

El silencio que siguió fue tan denso como el mejor de los brandis.

El conde la miró fijamente, como si estuviera esperando después que anunciara que se trataba de una broma. Pero lady Eleanor no bromeaba. Pocas veces lo hacía.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó finalmente, apoyando los codos en los brazos del sillón.

Eleanor bajó la mirada un instante antes de suspirar con suavidad.

—Estoy preocupada por Arthur.

El conde no respondió de inmediato. Era una respuesta razonable, demasiado razonable. Aunque tratándose de ella, difícil de creer.

—¿Preocupada?

—Por supuesto —insistió Eleanor, con una expresión de sincera aflicción—. Mi sobrino está creciendo sin una madre, y aunque no dudo de tu capacidad para criarlo, creo que necesita una presencia femenina en su vida.

William tamborileó los dedos contra el apoyabrazos de su sillón.

—Como acabo de decirte, ya tiene una institutriz.

—Sí, pero una institutriz no es lo mismo que una tía —señaló Eleanor con una sonrisa suave—. No tiene la misma autoridad ni el mismo afecto que podría ofrecerle alguien de su propia familia.

El conde la observó en silencio.

Lady Eleanor siempre había sido una mujer de palabras medidas y propósitos calculados. Aunque su propuesta parecía estar enteramente motivada por el bienestar de Arthur, no podía evitar sentir que había algo más.

Eleanor le sostuvo la mirada con paciencia.

—No espero que me permitas mudarme hoy mismo —añadió, con un tono conciliador—. Pero al menos piénsalo.

William entrecerró los ojos.

—Eleanor…

—Solo unos días —lo interrumpió ella con dulzura—. Déjame demostrarte que mi presencia aquí será beneficiosa.

El conde dejó escapar un suspiro lento, consciente de que no tenía argumentos inmediatos para rechazarla sin parecer completamente insensible.

—Muy bien —concedió finalmente—. Pero quiero que esperes un poco antes de instalarte aquí. Quiero ver primero cómo se desenvuelve la nueva institutriz.

Eleanor inclinó la cabeza con elegancia, aunque su sonrisa confesó que no se daba por vencida en absoluto.

—Por supuesto, querido cuñado.

El conde sintió una punzada de desconfianza. Lady Eleanor Rutledge nunca se daba por vencida.

Y él tenía el incómodo presentimiento de que su reciente interés en vivir junto a ellos, nada tenía que ver con el joven Arthur.

El conde de Derby nunca había sentido tanto alivio por ver a alguien marcharse como lo sintió en el momento en que lady Eleanor Rutledge se puso de pie.

—Sube a ver a Arthur antes de marcharte si lo deseas —le sugirió, aunque el principio de la frase sonó más como una orden que como una petición educada—. Está en el cuarto de juegos con la nueva institutriz.

Lady Eleanor esbozó una sonrisa, el tipo de sonrisa que las mujeres con ambiciones cuidadosamente guardadas dominaban a la perfección.

—Oh, querido William, me encantaría, pero tengo un día absolutamente insufrible, repletos de recados por delante.

El conde alzó una ceja con escepticismo.

—¿Tanto que hacer?

—Demasiado —suspiró—. Ya sabes cómo es Londres, si uno no llega temprano a la modista, termina con los retazos que nadie quiere. Y ni hablar del joyero, siempre tan ocupado.

—Sí, un auténtico calvario —murmuró William con sequedad.

Lady Eleanor le dedicó una mirada condescendiente, como si él jamás pudiera comprender la angustia de seleccionar un broche adecuado, y se levantó con toda la gracia de una mujer que se aseguraba de que hasta el último pliegue de su vestido cayera a la perfección.

—Entonces, si me disculpas, debo marcharme antes de que la ciudad consuma mi día por completo.

El conde asintió con una breve inclinación de cabeza, y juntos caminaron hasta la puerta de su despacho que era donde se encontraban tranquilamente conversando.

—Espero verte pronto, William —dijo Eleanor con dulzura, colocando una mano enguantada sobre el brazo de su cuñado con la ligereza de una pluma—. Y dale mis cariños a Arthur cuando lo veas.

La frase no tuvo oportunidad de terminar de asentarse, cuando un torbellino de energía infantil irrumpió en el pasillo.

—¡TÍA ELEANOOOOR!

Arthur, con el ímpetu de un potro desbocado, corrió hasta su tía y se lanzó sobre ella con el entusiasmo de un niño que no comprende la existencia del espacio personal.

El conde no pudo evitar notar cómo Eleanor se petrificaba en el acto.

Por un breve y fascinante instante, su cuñada no supo cómo reaccionar. Sus ojos se abrieron desmesuradamente mientras sus labios temblaban debido al terror. Pero lo más revelador fue el modo en que sus manos flotaron sobre el niño, sin saber dónde colocarse, como si estuviera debatiéndose entre abrazarlo o apartarlo antes de que su vestido corriera peligro.

Finalmente, tras una pausa que se extendió un poco más de lo políticamente correcto, Eleanor depositó un beso en la mejilla de su sobrino con la misma calidez que una brisa de invierno.

—Qué gusto verte, Arthur, querido —dijo con una voz tan delicada que cualquiera habría pensado que estaba conversando con un jarrón de porcelana—. Pero, ¿no crees que estás un poco, demasiado cerca?

Arthur, por supuesto, no lo creyó en absoluto y se aferró aún más a su tía.

Lady Eleanor esbozó una sonrisa tensa mientras sus manos finalmente se posaban en los hombros del niño como quien intenta apartar un cachorro sin que nadie lo note.

—Arthur, cariño, la tía tiene que irse. Y, oh, cielos, ¿es chocolate eso que hay en tus manos*?*

El conde escondía con dificultad su diversión.

—Es probable —dijo con naturalidad—. Su nueva institutriz cree que la educación se absorbe mejor con, ¿Cómo ha dicho? —se quedó pensando—, algo dulce.

Lady Eleanor, visiblemente horrorizada, logró desprenderse de su sobrino con una elegante maniobra digna de un general en retirada, alisándose de inmediato los pliegues de su vestido con expresión de pánico.

—Oh, Arthur, querido, cuídate mucho —dijo rápidamente, depositando otro beso frío en su mejilla antes de dar dos pasos ágiles en dirección a la salida—. Debo irme.

El conde abrió la boca para despedirse cuando una tercera persona irrumpió en la escena de la manera más escandalosa posible.

—¡Arthur, no puedes salir *corrie…*—!

Marianne se detuvo en seco en el interior del despacho.

El conde vio claramente el momento en que su cerebro procesó la situación.

Marianne primero, notó la presencia de lady Eleanor. Segundo, recordó que se encontraba dentro del despacho del conde, un sitio prohibido para ella.
Y tercero, entró en pánico.

Con un movimiento que habría hecho que cualquier bailarina de salón se sintiera orgullosa, retrocedió con la misma rapidez con la que había entrado, volviendo a posicionarse exactamente en el umbral de la puerta, con una sonrisa tensa.

—Oh. Estoy, aquí fuera, sí —dijo con una voz levemente ahogada.

El conde frunció los labios para no reírse.

Lady Eleanor, sin embargo, no tenía ni una pizca de humor en su rostro. Estaba demasiado ocupada evaluando a la nueva institutriz de Arthur.

Y lo que vio claramente no le gustó.

Marianne, con el cabello sutilmente revuelto por la carrera tras Arthur, con las mejillas sonrojadas por la emoción y los labios ligeramente entreabiertos, lucía joven, hermosa y peligrosa.

Lady Eleanor abrió mucho los ojos. Inmediatamente, con una lentitud intencionadamente dramática, arqueó una ceja elevando la barbilla al mismo tiempo, como si hubiera sido entrenada para expresar desaprobación con la máxima elegancia posible.

—Demasiado joven —declaró con frialdad—. Demasiado joven para educar a un futuro conde.

Y con esas palabras, se giró con toda la dignidad de una reina y se marchó con la gracia altiva de quien ya ha decidido que no le agradas.

El silencio que siguió fue, peculiar.

Arthur miró a su padre con expresión confusa.

El conde miró a Marianne con diversión.

Y Marianne miró el suelo como si deseara que la tierra la tragara entera.

Finalmente, el conde habló.

—Señorita Stretton.

Marianne enderezó los hombros rápidamente.

—Milord.

—¿Cuántos minutos pasaron desde que le entregué la lista de lugares prohibidos hasta que decidió irrumpir en mi despacho de nuevo?

Marianne carraspeó.

—No estaba contando, milord.

El conde se pasó una mano por el rostro, visiblemente agotado.

—Por supuesto que no.

Arthur, ajeno a toda la tensión, rio encantado.

—¡Creo que será la mejor institutriz que me has traído papá!

Marianne sonrió pese a todo, pero el conde solo cerró los ojos con resignación.

Había aceptado a la señorita Stretton porque Arthur la adoraba.

Ahora tenía la molesta sensación de que él mismo empezaba a entender por qué.

Capítulo 10

Junio de 1818
Semrak Manor, Propiedad del conde de Derby
Liverpool, Inglaterra

Si a William Stanley, conde de Derby, le hubieran dicho que terminaría compartiendo la mesa con la institutriz de su hijo, se habría echado a reír. O quizás habría despedido inmediatamente al insolente que se atreviera a sugerirlo.

Y, sin embargo, allí estaba ella.

Sentada en la misma mesa que él y su hijo, con una sonrisa de absoluta satisfacción en el rostro. Como si fuera completamente normal.

—¿Le sirvo más patatas, señorita Stretton? —preguntó uno de los criados, inclinándose con la misma deferencia con la que se dirigía al conde.

—Oh, sí, por favor. —Marianne sonrió radiante—. Están deliciosas.

El conde entrecerró los ojos.

La mujer no tenía vergüenza alguna.

El noble nunca había permitido que el servicio cenara con la familia. No por crueldad, sino porque simplemente no se hacía. Pero Arthur lo había pedido con tanto entusiasmo, y la institutriz había puesto una expresión de perrito abandonado tan bien ejecutada, que antes de que se diera cuenta, había accedido.

Él. El conde de Derby.

El mismo hombre que en el pasado había rechazado compartir una cena con su propia cuñada.

Inaceptable. Absolutamente inaceptable.

—Bueno —dijo finalmente, apoyando el cuchillo sobre la mesa y recobrando un poco de su compostura—, quería informaros de que debo ausentarme unas semanas.

Arthur dejó su tenedor en el plato y miró a su padre con interés.

—¿A dónde vas?

—A Bath.

Marianne, que había estado muy concentrada en sus patatas, levantó la cabeza de golpe.

—¿Bath?

—Sí, Bath —repitió el conde, notando con leve irritación cómo la institutriz fruncía el ceño como si él acabara de anunciar que iba a robarle el almuerzo a un mendigo.

—¡Pero la temporada ya ha comenzado! —exclamó ella, como si eso lo explicara todo.

—Sí, lo sé.

—Entonces ¿cómo es posible que vaya a Bath justo ahora?

El conde arqueó una ceja.

—Parece que tiene una objeción, señorita Stretton.

Marianne lo miró como si acabara de decir que planeaba dar un paseo hasta la luna.

—Por supuesto que la tengo.

William soltó el cuchillo con un leve *clink* sobre el plato.

—Ilústreme.

—Es completamente ridículo —señaló ella, gesticulando con la mano libre—. Todo el mundo sabe que la temporada en Bath es un hervidero de chismes, bailes y frivolidades. ¿Cómo puede pensar en dejar a Arthur por algo tan trivial?

El conde parpadeó.

—Señorita Stretton, ¿qué parte de, viaje de negocios, no ha entendido?

—Oh, todas —respondió ella con total desparpajo—. Porque no me lo creo.

William la miró fijamente.

—¿No se lo cree?

—En absoluto.

El silencio se instaló en la habitación.

Arthur, completamente ajeno a la tormenta que se estaba gestando entre su padre y su institutriz, masticaba su pan con plena felicidad.

William, por su parte, no podía dar crédito a la audacia de aquella mujer.

—Permítame ver si entiendo esto correctamente —dijo él con calma—. Según usted, he decidido dejar a mi hijo y mis responsabilidades para ir a Bath a divertirme.

—Exactamente.

—A pesar de que le acabo de decir que es un viaje de negocios.

—Pues sí —respondió ella con una sonrisa demasiado dulce—. Porque es el mismo argumento que usaría cualquier noble que quiere escaparse a una ciudad como esa para coquetear con solteras o viudas y jugar a las cartas.

El conde soltó el tenedor con un fuerte golpe contra el plato.

—Señorita Stretton, si hay algo que me molesta más que la insolencia, es la necedad.

—Entonces debe de estar pasándolo fatal conmigo.

El conde la miró con los ojos entrecerrados.

Arthur, sintiendo que era el mejor momento posible para intervenir, levantó la cabeza con una gran sonrisa.

—¡Padre, quiero ir contigo!

Marianne miró a Arthur con absoluto entusiasmo.

—¡Oh, sí, sería maravilloso para él!

William sintió cómo su mandíbula se tensaba aún más.

—Absolutamente fuera de discusión.

Arthur frunció el ceño en una adorable expresión de disgusto.

—Pero, padre, nunca me llevas a ninguna parte.

—Porque no tienes que ir a ninguna parte.

—Pero quiero ver Bath. Prometo que me portaré bien, no te darás cuenta de que estoy allí. ¿Hay algún problema en que yo vaya?

Marianne se cruzó de brazos, mirándolo con una ceja alzada.

—Oh, sí, milord, no debería haber problema en absoluto.

William, que hasta ese momento había pensado que su paciencia era inquebrantable, consideró seriamente contratar a una institutriz muda.

Respiró hondo.

Contó hasta tres.

Y, de alguna manera que aún no entendía, terminó diciendo lo impensable:

—Muy bien. Arthur vendrá conmigo.

Marianne abrió la boca, sorprendida por haber ganado una discusión que ni siquiera sabía que estaba librando.

Arthur dio un pequeño salto en su silla de felicidad.

William cerró los ojos un instante, preguntándose en qué momento había perdido el control de su propia casa.

Y cuando los abrió de nuevo, lo tuvo claro:

Había sido en el preciso instante en que había contratado a Marianne Stretton.

Capítulo 11

Junio de 1818
Semrak Manor, Propiedad del conde de Derby
Liverpool, Inglaterra

Si Marianne Stretton había aprendido algo en la vida, era que las damas jóvenes con pocos recursos no podían permitirse ser torpes.

Una mujer que buscaba un esposo rico debía moverse con la gracia de una bailarina, la dignidad de una reina y la seguridad de una cazadora acechando a su presa. No tropezar como una cabra desorientada.

Por desgracia, esa mañana, mientras bajaba cargada de maletas por la enorme escalera de Semrak Manor, parecía haber olvidado por completo ese principio fundamental.

No era su culpa, claro. No del todo.

Las escaleras eran demasiado amplias. La casa era demasiado grande. Y las maletas, bueno, las maletas eran excesivas.

Pero no era su culpa que la ropa fuera tan voluminosa para las mujeres, ¿verdad?

Así que allí estaba, intentando bajar con toda la dignidad posible, con una maleta en cada mano y otra equilibrada de manera precaria contra su cadera, cuando el destino decidió ponerse dramático.

En cuanto llegó al último escalón, la maleta de su cadera se deslizó traicioneramente, haciéndola perder el equilibrio.

Marianne se tambaleó.

Sus brazos agitaron el aire en un intento desesperado por evitar el desastre.

Y cuando creyó que iba a terminar desparramada en el suelo, chocó contra algo sólido.

Bueno. Alguien sólido.

Un pecho firme. Duro como una roca. Unas manos grandes y fuertes que la sostuvieron con una rapidez impresionante.

Y un aroma varonil que, francamente, era demasiado perturbador para su paz mental.

—Señorita Stretton —dijo una voz baja y grave—. ¿Suele ser tan torpe a menudo o solo lo es cuando está cerca de mí?

Oh, no.

Oh, no.

Marianne no necesitó levantar la cabeza para saber quién era.

El conde de Derby.

Por supuesto que era él.

¿Es que este hombre tenía un pacto con el destino para presenciar cada uno de sus momentos más humillantes?

—Yo… —empezó a decir, con el rostro ardiendo—. No soy torpe.

William arqueó una ceja.

—¿No?

—No.

—Ajá. —Hizo una pausa y miró el caos a su alrededor—. Entonces, ¿debo asumir que caer sobre los hombres es su manera particular de saludar?

Marianne abrió la boca con indignación, pero no encontró ninguna defensa convincente.

Porque lo cierto era que tenía un problema.

Cada vez que el conde estaba cerca, algo dentro de ella se descontrolaba.

No era su torpeza natural. No, no. Era él.

Era su presencia. Su mirada. Su absurda capacidad para aparecer en los momentos más inoportunos y hacer que su corazón latiera como un condenado tambor de guerra.

Y lo peor era que, su cuerpo también lo sabía.

Porque cada vez que la miraba así, con esos ojos oscuros y evaluadores, ella sentía un terrible dolor de estómago del que no podía escapar.

Y cuando la tocaba, sentía fuego abrasador recorrerle la piel.

Ahora mismo, sus manos aún estaban en su cintura, asegurándose de que no volviera a tropezar.

Y Marianne, Marianne estaba haciendo lo peor que podía hacer en ese momento.

Se quedó en silencio.

Sus labios se separaron ligeramente, como si su propio cuerpo estuviera considerando una idea absolutamente ridícula y escandalosa.

El conde la observó con intensidad.

Y, por un instante, hubo algo más en su mirada.

Algo que no tenía nada que ver con la irritación.

Ni con la frustración, ni con la paciencia limitada que demostraba hacia ella.

Algo más oscuro. Más peligroso.

Y entonces, como si hubiera tomado conciencia de sí mismo, el conde soltó su cintura de inmediato y se alejó un paso.

Su expresión se volvió pétrea.

—Ya veo que puede sostenerse en pie por sí misma —dijo con frialdad—. Bien.

Marianne parpadeó rápidamente, recuperando el control de su mente.

Sí. Sí, claro. Por supuesto.

Ella no tenía tiempo para esto.

Su único objetivo en esta casa era mantener a Arthur ocupado hasta encontrar un esposo lo suficientemente rico como para asegurar el futuro de sus hermanas.

No tenía sentido sentir esto.

Así que, sin más, recogió la maleta que había caído al suelo, enderezó la espalda y recuperó su mejor sonrisa inocente.

—Gracias, milord—dijo, con la dignidad de una reina a la que acababan de atrapar en el suelo—. Ha sido un placer, como siempre.

Y con eso, salió de allí lo más rápido posible.

Porque si algo sabía Marianne Stretton, era que no debía confiar en los hombres guapos.

Especialmente si eran condes.

Especialmente si su toque la hacía olvidar todo lo que realmente importaba.

Y sobre todo, si empezaba a preguntarse qué pasaría si no se apartaba la próxima vez.

William Stanley, conde de Derby, estaba teniendo un día terrible.

No porque estuviera de viaje, atrapado en un carruaje lento o porque su hijo jugara a la guerra con soldados de plomo.

No.

Su día era terrible porque, en este maldito y reducido carruaje, Marianne Stretton estaba demasiado cerca.

Y su aroma a flores lo estaba volviendo loco.

Él había intentado evitar esta situación. De verdad que lo había intentado.

Cuando el carruaje estuvo listo, había ordenado que su hijo y su institutriz viajaran en un vehículo separado. Era lo más lógico, lo más adecuado, lo más sensato.

Pero entonces, ella había abierto la boca.

—Milord, ¿cómo pretende que un niño pase horas de viaje sin la compañía de su propio padre?

Había pronunciado esas palabras con esa convicción exasperante que hacía que cualquier argumento lógico pareciera cruel y desalmado. Y antes de que William pudiera responder con algo inteligente y definitivo, Arthur había intervenido.

—¡Sí, padre! ¡Viajemos juntos!

Y allí estaban.

Los tres.

En el mismo carruaje.

Con Marianne demasiado cerca.

Con su perfume llenando el maldito espacio compartido.

Con ella riendo con Arthur y simulando ser un soldado mientras su hijo planeaba una estrategia bélica sobre el tapizado del asiento.

William no apartaba los ojos de ellos.

¿Cuándo fue la última vez que vio a Arthur tan feliz?

No recordaba haberlo visto reír así, con la despreocupación de un niño que no teme ser corregido o reprendido.

No recordaba haberlo visto sentirse tan en confianza con alguien.

Y lo más desconcertante de todo era que, él mismo estaba fascinado.

Sus ojos volvían a Marianne una y otra vez, como si su cuerpo hubiera decidido ignorar sus órdenes de mirar por la ventana y fingir que no existía.

No ayudaba que cada vez que se movía, un leve rastro de su perfume a flores lo alcanzara, recordándole el momento en las escaleras.

El momento en que la había sostenido en sus brazos.

El momento en que había estado peligrosamente cerca de besarla.

Por todos los cielos.

Se pasó una mano por la nuca y desvió la vista, solo para encontrarse con los ojos de Marianne mirándolo directamente.

William sintió un golpe seco en el pecho.

Ella se ruborizó al instante, como si lo hubiera atrapado haciendo algo indebido.

Y luego, en el gesto más adorablemente torpe que había visto en su vida, se abanicó la cara con la mano.

Como si eso fuera a disimular algo.

William sintió una repentina y peligrosa urgencia de reírse.

Pero no lo hizo.

Porque si reía, si la dejaba ver lo mucho que le divertía ese gesto, entonces eso significaba que le importaba.

Y no podía permitirlo.

Así que apartó la mirada rápidamente, fingiendo que no había sucedido nada, y se sumió en un profundo silencio que duró el resto del viaje.

Después de horas de camino, el sol comenzó a ocultarse, dejando paso a un cielo menos iluminado y así anunciando el atardecer.

Arthur, tras haber luchado numerosas batallas con sus soldados de plomo, finalmente se quedó dormido.

William apenas lo notó hasta que Marianne se movió.

Cuando levantó la mirada, vio que Arthur estaba profundamente dormido sobre su regazo.

Y ella, Marianne, acariciaba el cabello de su hijo con una ternura distraída, sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Sin darse cuenta de que él la estaba mirando.

Y William no pudo apartar la vista.

Por primera vez en días, no quiso hacerlo.

Porque la imagen que tenía ante sí era desconcertantemente perfecta.

Porque ella no solo estaba actuando como la institutriz de Arthur.

Se preocupaba por él. De verdad.

Y si Marianne lo hubiera mirado en ese momento, si hubiera alzado la cabeza y hubiera captado su mirada, tal vez habría descubierto lo mucho que William la deseaba.

Lo mucho que fantaseaba con tenerla cerca.

Lo mucho que quería probar esos labios que lo estaban enloqueciendo.

Pero ella no lo miró.

Y él siguió observándola, disfrutando del momento, con una sensación en el pecho que no estaba dispuesto a nombrar.

No todavía.

No cuando todavía podía fingir que esto no significaba nada.

Capítulo 12

Junio de 1818
Blue flower, otra de las propiedades del conde de Derby
Bath, Inglaterra

El viaje había sido demasiado largo, demasiado incómodo y, si William era sincero consigo mismo, demasiado peligroso para conservar su cordura.

Así que cuando el carruaje finalmente se detuvo frente a la casa familiar en Bath, dejó escapar un suspiro pesado y largo.

Un año entero había pasado desde la última vez que puso un pie en esa casa. Un año entero evitándola.

Demasiados recuerdos para él encerrados en esas paredes.
Demasiados fantasmas vagando por los pasillos.
Demasiadas cosas que no quería sentir.

Pero no había alternativa.

Así que salió del carruaje, su hijo estaba felizmente dormido en los brazos de Marianne, como si ese pequeño peso le anclara al suelo y le impidiera flotar con la visión que tenía frente a ella.

El conde se sintió incómodo al sentir que estaba allí de nuevo.

Todo iba bien.

Todo estaba en orden.

Hasta que la institutriz abrió la boca.

—¡Santo cielo! —exclamó Marianne, con los ojos muy abiertos al ver la fachada del hogar —. Es la casa más bonita en la que voy a vivir jamás.

William cerró los ojos un instante y negó con la cabeza.

—Por supuesto que lo es.

Marianne no se inmutó ante su tono seco. Parecía completamente fascinada.

—Mire esas columnas —dijo, girándose hacia él con absoluta emoción, como si el conde no las hubiese visto antes—. Y las ventanas. Y los jardines. ¡Hasta la puerta es espectacular!

William no podía decidir qué le irritaba más:

Que ella estuviera actuando como si acabara de llegar al mismísimo palacio dorado de la reina.

O que su entusiasmo le pareciera ridículamente encantador.

—Deme a mi hijo —dijo finalmente, sacándole a Arthur de los brazos sin esperar discusión.

Marianne parpadeó, sorprendida por su brusquedad, pero no protestó.

Solo cruzó los brazos y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Va a pedirme también que no entre en la casa sin su permiso, milord?

William no se dignó a responder a aquello, y sin más le dijo lo que debía hacer.

—Entre y acomódese en la tercera alcoba de arriba —le dijo mientras ajustaba el peso de Arthur entre sus brazos—. Yo ocuparé la primera y Arthur la contigua.

Marianne sonrió de lado, divertida.

—¡Oh! La tercera alcoba. No la primera.

William la miró con expresión impaciente.

—Exactamente.

—Porque no tengo permitido entrar en su alcoba, milord.

William entrecerró los ojos.

—Señorita Stretton…

—No, no, no. No lo repetiré. No quiero que lo agregue a otra lista.

Y con una pequeña risa mal contenida, se dio la vuelta y entró en la casa, dejándolo en la puerta con Arthur en brazos y una sospecha inquietante de que aquella mujer estaba disfrutando demasiado provocándolo.

Y lo peor era que, él también.

Marianne Stretton no era una persona ansiosa.

No. Para nada.

Solo estaba mirando por la ventana cada cinco minutos como si eso fuera a hacer que la carta que había enviado a Irlanda llegara más rápido.

Respiró hondo, cruzó los brazos y se obligó a no volver a mirar.

Todo estará bien, se dijo a sí misma.

Carlota sabía cómo manejarse con el tío Eustace.

Jane era insolente, sí, lo suficiente como para no dejarse pisotear.

Y el señor Gideon, bueno. Si se atrevía a importunar de nuevo a Carlota, Marianne personalmente encontraría la manera de ahorcarlo con su propia corbata.

Sacudió la cabeza, intentando alejar esos pensamientos inútiles.

Nada de eso serviría de nada. No ahora.

Ahora lo único que podía hacer era esperar y buscar una distracción.

Así que, con paso decidido, se dirigió a la cocina.

Y allí estaba Arthur, sentado a la mesa con una taza de chocolate caliente entre las manos y la boca cubierta de migas de pan tostado.

—Oh, señorita Stretton —dijo la cocinera, una mujer robusta y de mejillas rosadas—. Me alegra verla por aquí. El joven maestro y yo estamos teniendo una conversación muy seria.

Arthur asintió.

—Estamos debatiendo sobre las magdalenas.

Marianne arqueó una ceja y se sentó junto a él.

—¿Las magdalenas?

—Sí. Las de aquí son mejores que las de Liverpool.

La cocinera sonrió con orgullo.

—Claro que sí, jovencito. Aquí tenemos la mejor mantequilla.

Arthur se giró hacia Marianne con los ojos entrecerrados.

—¿Cuál es su opinión, señorita Stretton?

Marianne se llevó una mano al corazón, fingiendo una gran responsabilidad.

—Bueno, debo hacer una investigación antes de pronunciarme. ¿Dónde está la evidencia?

Arthur se rio y empujó un plato con magdalenas hacia ella.

—¡Pruebe y díganos su veredicto!

Marianne tomó una y la mordió con gesto pensativo. Luego cerró los ojos dramáticamente.

—Mmm. Oh, sí. Definitivamente…

Arthur se inclinó hacia adelante expectante.

—¿Definitivamente qué?

—Definitivamente mejores que las de Liverpool.

La cocinera aplaudió victoriosa.

Arthur asintió, satisfecho con su decisión.

—Bueno. Esto es un alivio.

—¿Por qué?

El niño suspiró con exasperación, como si fuera a explicarle algo muy obvio.

—Porque vamos a estar aquí dos semanas, señorita Stretton. Y sería terrible desayunar malas magdalenas durante tanto tiempo.

Marianne soltó una carcajada.

Y, por primera vez en todo el día, se olvidó de sus preocupaciones.

Capítulo 13

Junio de 1818
Blue flower, otra de las propiedades del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Marianne Stretton no era una mujer débil. No lo había sido cuando su madre falleció. No lo había sido cuando su padre murió dejando más deudas que recuerdos agradables en ella. No lo había sido cuando el tío Eustace aceptó acogerlas, pero no sin dejar bien claro que no era por bondad, sino por obligación.

Y, desde luego, no lo iba a ser ahora.

A excepción de que, lo estaba siendo.

Se pasó toda la cena fingiendo que estaba bien, sonriendo cuando era necesario, participando en la conversación de Arthur cuando era requerido, y asintiendo con cortesía a los comentarios del conde cuando no tenía otra opción.

Pero su mente, su mente estaba en Irlanda.

¿Tendrían suficiente comida? ¿El tío Eustace estaría siendo más tacaño de lo normal? ¿El odioso señor Gideon habría vuelto a intentar cortejar a Carlota?
¿Jane ya habría insultado al tío y estarían las dos viviendo en la calle?

El pensamiento la golpeó con tanta fuerza que casi sintió náuseas.

Así que, en cuanto pudo, pidió disculpas y se retiró a su alcoba.

Y una vez dentro, rompió a llorar.

Porque, por mucho que quisiera ignorarlo, la verdad era que se había marchado y las había dejado solas.

Y eso la hacía sentir la peor hermana del mundo.

William Stanley, conde de Derby, no era un hombre impulsivo.

Siempre calculaba. Siempre analizaba. Siempre actuaba con la precisión de alguien que no podía permitirse errores.

Así que cuando se encontró de pie frente a la puerta de la institutriz de su hijo, golpeando con los nudillos sin saber exactamente por qué lo hacía, supo que algo no iba bien.

Quizás había sido la forma en que ella se retiró temprano de la cena.

Quizás había sido la expresión perdida en su rostro.

O quizás, quizás había sido el hecho de que la casa estaba en completo silencio, excepto por el sonido ahogado de su llanto.

El conde frunció el ceño.

No esperaba eso.

Se apartó con rapidez. No era su problema.

Pero entonces, al cerrar la puerta con sigilo, el maldito suelo crujió.

William se congeló.

Un instante después, la puerta de la alcoba se abrió de golpe.

Marianne salió corriendo.

Y en cuestión de segundos, se encontraron cara a cara en el pasillo.

Ella tenía los ojos enrojecidos, el rostro aún húmedo de lágrimas, y la mirada cargada de indignación.

—No debería espiar al servicio, milord.

William arqueó una ceja.

—Usted no es parte del servicio. Es la institutriz de mi hijo.

—¿Y eso qué importa? —replicó Marianne, cruzándose de brazos—. No tiene derecho a fisgonear.

William suspiró, porque honestamente, ¿qué más daba lo que él dijera? Ella ya estaba molesta.

—No estaba fisgoneando. Solo me preguntaba si podía hacer algo por usted.

—¿Por qué? —preguntó Marianne con escepticismo.

—Porque, a pesar de lo que pueda pensar de mí, me gusta solucionar problemas, no ignorarlos.

Marianne se quedó en silencio.

Y entonces, sin previo aviso, rompió a llorar otra vez.

William dio un paso atrás, completamente desconcertado.

Por el amor de Dios.

Él era un hombre de negocios. Un estratega. Un conde.

No estaba preparado para manejar lágrimas.

Pero allí estaba ella, llorando delante de él, con los hombros temblorosos y la respiración entrecortada. Y él no tenía idea de qué demonios hacer.

Así que improvisó.

—Señorita Stretton —dijo en voz baja, acercándose con cautela—. Dígame qué ocurre.

Ella levantó la mirada con los ojos vidriosos.

—No debería importarle.

William exhaló con paciencia.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Marianne lo miró como si no supiera qué hacer con su caballerosidad espontánea.

Pero, al final, habló.

Le contó sobre sus hermanas. Sobre la deuda que tenían con su tío. Sobre su desesperación por encontrar un esposo que asegurara su futuro.

Y William escuchó.

Con atención.

Con interés.

Y con una creciente sensación de irritación hacia su tío Eustace.

—¿Así que su tío le exige pagar por los años que las acogió? —preguntó finalmente, con el ceño fruncido.

—Sí —murmuró Marianne—. Y no tengo otra opción.

El conde inhaló hondo, conteniendo su frustración.

No le sorprendía. Los hombres como Eustace Puddlemere tenían una habilidad innata para exprimir cada centavo posible de los demás.

Pero aun así, no estaba bien.

Marianne lo miró con incertidumbre.

—¿Por qué me mira así?

William sopesó sus palabras con cuidado.

—Porque acabo de decidir que voy a ayudarla.

Marianne parpadeó.

—¿Qué?

—Buscaré un esposo para usted.

Hubo un largo silencio.

Marianne entrecerró los ojos.

—Eso suena indecentemente peligroso para usted, ¿qué pensarían sus conocidos si se llegasen a enterar?

William se encogió de hombros.

—Bueno, es lo que necesita, ¿no?

—Sí, pero… ¿por qué haría algo así?

William sostuvo su mirada sin inmutarse.

—Porque estamos en Bath. Y si hay un lugar perfecto para encontrar un esposo, es este.

Marianne abrió la boca para responder, pero nada salió.

Porque, en efecto, era el plan más práctico que había escuchado jamás.

Ridículamente práctico.

Ofensivamente lógico.

Y, sin embargo, una pequeña punzada la atravesó por dentro.

Porque, por alguna razón que no quería analizar demasiado, la idea de casarse con otro hombre cuando la única presencia masculina en su mente era el conde de Derby, la hacía sentir…

Bueno.

Como una completa idiota.

Así que parpadeó, enderezó los hombros y fingió que todo estaba perfectamente normal.

—Muy bien, milord. Entonces, ayúdeme a encontrar un esposo.

William asintió.

—Hecho.

Y con eso, se dio la vuelta y se marchó.

Y Marianne se quedó de pie en el pasillo, mirando su espalda desaparecer, preguntándose por qué, si este era su plan desde el principio, la idea de que otro hombre la besara no la entusiasmaba en absoluto.

Capítulo 14

Junio de 1818
Blue flower, otra de las propiedades del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Marianne tenía un plan.

Un plan sencillo, efectivo e infalible: Evitar al conde de Derby a toda costa. Porque, por alguna razón que desconocía completamente, cada vez que estaba cerca de él, su pulso se aceleraba peligrosamente, su piel se volvía más sensible de lo normal, y su cerebro, bueno, su cerebro parecía perder toda lógica.

Y eso era un problema.

Ella no estaba allí para sentirse atraída por un conde.

No estaba allí para notar lo bien que le quedaban esos chalecos oscuros. Y, desde luego, no estaba allí para preguntarse cómo sería que la besara.

No, no, no.

Ella estaba en Bath para encontrar un esposo rico y asegurar el futuro de sus hermanas.

Así que aquella mañana, se levantó con toda la decisión del mundo y resolvió que no vería al conde en todo el día.

Y lo logró, bueno, más o menos.

El plan estaba saliendo perfecto hasta que dejó de serlo.

Marianne pasó horas enteras en el jardín con Arthur, jugando a la pelota, explorando los

rincones más escondidos entre los árboles y escuchándolo hablar de cosas que solo un niño podía encontrar apasionantes.

Y todo iba bien. Hasta que volvieron a la casa.

Porque entonces, cada vez que doblaba una esquina, el conde estaba allí.

En la cocina.

Ella entró para buscar un poco de pan para Arthur, y él estaba junto a la ventana, con un vaso de brandy en la mano. Cuando se giró y la vio, su mirada se detuvo en ella un segundo más de lo necesario. Un segundo demasiado peligroso.

—Señorita Stretton —dijo con ese tono bajo que parecía una caricia.

—Milord—respondió ella, inclinando la cabeza rápidamente y saliendo de allí antes de que su corazón hiciera algo estúpido.

En el pasillo.

Giró en una esquina y se lo encontró de frente.

Literalmente.

Chocaron.

Solo un poco, pero lo suficiente para que su mano se posara sobre su brazo, como si instintivamente quisiera sujetarla.

Fue un toque mínimo.

Un roce.

Pero su piel ardió como si la hubiera tocado con fuego, como si la abrasara.

Marianne dio un paso atrás de inmediato.

—Disculpe, milord.

Él no respondió. Solo la miró.

Como si supiera exactamente lo que acababa de sentir. Y eso era un problema.

Así que se marchó, antes de que la situación empeorara.

Pero la peor parte del día aún estaba por llegar: La cena más incómoda del mundo.

Cuando llegó la hora de la cena, no tenía escapatoria.

Porque allí estaba él, sentado al otro extremo de la mesa, con su expresión de siempre: seria, tranquila, aparentemente indiferente.

Excepto que no lo era.

Porque la estaba mirando.

Como cuando ella y Carlota revisaban las cuentas y sentían la mirada del tío Eustace clavada en ellas.

Como cuando sabía que estaba haciendo algo que no debía, pero no podía evitarlo.

No podía verlo directamente, pero lo sentía.

Con cada bocado, con cada palabra que Arthur decía, con cada gesto que hacía, sabía que el conde la estaba observando.

Y lo peor era que ella también lo estaba deseando mirar. Solo que los deseos de Marianne terminaban pensando en su boca más veces de las que consideraba apropiado.

Por todos los cielos, pensó.

Comió más deprisa de lo normal, sin disfrutar ni una sola cucharada de la deliciosa sopa que tenían esa noche.

Cuando terminó la cena, se levantó rápidamente, murmuró un *Buenas noches* sin atreverse a mirarlo directamente y se retiró antes de hacer algo que lamentara.

Pero mientras subía las escaleras, no pudo evitar un pensamiento muy, muy peligroso.

Si me siento así cuando me mira…

¿Cómo me sentiría si alguna vez me besara?

Marianne estaba disfrutando de una tranquila noche en su alcoba cuando el conde llamó a la puerta.

Bueno, *llamar* no era la palabra correcta.

Golpeó. Con firmeza. Como si estuviera anunciando su inminente entrada al campo de batalla.

—¿Sí? —preguntó, sorprendida.

La puerta se abrió y allí estaba él, con su impecable chaqueta negra y su expresión de nuevo seria.

—Señorita Stretton, no tenemos tiempo que perder.

Marianne frunció el ceño.

—¿Perder el tiempo en qué?

—Esta noche la llevaré a un baile.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Ha oído bien —dijo el conde, cruzándose de brazos—. Si quiere encontrar un esposo, debe empezar cuanto antes. Y un baile en Bath es el lugar perfecto para ello.

Marianne tardó unos segundos en reaccionar.

Luego se echó a reír.

—¡Eso es ridículo!

William no parecía compartir su opinión.

—No es ridículo. Es lógico. No podemos esperar sentados a que un buen partido caiga del cielo. Me pareció que ayer lloraba desconsoladamente por sus hermanas.

Marianne aún no podía creérselo.

—¿Y decidió esto sin consultarme?

—Exactamente.

Ella abrió la boca, la cerró, y luego la volvió a abrir.

—¡Milord, encontrar esposo es mi plan, pero eso no significa que pueda arrastrarme a un baile sin previo aviso!

—Pues acaba de ocurrir.

Marianne parpadeó otra vez.

Dios santo. Este hombre era imposible, pensó.

—Está bien —dijo finalmente, con una sonrisa inocente—. Iré.

El conde pareció satisfecho, pero su expresión no tardó en volver a su usual severidad.

—Pero antes, hay algo que debo enseñarle.

Marianne frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

William sacó un papel doblado del interior de su chaqueta y se lo tendió.

—Esta es una lista de normas que deberá seguir esta noche.

Marianne tomó el papel con cautela y comenzó a leer en voz alta.

—No hablar en exceso. —Levantó la vista—. ¿Me está insinuando que hablo demasiado?

El conde no respondió.

Lo que, en sí mismo, era una respuesta.

—No comer en exceso —siguió leyendo—. Milord, ¿piensa que me lanzo sobre la comida como un lobo hambriento?

—No, pero la he visto desayunar magdalenas con bastante entusiasmo.

Marianne lo fulminó con la mirada.

—No bailar en exceso. ¿Se supone que debo quedarme sentada como si fuera un jarrón?

—Debe bailar lo suficiente como para parecer sociable, pero no tanto como para parecer desesperada.

—Maravilloso —murmuró—. ¿Y qué más?

Siguió leyendo.

—No suspirar en exceso aunque se aburra.

—Eso es importante.

—¡Pero si los bailes son aburridos!

—Entonces disimule.

Marianne bufó y continuó con la lista.

—No beber en exceso.

—Eso se explica solo.

—¡Pero nunca he bebido en exceso! —se quejó ella.

—Perfecto, sigamos así.

Marianne dejó caer la lista sobre la cama y se cruzó de brazos.

—Esto es ridículo.

William suspiró con paciencia.

—No es ridículo. Es necesario.

—¿Qué pasa si se me olvidan sus normas?

—Pues probablemente arruine todas sus posibilidades de encontrar un esposo.

—¿Y si lo hago a propósito?

El conde entrecerró los ojos.

—Entonces no solo será una mujer sin marido, sino también una mujer sin vergüenza.

Marianne levantó la barbilla con desafío.

—Parece que se está divirtiendo mucho dándome órdenes, milord.

—Oh, sí. Es el sueño de mi vida.

Marianne le sonrió con dulzura.

—Entonces será un placer ignorarlas todas.

El conde exhaló lentamente, como si estuviera reconsiderando todas sus decisiones de las últimas semanas.

Pero ya era demasiado tarde.

—Tiene una hora para prepararse —dijo, dándose la vuelta—. Le sugiero que la aproveche bien.

Y con eso, salió de la habitación.

Marianne miró la lista sobre la cama, luego a la puerta por la que el conde acababa de desaparecer, y sonrió para sí misma.

Tal vez no pudiera ignorar *todas* sus normas.

Pero, por el bien de su propio entretenimiento, seguro que podía romper al menos una.

Capítulo 15

Junio de 1818
Blue flower, otra de las propiedades del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Marianne había intentado mantener la calma cuando el conde irrumpió en su habitación con la noticia de que asistiría a un baile esa misma noche.

Había fracasado.

Ahora, de pie frente al espejo, mientras una doncella terminaba de ajustar los últimos pliegues de su vestido, seguía sin poder creerse que esto estuviera ocurriendo.

—No me ha dado tiempo ni de prepararme mentalmente para esto —murmuró, frunciendo el ceño mientras la muchacha terminaba de recogerle el cabello.

—¿Disculpe, señorita?

—Nada, nada. Solo hablaba conmigo misma.

O más bien, intentaba convencerse de que esto era una gran oportunidad y no una catástrofe inminente.

Porque, después de todo, ella necesitaba un marido.
Y los bailes estaban llenos de hombres solteros.

Hombres dispuestos a casarse.

Hombres con fortunas.

Hombres que no la miraban como el conde de Derby.

Eso era lo más importante.

No la miraban como él.

Cuando bajó las escaleras, lista para partir, lo vio esperándola al pie de los escalones.

Vestido de negro, con la chaqueta perfectamente ajustada, el cabello impecable y una expresión en su rostro de confianza absoluta.

Y cuando levantó la vista y la vio…

Su mandíbula se tensó.

Marianne vio el cambio en su mirada.

Fue un instante. Un parpadeo. Una sombra de algo que desapareció tan rápido como llegó.

Pero lo vio.

Y ese era el problema.

Porque ese tipo de mirada la confundía. Esa mirada no era la que ella necesitaba ver en su rostro para confiarle que le buscase un esposo.

—Vamos, milord—dijo, bajando el último escalón con una sonrisa—. No querrá que lleguemos tarde.

Él la observó por un segundo más, antes de recuperar su compostura y ofrecerle el brazo.

—Desde luego que no.

Y con eso, se marcharon al baile.

—Recuerde la lista —dijo el conde mientras el carruaje avanzaba hacia la mansión donde se celebraba la velada.

Marianne rodó los ojos.

—¿De verdad espera que la siga al pie de la letra?

—Por supuesto.

Ella sonrió con inocencia.

—Qué optimista.

El conde cerró los ojos por un instante, como si estuviera conteniendo una maldición.

—Señorita Stretton, no puede hablar demasiado.

—No hablaré demasiado. Solo lo suficiente para que no piensen que soy muda.

—No puede comer demasiado.

—No tengo intención de pelearme por la última bandeja de pastelillos.

—No puede bailar demasiado.

—¿Y si me lo piden?

—Debe rechazar algunos.

—¡Qué cruel! ¡Dejar a los caballeros con el corazón roto!

El conde se inclinó ligeramente hacia ella.

—Debe comportarse con moderación en todo momento.

Marianne lo miró de reojo.

—¿Incluye eso moderar mi aburrimiento?

—Incluye eso. Sobre todo eso.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y si me quedo dormida de lo emocionante que es la velada?

William negó con la cabeza.

—No cabe duda de que es usted agotadora.

Marianne le sonrió.

—Es un talento natural.

El conde exhaló con paciencia.

—Intente no arruinar sus oportunidades esta noche.

Marianne levantó una ceja.

—¿Eso significa que si veo a un caballero atractivo, puedo sonreírle?

William entrecerró los ojos.

—Siempre que lo haga con discreción.

—Entonces… ¿puedo coquetear?

—No.

—¿Ni un poquito?

—No.

Marianne soltó un suspiro dramático.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Quedarme de pie como una estatua y esperar que alguien me proponga matrimonio por tener una cara bonita?

El conde se frotó el puente de la nariz.

—Ese sería el escenario ideal, sí.

Ella se echó a reír.

—Oh, milord, está claro que nunca ha tenido que encontrar esposo.

Él no respondió.

Solo la miró de una manera que hizo que su piel se calentara de repente.

Por suerte, el carruaje se detuvo en ese momento.

Marianne miró por la ventana y sintió un cosquilleo de emoción.

Porque allí estaba.

Una enorme mansión iluminada con cientos de faroles, con carruajes llegando en fila, y damas y caballeros descendiendo con sus mejores galas.

Música que se escuchaba desde el exterior, risas y conversaciones. Era el tipo de evento donde se hacían conexiones importantes. Como por ejemplo comprometerse.

Era el lugar perfecto donde podía encontrar a su futuro esposo.

Respiró hondo y se giró hacia el conde.

—Bueno, milord. Espero que tenga claro que no puedo prometer que me comportaré como usted espera.

Él ofreció su brazo.

—Eso ya lo tengo claro.

Ella sonrió.

Y juntos, entraron al baile.

Marianne sabía que los bailes eran un espectáculo social, pero no esperaba sentirse el centro de atención en cuanto entraron al salón.

La razón estaba clara.

William Stanley, conde de Derby, acababa de hacer acto de presencia.

Todos sabían lo que había ocurrido hacía un año.

Todos habían susurrado sobre ello en su momento.

Y ahora, al verlo allí, de nuevo entre la buena sociedad, todos parecían ansiosos por demostrarle su simpatía.

—¡Lord Derby! —exclamó una dama con edad avanzada, apretándole la mano con fervor —. ¡Qué alegría verlo aquí!

—¡Demasiado tiempo, milord! —agregó un caballero, dándole una palmada en la espalda con excesivo entusiasmo—. No sabe cuánto se le ha echado de menos.

Marianne parpadeó.

Nunca había visto a tanta gente rodeando a un hombre con semejante devoción.

Era como si estuvieran dándole la bienvenida a un héroe de guerra.

William, por su parte, parecía incómodo.

—Todos han sido muy amables —respondió con la diplomacia de un hombre que deseaba huir inmediatamente.

Marianne reprimió una sonrisa.

Era fascinante ver a un hombre tan imperturbable lucir un poco, perturbado.

Pero entonces, de repente, toda la atención se desvió hacia ella.

—¿Y quién es esta encantadora joven? —preguntó una dama con un abanico de plumas exageradamente grande.

William ni siquiera titubeó.

—Mi sobrina, Marianne Stretton. Ha venido de Irlanda para pasar una temporada con mi hijo y conmigo.

Marianne casi se atraganta.

Por supuesto. No iba a presentarla como su institutriz.

Porque Dios nos libre de que alguien piense que el conde de Derby se relaciona con su personal.

Pero antes de que pudiera reaccionar, la atención volvió a centrarse en William.

—Oh, lord Derby, ¡qué maravilloso tenerla con nosotros! —exclamó otra dama, mirando a Marianne con simpatía—. Debe de ser una alegría tener compañía en casa, milord.

—Inmensa —respondió William, con una expresión que no revelaba ni un ápice de lo que realmente pensaba.

Marianne intentó no reírse.

Pero no tuvo tiempo de entretenerse con la incomodidad de William, porque en cuanto la multitud se dispersó un poco, llegó su primera invitación para bailar.

—Señorita Stretton.

Marianne giró la cabeza y se encontró con una sonrisa encantadora.

El señor James Hodkins.

Un caballero de buena posición económica, sin título, pero con una presencia segura y varonil.

Ojos oscuros. Rostro masculino. Una sonrisa confiada.

Oh, sí.

Definitivamente era un caballero de lo más atractivo.

—¿Me concedería este baile?

Marianne sonrió.

—Será un placer.

Pero justo cuando iba a tomar su mano, una figura oscura, grande y amenazante apareció entre ambos.

William. El conde de Derby.

Y, por la expresión de su rostro, no parecía precisamente encantado con la idea.

—Señor Hodkins —dijo, con una cortesía tan gélida como un lago en invierno.

—Lord Derby —respondió el caballero, inclinando la cabeza con respeto.

—Lamento interrumpir, pero me temo que la señorita Stretton no puede aceptar su invitación.

Marianne parpadeó.

¿Perdón? Pensó de inmediato.

James Hodkins levantó una ceja.

—¿Ah, no?

—No —confirmó William al joven.

Marianne entreabrió los labios, incrédula.

—¿Y puedo preguntar por qué, *milord*?

William la miró como si la respuesta fuera obvia.

—Porque no puede lanzarse a los brazos del primer interesado en usted.

Marianne le dedicó una mirada de incredulidad absoluta.

—¡No me estoy lanzando a ningún lado! ¡Me ha pedido un baile, no matrimonio!

—El principio es el mismo, trate de no olvidarlo.

James Hodkins contenía una sonrisa.

—¿Quiere decir que debo pasar por algún tipo de proceso de selección antes de invitarla a bailar? —preguntó Hodkins en ese momento.

—Exactamente —respondió William, sin dudar.

Marianne casi lo empuja de la pura frustración.

—¡Esto es absurdo!

William ni siquiera pestañeó.

—Es precaución.

—¡Es ridículo!

—Es sentido común.

Marianne bufó.

—¿Me está diciendo que no puedo bailar con nadie sin su permiso?

William la miró con absoluta seriedad.

—Exactamente.

Marianne lo fulminó con la mirada.

James Hodkins parecía completamente divertido con la situación que tenía frente a él.

—Bueno, milord, parece que la señorita Stretton y yo tenemos un punto de vista distinto sobre el asunto.

—Sí, parece que sí —respondió William, sin mover un músculo.

El silencio que siguió fue un duelo de voluntades.

Marianne cruzó los brazos.

William mantuvo su postura firme.

James Hodkins esperó, paciente, disfrutando del espectáculo.

Al final, Marianne soltó un resoplido exasperado.

—Parece que la señorita Stretton dese bailar —dijo Hodkins.

—Si es así deberá de preguntarme si puede hacerlo —respondió William.

—Muy bien, milord. ¿Con quién puedo bailar entonces?

William la miró, pensativo.

Y luego, con la expresión de alguien que estaba tomando la decisión menos agradable de su vida, ofreció su propia mano.

—Conmigo.

Marianne se quedó boquiabierta.

James Hodkins silbó bajito.

—Bueno, parece que no hay nada más que hacer —dijo con un encogimiento de hombros —. Lord Derby, señorita Stretton, que tengan una excelente velada.

Y con una reverencia cortés, se alejó.

Marianne aún no podía procesar lo que acababa de pasar.

Miró la mano extendida del conde.

Luego, lo miró a él.

—¿Va a seguir mirándome así o va a tomar mi mano de una vez? —preguntó William con absoluta calma.

Marianne frunció los labios, irritada.

Pero, al final, tomó su mano.

Y cuando los dedos de William se cerraron alrededor de los suyos, supo una cosa con total claridad:

Era un completo error haber aceptado este baile.

Porque ahora mismo, bailar con cualquier otro hombre ya no le parecía tan emocionante.

Capítulo 16

Junio de 1818
Baile en el hogar de los Fellport
Bath, Inglaterra

Marianne sabía bailar. Sabía moverse con gracia, sabía seguir el ritmo de la música y, sobre todo, sabía mantener una compostura impecable en cualquier pista de baile.

Lo que no sabía era cómo demonios se suponía que iba a respirar con William Stanley tan cerca.

Porque estaba cerca.

Demasiado cerca.

Lo suficiente como para sentir el calor de su cuerpo, lo suficiente como para notar la firmeza de su mano en la curva de su cintura, lo suficiente como para que su perfume —esa mezcla de especias y algo profundamente masculino— la envolviera por completo.

Oh, cielos.

Esto era un error.

Un error monumental.

Porque cada uno de sus sentidos estaba ahora sumido en un absoluto caos.

Su piel hormigueaba donde él la tocaba. Su pulso latía rápido, desesperado. Y su boca…

Su boca se moría de ganas de probar la suya.

Fue un pensamiento peligroso. Escandaloso. Absolutamente inaceptable.

Y, sin embargo, cuando William apretó ligeramente su cintura, cuando su mano entrelazada con la suya se tensó con más firmeza, Marianne sintió que su cuerpo entero se estremecía.

La música dejó de importar.

El mundo dejó de importar.

Lo único que existía era él.

Él y su mirada intensa, oscura, peligrosa.

Porque William también la estaba mirando.

No con la cortesía distante de un caballero formal.

No con la indiferencia con la que supuestamente debía tratar a su *sobrina ficticia*.

No.

La estaba mirando como si quisiera besarla.

Y Marianne…

Dios.

Marianne quería que lo hiciera.

Lo deseaba con una fuerza que la asustó.

Porque su boca estaba demasiado cerca.

Porque su agarre era demasiado firme.

Porque si cerraba los ojos, podía imaginar exactamente cómo sería sentir sus labios sobre los suyos.

¿Cómo sería…?

¿Cómo sabría…?

Su corazón latió con fuerza.

Y entonces, justo cuando creyó que iba a perderse por completo en esa mirada, William habló.

—Deje de mirarme así.

Su voz fue un murmullo grave, apenas un susurro salió de su boca.

Pero Marianne lo sintió como un latigazo de realidad.

Parpadeó.

—¿Qué?

—Todos nos están mirando.

Ella tardó un segundo en entender.

Y luego, como si le hubieran echado un balde de agua fría, se dio cuenta.

El resto del salón.

Las decenas de invitados.

Los ojos curiosos, los murmullos.

Porque no eran solo una pareja bailando.

Él era William Stanley, conde de Derby.

Y ella era su supuesta sobrina.

Dios santo.

Marianne dio un pequeño paso atrás, separándose de él.

El problema fue que él aún no la soltaba.

Y cuando lo miró de nuevo, cuando vio el conflicto en su rostro, cuando notó cómo su propia mano aún no quería soltar la suya, supo que esto no había terminado.

No podía terminar.

Porque William estaba a punto de decir algo más.

Algo importante.

Algo que podía cambiarlo todo.

Pero entonces, como si el destino estuviera empeñado en detenerlos, alguien interrumpió.

—Lord Derby.

Y la magia del momento se rompió en mil pedazos.

—Lord Derby.

La voz interrumpió el momento que nunca debió haber existido.

Marianne parpadeó rápidamente, como si despertara de un sueño del que no estaba segura de querer salir.

William, por su parte, se apartó con una rapidez que casi resultó ofensiva.

Giró la cabeza con su expresión perfectamente controlada, pero ella no era tonta.

Sabía que no estaba contento.

—Lord Cotler —saludó el conde, con una inclinación de cabeza medida—. No esperaba verle aquí.

El hombre que había hablado era alto, elegante y con el porte de alguien que estaba acostumbrado a tomar decisiones importantes.

Lord Cotler era el motivo por el que estaban en Bath en primer lugar.

William tenía previsto reunirse con él en unos días, pero parecía que el destino tenía otros planes.

—Tampoco yo esperaba encontrarle tan, ocupado.

Marianne se tensó al escucharle.

No le gustó el matiz divertido en la voz de lord Cotler, ni la manera en que su mirada pasó fugazmente de ella al conde como si hubiera interrumpido algo que no debía.

Pero William, como siempre, mantuvo su compostura impecable.

—Ya que hemos coincidido, podríamos hablar un poco sobre nuestra reunión —dijo, en ese tono que indicaba que no estaba realmente dando una opción.

Lord Cotler asintió con satisfacción.

—Por supuesto.

William se giró hacia Marianne.

Y, por un momento, ella creyó que iba a decir algo. Algo sobre el baile. Algo sobre lo que había pasado entre ellos. Algo sobre lo que aún se palpaba en sus miradas y que ninguno de los dos estaba dispuesto a nombrar.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, solo la miró.

Y luego, sin más, se dio la vuelta y se marchó con lord Cotler.

Dejándola completamente sola en la pista de baile.

Aunque Marianne no tuvo tiempo de sentirse abandonada.

Porque, en cuestión de minutos, una avalancha de caballeros apareció a su alrededor como si acabaran de recibir una señal secreta.

—Señorita Stretton, ¿le gustaría un poco de ponche?

—Señorita Stretton, ¿puedo ofrecerle mi brazo para dar un paseo por la terraza?

—Señorita Stretton, ¿sabía que tengo una casa de campo en Somerset?

Marianne parpadeó ante la repentina atención.

No esperaba convertirse en el centro de interés de la velada, pero, al parecer, el simple hecho de haber bailado con el conde de Derby había elevado su atractivo de forma exponencial.

Y, para ser sincera, no estaba en absoluto molesta por ello.

De hecho, se estaba divirtiendo.

Charlaba animadamente, reía con ligereza, se podría decir que permitía que los caballeros compitieran por su atención con evidente encanto.

Estaba infringiendo todas las normas impuestas por William.

Hablaba demasiado. Se reía demasiado. Coqueteaba demasiado.

Y le importaba un, absoluto nada.

Pero entonces, algo cambió.

Sintió una corriente de repente. Como si la temperatura hubiera bajado repentinamente veinte grados. Como si una tormenta estuviera a punto de desatarse.

Y entonces, lo vio.

William.

Avanzando directamente hacia ella.

Con paso decidido.

Con una expresión que haría temblar a un ejército entero.

Oh, rayos.

—Disculpen, caballeros —dijo William, interrumpiendo la conversación con una frialdad muy lejos de parecer cortés—. Me temo que debo llevarme a la señorita Stretton.

Antes de que Marianne pudiera reaccionar, sintió su mano cerrarse alrededor de su brazo.

—¡Milord! —exclamó, sorprendida por su brusquedad—. ¿Qué está haciendo?

—Lo que debí hacer hace diez minutos —respondió con voz tensa.

Y, sin más explicaciones, la sacó del grupo de caballeros y la arrastró fuera del salón.

—¡No puede hacer esto! —protestó Marianne mientras intentaba seguir el paso del conde, que avanzaba como si fuera un lince en plena jungla.

—Pues parece que sí puedo —respondió él, sin detenerse.

—¡Está exagerando!

William se giró bruscamente y la obligó a detenerse en seco.

Su mano aún estaba en su brazo.

Su cuerpo demasiado cerca.

Y su mirada…

Oh.

Su mirada estaba ardiendo.

—¿Creía que podía rodearse de pretendientes y que yo no haría nada? —su voz era grave,

baja, pero cargada de algo que no supo identificar.

Marianne elevó el mentón.

—No hice nada indebido. Y no me rodeé, ellos me rodearon a mí.

William apretó la mandíbula.

—Romper todas las reglas que le di es bastante indebido para mí.

Marianne bufó.

—No rompí ninguna regla.

Él arqueó una ceja con incredulidad.

—¿Ah, no?

—No. Simplemente hablé con algunos caballeros.

—Habló. Se rio. Flirteó descaradamente.

—¿Y qué tiene eso de malo?

William no respondió de inmediato.

Porque la respuesta era obvia.

Porque la respuesta era peligrosa.

Porque la respuesta era que no soportaba verla con otro hombre.

Pero no podía decir eso.

Así que optó por lo seguro.

—Está buscando un marido, no una docena de admiradores.

Marianne entrecerró los ojos.

—¿Y qué propone entonces? ¿Que me siente en una esquina hasta que un hombre me pida en matrimonio por aburrimiento?

William se inclinó apenas un poco hacia ella.

—Propongo que deje de comportarse como si esto fuera un juego.

—No juego con la comida de mis hermanas. Pero si usted cree que un caballero me pedirá la mano solo son verme de lejos como si fuera un trofeo, lamento decirle que se equivoca.

—No sabe lo que hace —respondió él.

—Oh, milord, no se preocupe. Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Y con eso, se giró para regresar al salón.

Pero no llegó muy lejos.

Porque, antes de que pudiera dar dos pasos, William la tomó por el brazo y la estiró con firmeza.

Con la suficiente fuerza para que cayera contra su pecho.

Con la suficiente decisión para que no pudiera apartarse.

Y entonces, sin pensar, sin razonar, sin detenerse a considerar las consecuencias…

La besó.

Marianne se quedó completamente inmóvil.

Por el impacto. Por la sorpresa. Por la absoluta y abrumadora sensación de su boca sobre la suya.

Los labios de William eran firmes, exigentes, decididos.

No había titubeo.

No había control.

Solo una necesidad cruda, incontrolable, de probarla.

Y ella…

Oh, Dios.

Ella respondió.

Porque ¿cómo demonios se suponía que iba a resistirse a esto?

A la forma en que su cuerpo se amoldaba al suyo.

A la forma en que su mano en su cintura la mantenía atrapada.

A la forma en que su beso se sentía como todo lo que nunca supo que quería.

Pero entonces…

De repente…

William se detuvo.

Se separó apenas unos centímetros, su respiración entrecortada dejó de percibirla tan cerca, sus ojos oscuros se cerraron, dejaron de verse encendidos, peligrosos.

Como si aún no supiera qué demonios acababa de hacer.

Marianne no podía moverse.

No podía hablar.

No podía procesar nada de lo que acababa de ocurrir.

Porque su cuerpo aún temblaba. Porque sus labios aún ardían. Porque su corazón latía desbocado.

William tampoco hablaba.

Entonces la miró.

Largo, intenso, como si estuviera memorizando cada detalle de su rostro. Como si algo dentro de él hiciera *click*, su expresión cambió.

Su mandíbula se tensó.

Su mirada se enfrió.

Y cuando habló, su voz ya no sonaba rota ni necesitada.

Solo seca y firme.

—Suba al carruaje.

Marianne parpadeó.

—¿Qué?

—Suba al carruaje, señorita Stretton.

Oh.

Era como si el beso nunca hubiera ocurrido.

Como si la forma en que la había devorado con la boca no significara absolutamente nada.

Como si ella misma no estuviera aun temblando por dentro.

Marianne cerró los labios con fuerza.

No preguntó.

No protestó.

Solo obedeció.

Subió al carruaje en completo silencio.

Y cuando William la siguió, tomando asiento frente a ella con el rostro inmutable, supo una cosa con total certeza: Este viaje a Bath acababa de complicarse mucho más de lo que jamás imaginó.

Capítulo 17

Junio de 1818
Baile en el hogar de los Fellport
Bath, Inglaterra

Marianne no podía respirar.

O al menos, no con normalidad. No después de lo que acababa de ocurrir.

Se suponía que tenía que enfadarse. Se suponía que tenía que reprocharle su atrevimiento. Se suponía que tenía que decir algo. Pero su cerebro seguía atrapado en el instante en que los labios de William Stanley, conde de Derby, habían reclamado los suyos.

El problema era que no había sido un simple beso.

No había sido un beso robado, ni un beso torpe, ni un beso que pudiera olvidar con facilidad.

No.

Había sido un beso que le había quitado el aliento.

Un beso que había encendido algo en su interior que no sabía que existía. Un beso que, por todos los cielos… había disfrutado demasiado.

Y ahora, el conde actuaba como si nunca hubiera ocurrido.

Marianne mantuvo la vista fija en sus propias manos.

William mantuvo la vista fija en la ventana.

Ninguno de los dos hablaba.

Ninguno de los dos se movía.

Y, por primera vez en su vida, Marianne deseó que el carruaje fuera más grande.

El carruaje traqueteó sobre el camino y el sonido de las ruedas contra el suelo fue la única conversación entre ellos.

Ella no podía mirarlo.

Porque si lo hacía, iba a recordar que su boca había estado pegada a la suya hacía menos de media hora.

Porque si lo hacía, iba a recordar el calor de su cuerpo, la presión de su mano en su cintura.

Porque si lo hacía, iba a recordar que había sentido algo peligroso, algo nuevo, algo que no podía permitirse.

Así que mantuvo la cabeza alta y la boca cerrada.

William, por su parte, seguía inexpresivo.

Pero no engañaba a nadie.

Su mandíbula estaba demasiado tensa. Su postura era demasiado rígida. Y, aunque seguía mirando por la ventana, no parecía ver nada en absoluto.

Marianne frunció los labios.

Había dos opciones: La primera, mantener el silencio hasta llegar a casa y fingir que nada había pasado. La segunda, romper el silencio y obligarlo a admitir que la había besado.

Y, si algo sabía de sí misma, era que nunca había sido buena guardando silencio.

Así que, finalmente, habló.

—Nunca me habían sacado de un baile de esa forma.

William giró la cabeza con lentitud.

—¿De qué forma?

Marianne lo miró con incredulidad.

—Oh, no sé… quizás estirando de mi brazo como si fuera un saco de patatas.

—Exageración innecesaria.

—*¿Exageración?* —repitió ella, ofendida—. Me ha arrastrado fuera del salón de baile como si estuviera huyendo de un incendio.

—Si hubiera sido un incendio, habría corrido más deprisa.

Marianne soltó un bufido.

—Bien, entonces digamos que me ha sacado de allí como si… como si…

—Como si estuviera evitando que cometiera una estupidez.

Se produjo el silencio.

Marianne se cruzó de brazos.

—No estaba cometiendo ninguna estupidez.

William arqueó una ceja.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Hablar con media docena de hombres con ojos brillantes y sonrisas demasiado confiadas no cuenta como una estupidez?

—¡Estaba buscando marido!

—Parecía más bien que estaba organizando un concurso. Y para mi parecer, usted era el premio.

Marianne se quedó sin palabras por un momento.

Y luego, porque no estaba dispuesta a perder esa conversación, se inclinó hacia él con una sonrisa afilada.

—Milord, si le incomoda que los caballeros me encuentren atractiva, debería haberlo mencionado en su lista de normas y prohibiciones.

William apretó la mandíbula.

—No me incomoda.

—Pues parece que sí.

—Pues no.

—Pues sí.

William cerró los ojos un instante, como si contara hasta diez para no perder la paciencia.

Marianne disfrutó del momento.

Pero entonces, el conde cambió de táctica.

—De todas las cosas que pasaron esta noche —dijo con calma—, ¿eso es lo único de lo que quiere hablar?

Marianne sintió un vuelco en el estómago.

Oh.

Oh, no.

Porque ahora sabía exactamente a qué se refería.

Y porque ahora era ella la que no quería hablar del tema.

Ese maldito beso.

Ese beso que había hecho que su piel ardiera y que sus rodillas temblaran de una forma que jamás lo habían hecho, ni tan si quiera cuando se encontraba exhausta por andar casi todo el día cuando llegó a Liverpool.

Ese beso que ahora estaba intentando borrar de su mente con todas sus fuerzas.

Pero no podía.

Y él lo sabía.

Porque la estaba mirando.

Con esa intensidad que la hacía sentir expuesta, vulnerable, desnuda.

Así que hizo lo único que podía hacer.

—Estoy cansada.

Y con esa declaración, se giró hacia la ventana y se cruzó de brazos.

William no insistió.

Y el silencio volvió a instalarse entre ellos.

Pero esta vez, no era el mismo silencio incómodo de antes.

Era un silencio denso, eléctrico, henchido de algo que ninguno de los dos quería admitir.

Porque ahora sabían demasiado.

Porque ahora habían cruzado una línea.

Y porque ahora, por más que intentaran ignorarlo, nada volvería a ser igual.

Capítulo 18

Junio de 1818
Blue flower, Propiedad del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Marianne Stretton se despertó con la firme convicción de que hoy sería un día nuevo.

Un día sin interrupciones inesperadas. Un día sin listas de normas ridículas. Un día sin besos que la dejaran sin aliento.

Especialmente sin besos, se repitió.

Porque, aunque nadie lo mencionara, el recuerdo del beso de William aún latía en su piel como un secreto de lo más indecente.

Pero iba a ignorarlo.

Lo que ocurrió en el baile de los Fellport había sido un error.

Un terrible, peligroso y devastadoramente placentero error, suspiró mientras lo recordaba.

Así que, con la cabeza bien alta y su orgullo intacto, bajó a desayunar con la absoluta certeza de que ese día todo sería completamente normal.

Y durante los primeros minutos… lo fue.

Arthur ya estaba en la mesa cuando Marianne llegó al comedor.

—¡Buenos días, señorita Stretton!

—¡Buenos días, Arthur! —respondió ella con una sonrisa, tomando asiento frente a él.

El desayuno, como siempre, era delicioso: huevos en su punto, pan recién horneado, mermelada de fresa, té fragante…

Y, por supuesto, magdalenas.

Oh.

Las malditas magdalenas.

Marianne frunció el ceño.

No porque no quisiera comerlas, porque por supuesto que quería, sino porque su cerebro tuvo la pésima idea de recordar la estúpida norma del conde de Derby.

No comer en exceso.

Como si alguna vez en su vida hubiera atacado la comida con una fiereza descontrolada.

Absurdamente ridículo.

Tomó una magdalena con la barbilla bien alta, como si lo desafiara en silencio.

¿Qué haría él si la viera comiéndola? ¿Expulsarla de la casa? ¿Lanzarle otra lista de normas ridículas?

Y entonces se dio cuenta.

William no estaba allí.

Oh, qué alivio.

Comió su magdalena con una sonrisa tranquila, pero sin poder borrar de su expresión ese atisbo de enfado.

Pero entonces, Arthur dejó su taza de chocolate caliente y la miró con emoción.

—Señorita Stretton, quiero ir a Hyde Park.

—Oh, eso suena maravilloso —respondió ella, limpiándose las migas de los labios—. Podemos ir después del desayuno.

Arthur frunció el ceño.

—No, quiero ir con mi padre también.

Marianne suspiró con paciencia.

—Arthur, tu padre está ocupado. No podemos molestarlo con un paseo.

—¿Quién ha dicho que estoy ocupado?

Marianne parpadeó.

La voz vino desde la puerta del comedor.

Se giró, y allí estaba el conde de Derby, impecable como siempre, apoyado casualmente contra el marco de la puerta.

La miraba con una ceja arqueada y los brazos cruzados.

Y, por alguna razón que nada tenía que ver con el calor del té, a Marianne le subió la temperatura.

—Bueno… —comenzó, intentando sonar indiferente—. Yo solo supuse…

—Pues supuso mal.

Arthur aplaudió encantado.

—¡Entonces vendrás con nosotros!

William se encogió de hombros con falsa despreocupación.

—Desde luego. Además, es posible que en el parque encontremos caballeros más dignos de

su compañía, señorita Stretton.

Marianne entrecerró los ojos.

Porque sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Y porque no tenía intención alguna de darle el gusto de una discusión matutina.

Así que, con la mayor calma del mundo, le dedicó una sonrisa angelical.

—Oh, *milord*, sería un placer contar con su distinguida compañía esta mañana —mintió.

William entrecerró los ojos.

Arthur masticó su pan tostado con absoluta felicidad.

Y así, con las cartas ya sobre la mesa, se prepararon para un paseo en el que Marianne estaba decidida a demostrarle que había muchos caballeros encantadores en Bath, y que William Stanley no era el único hombre sobre la faz de la Tierra.

Hyde Park estaba lleno de vida.

Damas paseando bajo la brisa primaveral, caballeros montando a caballo, y niños corriendo con risas alegres.

Y, tal como William había insinuado, no tardaron en aparecer caballeros interesados en la encantadora, sobrina, del conde de Derby.

Marianne sonreía con dulzura, conversaba con naturalidad y reía con gracia.

Y William…

William la observaba con los labios tensos y una sombra de fastidio en la mirada.

Pero lo peor llegó cuando uno de ellos se atrevió a pedir algo más.

—Lord Derby, ¿me concedería el honor de visitar a la señorita Stretton en su casa?

Marianne se giró con sorpresa.

El caballero que había hablado era James Norwood, un hombre de excelente reputación, con una fortuna considerable y, para qué negarlo, bastante atractivo a los ojos de una mujer.

Oh, eso era maravilloso.

Marianne le sonrió, encantada.

—Sería un placer, señor Norwood —se adelantó ella.

Y entonces miró a William.

Con la intención de dejarle claro que esto era exactamente lo que había venido a hacer en Bath.

Conseguir un esposo.

El conde sostuvo su mirada sin pestañear.

Y por un instante, por un brevísimo instante, pensó en negarse.

Pensó en decir que no era el adecuado.

Pensó en decir que no lo permitía.

Pero no lo hizo.

Porque él mismo había dicho que la ayudaría.

Porque él mismo le había insistido en que encontrara un buen partido. Porque era lo correcto, sin más.

Así que, con la mandíbula tensa y la voz completamente neutra, asintió.

—Por supuesto, señor Norwood. Puede visitarnos cuando guste.
Marianne sintió una extraña sensación en el pecho.
No porque él hubiera aceptado.
Sino porque, por primera vez, no estaba segura de si eso era lo que realmente quería.

Capítulo 19

Junio de 1818
Blue flower, Propiedad del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Después del encuentro con James Norwood, Marianne estaba radiante.

Por primera vez en días, sentía que tenía el control de la situación.

Había conseguido lo que quería: Un caballero interesado en visitarla. Un conde obligado a aceptarlo. Una sensación deliciosa de victoria.

Pero, por supuesto, no podía celebrarlo demasiado.

Porque no podía olvidar su otro objetivo, que aunque no el principal, también importante.

Arthur.

Así que, en lugar de seguir regodeándose en su triunfo silencioso, volvió su atención al niño que caminaba felizmente a su lado.

Arthur iba saltando sobre los adoquines, pateando piedrecitas como si fueran soldados en el campo de batalla y hablando sin parar.

—¡Mire, señorita Stretton! ¡Ese perro se parece a uno que vi en el zoológico el año pasado!

—Arthur, eso es un mastín. No un león.

—¿Y si es un león disfrazado de mastín?

Marianne contuvo la risa.

William, en cambio, soltó un suspiro largo y pesado.

—No hay leones en Hyde Park, Arthur.

El niño frunció los labios.

—Eso es lo que usted cree.

—Eso es lo que cualquier persona con sentido común cree.

Marianne puso los ojos en blanco.

—*Milord,* ¿es realmente necesario aplastar la imaginación de un niño?

William la miró con su habitual expresión de exasperación resignada.

—Si quiere que mi hijo crea en criaturas salvajes caminando por Londres, no puedo detenerla.

—Exacto. No puede.

Arthur aplaudió con entusiasmo.

—¡Sabía que la señorita Stretton estaría de acuerdo conmigo!

William soltó otro suspiro.

—Arthur, deja de aplaudir. La gente nos está mirando.

—Pues claro que nos miran, milord—dijo Marianne, divertida—. Es usted una de las figuras más respetadas de la ciudad, y aquí está, discutiendo con su hijo sobre leones y mastines.

William cerró los ojos un instante, como si deseara desaparecer.

Pero Arthur seguía radiante.

Porque, aunque su padre siguiera siendo el hombre más serio de Inglaterra, hoy estaba con él.

Caminando. Hablando. Prestándole atención.

Como un verdadero padre.

Y Marianne no pudo evitar sentir una punzada en el pecho. Porque Arthur necesitaba esto. No solo una institutriz que jugara con él. No solo criados que lo cuidaran. No solo una rutina perfectamente establecida. Necesitaba un padre presente.

Y aunque William aún no lo entendiera del todo, Marianne estaba decidida a conseguir que lo hiciera.

Así que, con la expresión más dulce del mundo, tomó a Arthur de la mano y lo miró con entusiasmo.

—¿Sabes lo que quiero hacer?

Arthur negó con emoción.

—¡Dígamelo!

—Correr hasta ese gran roble. El último en llegar es un mastín disfrazado de león.

Arthur soltó un grito emocionado y salió corriendo.

Marianne iba a seguirlo, hasta que se giró y miró a William.

Lo observó, serio, elegante, completamente fuera de lugar en medio de un juego infantil.

Y entonces sonrió con picardía.

—Vamos, *milord,* espero que no le moleste perder.

Y, antes de que él pudiera protestar, salió corriendo tras Arthur.

Por un instante, William se quedó paralizado. Mirando cómo su hijo y su institutriz reían mientras corrían entre los árboles. Mirando cómo Arthur, un niño que había estado callado y

triste por meses, ahora parecía completamente feliz. Y entonces, sin pensarlo demasiado, dio un paso adelante.

Y luego otro.

Y, cuando se dio cuenta, estaba corriendo también.

El conde de Derby. Corriendo por Hyde Park como si no tuviera una reputación que proteger.

Como si, por una vez, simplemente estuviera disfrutando el momento.

Y, para su absoluta sorpresa, no lo odiaba en absoluto.

Marianne Stretton tenía muchas razones para estar en Hyde Park esa mañana.

Pero ninguna de ellas tenía que ver con correr como una niña entre los árboles.

Ella no estaba en Bath por placer.

No estaba allí para reír, ni para jugar, ni para disfrutar de un simple paseo.

Estaba allí porque tenía que encontrar un esposo.

Porque tenía que volver con sus hermanas.

Porque mientras ella caminaba bajo el sol con Arthur y el conde de Derby, Carlota y Jane seguían en Irlanda, seguramente pasando hambre.

Y cada minuto que pasaba sin encontrar una solución, era un minuto en el que sus hermanas sufrían.

Un minuto en el que el tío Eustace podía cansarse de ellas, en el que podían quedar completamente desamparadas.

Así que sí, encontrar marido era urgente.

Pero Marianne sabía fingir.

Sabía sonreír aunque su mente estuviera llena de números y cuentas imposibles de pagar. Sabía reír con Arthur aunque su pecho estuviera apretado por la preocupación. Y sobre todo, sabía que no podía permitirse la debilidad.

Así que cuando Arthur anunció de nuevo que quería correr ahora hasta el puente, Marianne hizo lo que mejor sabía hacer.

Fingió que nada le preocupaba.

Capítulo 20

Junio de 1818
Blue flower, Propiedad del conde de Derby
Bath, Inglaterra

Después de un día en Hyde Park, el viaje de regreso a casa fue sorprendentemente tranquilo.

Arthur estaba feliz y cansado, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre y los párpados pesados.

William, por su parte, mantenía su habitual expresión imperturbable.

Y Marianne…

Bueno, Marianne intentaba ignorar el hecho de que cada vez que miraba al conde, recordaba el beso de la noche anterior.

Porque sí, había pasado un día entero intentando convencerse de que no significaba nada.

Pero su cerebro no cooperaba.

Porque su piel aún recordaba el calor de su boca.

Porque su estómago aún daba un vuelco cada vez que él la miraba de cierta manera. Porque su corazón aún se aceleraba cuando lo tenía demasiado cerca.

Lo cual era un problema.

Porque ella no tenía tiempo para sentimientos innecesarios. Tenía que casarse. Tenía que regresar con sus hermanas. Tenía que olvidarse de William Stanley.

Y, por suerte, alguien parecía dispuesto a ayudarla con eso.

Porque cuando bajaron del carruaje y se acercaron a la entrada de la casa…

James Norwood los estaba esperando.

William se detuvo en seco.

Su expresión no cambió ni un ápice.

Pero su mandíbula… oh, su mandíbula sí reaccionó.

Porque la apretó con tanta fuerza que Marianne estuvo segura de que, si fuera posible, habría convertido el aire en diamante.

James Norwood, en cambio, parecía completamente relajado.

—Lord Derby —saludó con una sonrisa cordial—. Qué oportuno encontrarle.

—Señor Norwood —respondió William con una cortesía tan gélida que casi hizo bajar la temperatura de toda Londres.

Marianne contenía una sonrisa.

Oh, esto iba a ser divertido.

—Espero que no le moleste mi visita —continuó Norwood—. Me pareció apropiado venir esta misma tarde, ya que Hyde Park nos brindó la oportunidad de conocernos.

William no parpadeó siquiera.

—Por supuesto —dijo, en un tono que indicaba claramente lo contrario.

James Norwood giró la cabeza hacia Marianne y le dedicó una sonrisa encantadora.

—Señorita Stretton, es un placer verla de nuevo.

Marianne correspondió la sonrisa con absoluta gracia.

—El placer es mío, señor Norwood.

Y entonces se giró hacia William con la dulzura más calculada del mundo.

—*Milord*, ¿no va a invitar al señor Norwood a entrar?

William la miró.

Largo, muy largo. Como si estuviera considerando una docena de formas de rechazar la petición sin que pareciera un desaire social.

Pero no podía hacerlo. Porque él mismo había accedido a esta visita.

Él mismo había dicho que Marianne debía encontrar un esposo, y también se había metido en esta maldita situación.

Así que, con la elegancia forzada de un hombre que estaba a punto de hacer algo que absolutamente no quería hacer, asintió.

—Desde luego. Sea bienvenido a mi casa, señor Norwood.

Y, sin más, abrió la puerta y lo invitó a entrar.

Pero mientras lo hacía, Marianne vio algo en su mirada.

Algo que no tenía nada que ver con cortesía, oscuro, contenido, peligroso.

Y por alguna razón, ese algo le aceleró el pulso mucho más de lo que debería.

Minutos después, James Norwood estaba cómodamente instalado en la sala de visitas.

William, sentado en un sillón frente a él, parecía una estatua de mármol.

Y Marianne, con su expresión más inocente, disfrutaba cada segundo del espectáculo.

Porque, aunque William no decía nada, su lenguaje corporal hablaba en su lugar.

Cada vez que Norwood sonreía demasiado cerca de ella, o cuando Norwood hacía un

cumplido demasiado directo, o si Norwood parecía demasiado encantador…

William endurecía un poco más la mandíbula.

Lo cual era completamente fascinante.

Pero lo mejor de todo vino cuando Arthur apareció en la habitación.

El niño se frotó los ojos soñolientos y miró a Norwood con expresión confundida.

—¿Quién es usted?

—Soy James Norwood, encantado de conocerte, jovencito.

Arthur lo observó en silencio.

Y luego, con una franqueza que solo los niños poseían, se giró hacia su padre y soltó la pregunta más inoportuna del mundo.

—¿Este es un pretendiente de la señorita Stretton?

Marianne casi se atraganta con el té.

William soltó un suspiro de puro agotamiento.

Norwood, por su parte, parecía francamente divertido.

—Bueno, Arthur, supongo que podría decirse que sí.

Arthur asintió con total naturalidad.

—Entonces, ¿se peleará con mi padre por ella?

Marianne se quedó completamente inmóvil.

William, en cambio, giró lentamente la cabeza hacia su hijo.

—Arthur…

—Porque si va a pelearse con él —continuó el niño, sin notar la tensión en la sala—, creo que debería saber que mi padre es muy fuerte.

Marianne se cubrió la boca para no reír.

James Norwood parecía encantado.

Y William…

Bueno.

William Stanley estaba considerando seriamente la posibilidad de encerrarse en su despacho para siempre.

La visita de James Norwood estaba resultando bastante entretenida.

Bueno, para Marianne y Arthur.

Para William Stanley, conde de Derby, en cambio…

No tanto.

Porque, después del pequeño comentario de Arthur sobre las *peleas por su institutriz*, William había soltado el suspiro más largo de la historia.

Un suspiro de hombre resignado a su destino.

Pero Norwood, con su maldita sonrisa impecable y su relajada seguridad, parecía estar disfrutándolo todo.

—Debe de ser un niño muy observador, *milord*—dijo Norwood con diversión.

William mantuvo la compostura.

—Observador, hablador… es difícil ignorarlo.

Arthur frunció los labios.

—Eso suena como una forma elegante de decir que hablo demasiado.

Marianne tuvo que contener la risa.

Norwood rio abiertamente.

William cerró los ojos por un segundo, como si pidiera paciencia a los cielos.

—Arthur, los adultos están conversando.

—Yo también soy parte de la conversación.

—No. No lo eres.

—Pero he hecho una pregunta.

William entreabrió los labios para protestar, pero Arthur ya se había girado hacia Norwood con renovada curiosidad.

—Entonces, señor Norwood, si quiere casarse con la señorita Stretton, ¿qué tiene para ofrecer?

Marianne escupió una carcajada.

William soltó un nuevo suspiro, esta vez más largo y con los ojos cerrados.

James Norwood, en cambio, parecía encontrar la pregunta perfectamente razonable.

—Es una excelente pregunta, jovencito. Tengo una casa en Mayfair, propiedades en el campo y una renta bastante respetable.

Arthur asintió, pensativo.

—Eso está bien.

—Me alegra que apruebes.

—Pero mi padre también tiene una casa en Mayfair, propiedades en el campo y una renta respetable.

El silencio que siguió fue glorioso.

Marianne se mordió el labio para no reír.

William mantuvo la expresión más estoica del mundo.

Y Norwood, para su crédito, no se inmutó.

—Eso es cierto —respondió, con una leve sonrisa—. Pero su padre no tiene intención de casarse con la señorita Stretton.

Arthur se giró hacia su padre con los ojos entrecerrados.

—¿No?

William se llevó una mano a la cara.

—No.

Arthur arrugó la nariz.

—Bueno, entonces supongo que el señor Norwood puede seguir con su oferta.

Marianne dejó escapar una risa antes de poder contenerse.

Y William…

Oh, William parecía estar reconsiderando todas sus decisiones de vida.

Después de que Arthur terminara de exponer las posibilidades de matrimonio como si fuera un subastador, Norwood continuó la conversación con su encantadora facilidad.

Marianne, por supuesto, disfrutaba enormemente.

Porque James Norwood era atractivo, educado y, lo más importante, estaba dispuesto a

cortejarla.

Era exactamente el tipo de hombre que necesitaba para salir de su situación.

Y lo mejor de todo…

William lo sabía.

Porque aunque seguía sentado con la postura impecable de un conde, cada vez que Norwood se inclinaba apenas un poco hacia ella, cada vez que le dirigía una sonrisa más personal, William tensaba la mandíbula.

Era fascinante.

Pero entonces, Norwood hizo la pregunta que lo cambió todo.

—Señorita Stretton, ¿me concedería un paseo por los jardines?

William se enderezó en su asiento.

Marianne contuvo una sonrisa.

Oh, esto se ponía mejor y mejor.

—Será un placer, señor Norwood —respondió con su tono más dulce.

Pero antes de que pudiera levantarse…

—Lo lamento —intervino William, con absoluta cortesía—, pero la señorita Stretton no puede acompañarlo.

El silencio fue inmediato.

Marianne parpadeó.

Norwood levantó una ceja.

Arthur soltó un susurro de asombro.

—Pero, milord—dijo Marianne, con fingida confusión—, pensaba que me estaba ayudando a encontrar un esposo.

William sostuvo su mirada.

—Lo estoy haciendo.

—Entonces, ¿por qué no puedo pasear con el señor Norwood?

—Porque es tarde.

—Es media tarde —se quejó ella.

—Precisamente —añadió él.

Marianne parpadeó otra vez.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo —Norwood se inclinó ligeramente, divertido—. Si lord Derby lo considera inapropiado, señorita Stretton, no quiero causarle problemas.

William asintió con aprobación.

Marianne apretó los labios.

No podía decir nada sin parecer infantil.

Y William lo sabía.

Porque la estaba mirando con absoluta tranquilidad. Porque estaba ganando esta batalla. Así que Marianne hizo lo único que podía hacer.

—Señor Norwood, ha sido un placer disfrutar de su visita.

Norwood inclinó la cabeza con una sonrisa.

—El placer ha sido todo mío. Espero verla de nuevo muy pronto.

Y entonces, con toda la calma del mundo, se despidió y se marchó.

Marianne se giró hacia William con los brazos cruzados.

—Milord, ¿se ha dado cuenta de lo absolutamente irracional que ha sido?

—No sé de qué habla.

—Ha cortado la visita antes de tiempo.

—Solo he ejercido mi papel de protector.

—Lo ha hecho porque le ha molestado ver que me interesa.

—Eso es absurdo.

—Oh, por supuesto —dijo Marianne con sarcasmo—. Ha estado encantado con cada palabra que nos hemos dicho.

William se puso en pie con calma.

—Si lo que quiere es casarse, señorita Stretton, debería pensar bien en su elección.

Marianne se cruzó de brazos.

—El señor Norwood es una excelente opción.

William dio un paso hacia ella.

—Entonces, espero que disfrute de sus visitas.

El tono fue cortés.

Pero la mirada. Oh, la mirada no lo era en absoluto.

Y, por alguna razón, Marianne sintió que este duelo aún no había terminado. Ni de lejos.

William había intentado ser racional. Había intentado ser civilizado. Hasta había intentado ser el caballero perfecto, calmado e imperturbable.

Pero James Norwood había llegado sonriendo demasiado, hablando demasiado, acercándose demasiado.

Y Marianne lo había permitido.

Peor aún, lo había disfrutado.

Eso era lo que lo estaba matando.

Porque la vio.

Vio cómo sonreía con dulzura, cómo inclinaba la cabeza con encanto, cómo le dirigía esas miradas brillantes, coquetas, peligrosas.

Y supo, con absoluta certeza, que ella lo encontraba interesante.

Que lo consideraba un buen partido.

Que podría casarse con él.

Y William no podía soportarlo.

Así que, cuando Norwood finalmente se marchó, cuando Marianne se giró hacia él con la intención de continuar su pequeña discusión…

William dejó de pensar.

Dejó de razonar.

Dejó de fingir que no la deseaba.

Y, sin más, la tomó por la cintura con fuerza y la besó.

Un beso sin restricciones, sin normas, sin lógica

Marianne no tuvo tiempo de reaccionar.

Porque él no le dio tiempo.

Porque cuando la atrapó entre sus brazos, ya no había vuelta atrás.

Porque cuando su boca reclamó la suya, no hubo sutileza ni control.

Solo pasión.

Solo fuego.

Solo la necesidad absoluta de saborearla de nuevo.

Fue un beso crudo, intenso, desesperado.

Fue un beso de un hombre que había luchado contra sí mismo y había perdido.

Y Marianne lo sintió en cada fibra de su cuerpo.

En la presión de sus labios, en la firmeza de su agarre, en la forma en que su respiración se volvió entrecortada contra su boca.

Oh, Dios.

Marianne no supo en qué momento dejó de resistirse, no supo en qué momento se aferró a sus solapas con fuerza, no supo en qué momento todo a su alrededor desapareció.

Solo supo que respondió.

Que se inclinó más contra él, dejándose devorar, dejándose consumir.

Que su cuerpo entero ardía bajo su toque.

Que no quería que terminara.

Pero entonces…

De repente…

William se separó.

Tan rápido, tan bruscamente, como si lo hubieran quemado.

Marianne abrió los ojos, aún aturdida, aún temblorosa. Y lo vio.

Vio su pecho subir y bajar con rapidez, sus puños cerrados apretados a los costados, vio su mirada oscura, tormentosa, llena de algo que no podía nombrar.

Pero lo peor de todo…

Lo peor de todo fue que vio el instante exacto de mirarlo que se arrepintió.

Porque lo hizo.

Porque el deseo seguía en sus ojos, pero la culpa también.

Y Marianne lo odió por ello.

Porque ella aún sentía sus labios en los suyos, su corazón aún latía desbocado, y era porque su cuerpo entero aún estaba atrapado en ese beso.

Y él ya lo estaba negando.

Ya se estaba controlando otra vez.

Ya estaba volviendo a ser el maldito conde de Derby.

William fue el primero en hablar.

Porque, por supuesto, él siempre tenía el control.

—Suba a su habitación.

Marianne parpadeó.

—¿Qué?

—Suba. Ahora.

Su tono era áspero, grave, peligroso.

Pero Marianne no iba a moverse.

No después de eso.

No después de haber sentido lo que sintió.

—¿Eso es todo? —preguntó, con la voz aún entrecortada.

William cerró los ojos por un segundo, como si se obligara a calmarse.

Y cuando volvió a mirarla, su rostro era de piedra.

—Esto no volverá a ocurrir.

Marianne sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Porque no sabía si esas palabras eran una advertencia…

O una mentira.

Pero antes de que pudiera responder, antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera hacer algo más que quedarse allí sintiendo su cuerpo aun ardiendo, William se dio la vuelta y se marchó.

Dejándola completamente sola.

Completamente confusa.

Y, por primera vez en su vida, completamente perdida.

Capítulo 21

Junio de 1818
Blue flower, Propiedad del conde de Derby
Bath, Inglaterra

El reloj marcaba casi las ocho de la noche cuando William Stanley, conde de Derby, se dirigió hacia la habitación de Arthur.

No era su intención subir.

No era su intención detenerse.

Definitivamente, no era su intención espiar a la institutriz de su hijo a través de una rendija en la puerta.

Y, sin embargo, ahí estaba, mirándola.

Parado en el pasillo, con la respiración contenida, mirando lo que nunca había visto antes.

Arthur estaba ya metido en la cama, con la manta cuidadosamente acomodada hasta la barbilla, mientras Marianne Stretton se sentaba junto a él, con un libro en las manos y una sonrisa dulce en los labios.

—¿Hoy toca una historia de aventuras o una historia de misterio? —preguntó ella, con la paciencia infinita de quien realmente disfrutaba de esos momentos.

—Aventuras —respondió Arthur, aunque con voz adormilada.

—Sabía que dirías eso.

Marianne se inclinó apenas un poco y bajó la voz, como si estuviera a punto de contarle un

secreto.

—¿Y si leemos sobre un príncipe valiente que lucha contra un dragón feroz para salvar a una princesa muy testaruda?

Arthur rio divertido.

—¿La princesa es tan terca como usted?

—Más aún —respondió ella, con fingida indignación—. No puedes imaginar lo difícil que es ser rescatada cuando una se niega a aceptar ayuda.

Arthur se rio otra vez, pero su risa pronto se convirtió en un bostezo.

William, desde la puerta entreabierta, se mantuvo inmóvil. Nunca había visto a una institutriz tratar a su hijo de esa manera.

Con ese cariño, con esa calidez, con ese amor tan sencillo y natural. Nunca había visto a otra mujer acunar el rostro de su hijo con la suavidad con la que Marianne lo hacía en ese momento. Nunca había visto a otra mujer, desde… desde ella.

Un pinchazo lo atravesó en el pecho, como si un cuchillo invisible se clavara en su interior con fuerza, trayendo recuerdos que no había pedido.

Su esposa.

La única mujer a la que había amado, la única que alguna vez había llenado esta casa con risas suaves y amor.

La única que había acariciado los rizos de Arthur con devoción, la única que lo había arrullado con canciones que solo ella conocía, la única que ya no estaba.

William desvió la mirada, tragando con dificultad.

No podía pensar en eso ahora.

No podía permitirse abrir esa herida que nunca terminó de cerrar.

Pero entonces, escuchó la voz de su hijo otra vez.

—Señorita Stretton…

Marianne dejó el libro a un lado y le acomodó el cabello con un gesto automático.

—¿Sí?

Arthur tardó unos segundos en hablar.

Pero cuando lo hizo, William sintió que su mundo se detenía.

—Me gustaría que usted fuera mi mamá.

Un silencio pesado, denso, arrollador se hizo con toda la habitación.

William contuvo el aliento, sintiendo que algo en su interior se rompía.

Vio cómo Marianne se quedó completamente inmóvil, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes, cómo la suavidad en su expresión se transformaba en algo más, algo demasiado tierno, demasiado dulce, demasiado real, vio cómo su hijo cerraba los ojos con una sonrisa, sin esperar respuesta alguna. Como si su deseo fuera lo más natural del mundo y no esperase una respuesta.

Y entonces, sin poder evitarlo, una lágrima rodó por la mejilla de William.

Caliente.

Lenta.

Pesada.

Un ardor le recorrió la piel, quemándole cada milímetro por donde pasaba, como si su

cuerpo no estuviera hecho para llorar.

Porque él no lloraba, él no podía permitirse hacerlo.
Porque él había jurado no volver a sentirse así.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Con el alma enredada en algo que no comprendía y con el corazón latiendo demasiado fuerte, demasiado rápido, demasiado confundido.

No podía seguir allí.

No podía escuchar más.

Así que, sin hacer ruido, dio un paso atrás.

Y cuando estuvo lo suficientemente lejos, bajó las escaleras rápidamente.

Porque tenía que recomponerse.

Porque tenía que fingir que nada de esto le había afectado. Y porque tenía que asegurarse de que, cuando la viera bajar por esas escaleras, con su vestido de baile y su sonrisa brillante, no le temblaran las manos al ofrecerle el brazo.

Marianne descendió los escalones con la elegancia de una mujer que sabía exactamente cuánto llamaba la atención.

Pero lo más irritante no era su vestido, ni su porte, ni siquiera la forma en la que su cabello caía en suaves ondas sobre su cuello.

Lo más irritante era su sonrisa.

Esa pequeña, desafiante y completamente provocadora sonrisa.

—Milord, está tan serio que temo que mi vestido no sea de su agrado —comentó, deteniéndose frente a él con una inclinación burlona de cabeza.

William mantuvo su expresión neutra.

—Es perfectamente aceptable.

Marianne levantó una ceja.

—¿Solo perfectamente aceptable? Qué halagador.

—No veo razón para exagerar.

—Oh, claro. Porque exagerar nunca es propio de usted. ¿También está entre todos esos edictos que forman su perfecta manera de ver la vida?

William mantuvo su postura inquebrantable.

No podía permitirse que ella viera lo mucho que le estaba costando no mirarla demasiado.

No podía permitirse pensar en la forma en que su cintura se ajustaba a ese corsé, en lo bien que sus labios se veían con ese leve toque rosado, en lo absolutamente imprudente que sería volver a besarla.

Así que, con toda la serenidad del mundo, extendió su brazo.

—Debemos partir.

Pero Marianne no lo tomó de inmediato.

En cambio, ladeó la cabeza con una sonrisa aún más peligrosa.

—Qué prisa.

—El baile no esperará.

—¿Y usted?

William entrecerró los ojos.

—¿Yo qué?

—¿Usted está esperando con ansias este baile?

Él no respondió.

Porque si respondía, corría el riesgo de decir algo inapropiado.

Como, por ejemplo, que lo único que realmente deseaba era quedarse en esta casa y descubrir qué tan rebelde podía ser Marianne si él decidía ignorar todas las normas del decoro.

Así que se limitó a mirarla en silencio, esperando que se diera por vencida, pero era Marianne Stretton, ella no se daba por vencida.

—Si tanto quiere ir al baile —dijo, finalmente tomando su brazo con fingida indiferencia—, espero que esta vez me conceda un baile.

William sintió el contacto de su mano sobre la tela de su chaqueta y maldijo internamente.

Porque su piel reaccionó demasiado rápido, demasiado fuerte.

Y porque Marianne lo supo.

Lo supo porque su sonrisa se volvió más traviesa.

Lo supo porque lo miró con la certeza de quien acababa de ganar un pequeño, pero significativo, duelo.

Pero William no iba a darle el placer de admitirlo.

Así que, con su expresión perfectamente neutra, respondió con la misma calma de siempre.

—Si encuentra la ocasión, quizá tenga ese baile.

Y con eso, la guio hasta el carruaje como si su mundo no estuviera tambaleándose peligrosamente.

Como si su corazón no estuviera acelerado.

Como si su maldito autocontrol siguiera intacto.

Pero no lo estaba.

No cuando Marianne Stretton iba a ser su perdición.

Capítulo 22

Junio de 1818
Casa Riverton, hogar de la viuda Beatrice Riverton
Bath, Inglaterra

El salón de baile resplandecía con cientos de luces.

Parejas giraban al ritmo de la música, las damas reían detrás de sus abanicos y los caballeros lanzaban miradas acechadoras a las posibles futuras esposas.

Pero William Stanley, conde de Derby, no veía nada de eso.

Porque solo la veía a ella.

A Marianne Stretton.

Girando entre los brazos de James Norwood.

Sonriendo.

Coqueteando.

Y permitiendo que él la tocara más de lo necesario.

William apretó los puños con tanta fuerza que apenas sintió las uñas clavarse en la piel.

Porque no tenía derecho a sentir esto, no tenía derecho a querer ser él quien la sostuviera entre sus brazos, no tenía derecho a desear que Norwood desapareciera en ese maldito instante, no tenía derecho a sentir esta maldita, insoportable rabia.

Y, sin embargo, la sentía.

Porque Norwood estaba demasiado cerca, deslizaba su mano con demasiada confianza sobre la cintura de Marianne, le susurraba algo al oído que la hacía reír.

Y William estuvo a punto de dar un paso adelante.

Estuvo a punto de interrumpir esa maldita danza y reclamar lo que no le gustaría que fuese suyo.

Pero se detuvo.

Porque él era el conde de Derby.

Y los condes no irrumpían en la pista de baile como idiotas desesperados.

Así que se controló.

Y esperó.

Y cuando la música terminó, cuando Marianne regresó con las mejillas levemente sonrojadas, cuando él aún no había conseguido calmar la furia que ardía en su interior, ella le miró con una sonrisa que lo desarmó.

—Tengo un hueco en mi carnet de baile, milord. ¿Le interesa?

William supo que estaba perdido.

Porque nunca en su vida había deseado algo tanto como deseaba bailar con ella en ese momento.

Así que, sin apartar la mirada de la suya, tomó el lápiz de su mano y escribió su nombre.

—Parece que he tenido suerte.

Cuando William la tomó de la mano y la guio a la pista, algo dentro de Marianne se tensó.

Porque esto no era como con Norwood.

No era un simple baile, no era un momento de cortesía, no era nada de lo que pudiera fingir que no significaba nada.

Porque cuando William posó su mano en su cintura, todo su cuerpo reaccionó, cuando sus miradas se encontraron, supieron que habían cruzado una línea de la que ya no había vuelta atrás, y cuando él la guio a través del salón, ella sintió que el mundo desaparecía.

No había música, no había invitados, no había reglas, ni lógica, ni futuro.

Solo William y ella.

Y, por primera vez, Marianne se permitió admitirlo.

Se permitió admitir que su piel ardía bajo su toque, que su corazón se aceleraba cada vez que él la miraba así.

Se permitió admitir que lo que pasaba entre ellos era más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Pero también supo, en ese preciso instante, que nada de esto podía durar. Porque él era un conde.

Porque ella necesitaba casarse con otro hombre.

Porque nada de esto tenía sentido.

Y entonces, con un esfuerzo casi sobrehumano, se apartó bruscamente.

William frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Marianne sintió un nudo en la garganta.

Porque sabía lo que tenía que hacer.

Sabía que tenía que irse antes de que fuera demasiado tarde.

Y que si se quedaba un minuto más entre sus brazos, se perdería para siempre.

Así que tomó aire y pronunció la única verdad que podía salvarla de este desastre.

—Tengo que regresar a casa.

La música seguía sonando.

Las parejas seguían girando.

Pero William se quedó completamente inmóvil.

—¿Ahora?

—Sí.

Él la miró fijamente.

Porque sabía que no se refería solo a esta noche.

Sabía que hablaba de algo más.

—Marianne…

Pero ella negó con la cabeza, alejándose.

—Lo mejor que puedo hacer es olvidarme de Londres y regresar con mis hermanas.

William tardó demasiado en responder, pero es que no sabía qué decirle.

Porque si no la detenía en ese instante, si no la contradecía, si no le decía algo que la hiciera cambiar de idea, sabía que no habría vuelta atrás.

Pero William no dijo nada.

No podía.

Porque en el fondo sabía que ella tenía razón.

Porque sabía que un conde no podía casarse con una mujer sin dinero, sin título, sin nada que ofrecer más allá de su deslumbrante espíritu.

Sabía que quedarse en Londres con la esperanza de algo imposible solo le traería más dolor.

Así que asintió, apenas hizo un movimiento, una despedida silenciosa.

Y Marianne se marchó.

Se marchó sin mirar atrás, sin que él tuviese la oportunidad de hacerla cambiar de opinión.

Se marchó porque amarlo era imposible.

Porque lo único más peligroso que quedarse era admitir que, si él se lo pedía, no dudaría en hacerlo.

Marianne había cometido muchas locuras en su vida: correr descalza bajo la lluvia en plena tormenta, leer novelas de romance a la luz de una vela cuando se suponía que debía estar dormida, incluso huir de su casa con la esperanza de encontrar un marido lo suficientemente rico como para salvar a sus hermanas.

Pero irse de la Casa Riverton sin esperar al conde de Derby, oh, eso sí que era una locura.

Pero una necesaria.

Porque si se quedaba un minuto más, si volvía a cruzar su mirada con la suya, iba a hacer una tontería.

Como quedarse, o como besarlo otra vez, o como admitir que todo esto ya no tenía nada que ver con encontrar un esposo y todo que ver con él.

Así que hizo lo único sensato.

Subió al carruaje, dio una orden clara al cochero y se marchó sin mirar atrás.

La casa estaba en silencio absoluto cuando llegó, era perfecto, porque eso significaba que nadie iba a detenerla.

Subió las escaleras con rapidez y entró en su habitación, encendiendo una vela con una mano mientras con la otra empezaba a meter cosas en su baúl sin mucho criterio.

Vestidos, cartas de sus hermanas, un par de zapatos, un libro que probablemente no tendría tiempo de leer, y por supuesto, la caja de metal.

Oh, la dichosa caja de metal. La que le recordaba lo simple de aquel plan.

Ahorrar cada libra que ganara.

Conseguir un marido.

Volver a casa con suficiente dinero para pagarle a su tío y cuidar de sus hermanas.

Marianne abrió la caja y miró su contenido con absoluta frustración, porque, a pesar de todos sus esfuerzos, todavía no era suficiente.

Ni para pagarle a su tío, ni para garantizar el futuro de sus hermanas, ni para nada que se pareciera remotamente a la vida que había imaginado para ellas.

Ah, y además, ahora estaba locamente enamorada de un conde que jamás se casaría con ella.

Qué maravilloso desastre.

Se llevó una mano a la cara y dejó escapar un suspiro, pero rápidamente pensó que no había tiempo para sentimentalismos.

Tomó la caja, cerró el baúl y se preparó para hacer lo que mejor sabía hacer.

Seguir adelante.

Capítulo 23

Junio de 1818
Bath, Inglaterra

Había tomado el carruaje antes de que nadie en la casa notara su ausencia. Más tarde había llegado a Liverpool sin complicaciones ni interrupciones innecesarias.
Había comprado su billete con las últimas libras que le quedaban. Y ahora, estaba a bordo de un barco rumbo a Irlanda.

Exactamente como debía ser.

Se cruzó de brazos y exhaló lentamente, ignorando la opresión en su pecho. Esto era lo correcto, porque quedarse no tenía sentido.

Porque seguir enamorándose de William era un error que además no podía permitirse.

Y una vez que pusiera un pie en Irlanda, podría olvidarlo.

¡Oh, qué mentira tan absurda!

Pero no importaba. Ya estaba hecho.

El barco se separó del puerto con un crujido lento y desgarrador, como si la misma madera se resistiera a la partida.

Marianne cerró los ojos y se obligó a pensar en Carlota y Jane.

Y entonces, sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando abrió los ojos y giró la cabeza hacia el puerto y lo vio.

Oh, Dios.

William Stanley, conde de Derby, de pie en el muelle, mirándola fijamente.

Su corazón se detuvo.

No.

No podía ser él, pensó.

Pero ahí estaba.

Con su chaqueta perfectamente colocada, su postura rígida, su mirada oscura. Y en su rostro algo que le costaba reconocer, ¿dolor?

No.

No podía ser dolor.

Porque los condes no sufrían por institutrices sin dinero ni apellido.

Porque William Stanley no la amaba.

Marianne se aferró a la barandilla del barco.

No podía escuchar nada, pero intuía lo que él quería decirle.

No te vayas.

Pero era demasiado tarde.

El barco ya había zarpado.

Y lo que fuera que él había venido a decirle, se perdería en el mar.

Capítulo 24

Julio de 1818
Hogar de Eustace Puddlemere
Propiedad situada en Milltown, Dublín, Irlanda

Después de un viaje agotador, frío y lleno de pensamientos estratégicos, Marianne al fin llegó a casa.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no pensó en William Stanley.

No pensó en su mirada en el puerto.

No pensó en lo que podría haber querido decirle.

No pensó en lo que había dejado atrás.

Porque lo único que importaba ahora era ver a sus hermanas.

Y cuando abrió la puerta y escuchó los gritos emocionados de Carlota y Jane corriendo hacia ella, abrazándola con una intensidad que casi la derribó, oh, entonces fue cuando recordó por qué había hecho todo esto.

—¡Marianne! —chilló Jane, apretándola con todas sus fuerzas—. Has vuelto. ¡Por fin!

—¡Teníamos miedo de que Londres te tragara! —añadió Carlota con una sonrisa burlona.

Marianne rio, conmovida y agotada a partes iguales. ¡Cómo las había echado de menos!

—Londres es grande, pero no lo suficiente como que os libréis de mí.

Carlota le tomó el rostro entre las manos y la miró con curiosidad.

—Bueno, dime, ¿cómo es?

Marianne parpadeó.

—¿Londres?

—¡No, el conde!

Jane asintió con entusiasmo.

—Sí, sí. ¡Cuéntanos! ¿Es guapo? ¿Es alto? ¿Es misterioso y encantador?

—¿Te ha llevado a muchas fiestas? —preguntó Carlota—. ¿Bailaste con él?

—¿Has paseado por parques preciosos? —añadió Jane, saltando de emoción.

—¿Conversasteis hasta altas horas de la noche?

—Y lo más importante… —Carlota entrecerró los ojos con picardía—, ¿te ha besado?

Marianne se quedó completamente inmóvil.

Oh.

Oh, esto era un problema.

Porque no podía decirles la verdad.

No podía contarles que el conde la había llevado a fiestas para encontrarle un esposo, o para convencerse a sí mismo de que no la quería. No podía decirles que los paseos por Hyde Park estuvieron llenos de tensión insoportable.

No podía admitir que conversar hasta tarde había significado discutir con él de todas las maneras posibles.

Y definitivamente no podía contarles cómo fue el beso.

Porque nunca debió ocurrir.

Pero miró a sus hermanas.

Vio sus ojos llenos de ilusión.

Y no pudo romperles el corazón.

Así que mintió.

—Es un hombre encantador —dijo, con una sonrisa.

No era mentira.

—Baila como un auténtico bailarín.

Tampoco era mentira.

—Me ha llevado a bailes divertidos y hemos paseado por Hyde Park.

Verdad a medias.

—Y sí… —tragó saliva—, me ha besado.

Oh, eso sí que era verdad.

Jane soltó un silbido fuerte.

—¡El amor ha llegado!

Carlota dio una palmada de emoción.

—¡Dinos cómo fue!

Marianne se quedó en blanco.

—Bueno… fue…

Arrollador. Desgarrador. El tipo de beso que destruye cualquier intento de sensatez. Pero prefirió ocultarle aquellas palabras a sus hermanas y solo dijo:

—Fue bonito.

Jane chilló.

—¡Sabía que esto pasaría! ¡Siempre lo supe! El conde y tú ibais a sentir amor de verdad.

—No seas ridícula, Jane —dijo Carlota, con una sonrisa satisfecha—. Claro que sienten amor, ¿si no cómo iba a besarla un conde? Un conde jamás besaría a una mujer si no tiene intenciones serias.

Oh.

Oh, por todos los cielos.

Marianne sintió que el color se le iba del rostro.

Porque, en ese instante, escuchó una tos seca detrás de ellas.

Se giró lentamente.

Y ahí estaba el tío Eustace, con los brazos cruzados y una ceja peligrosamente alzada.

—Así que —dijo con voz grave—, háblame de este conde.

Marianne tragó en seco.

Oh, qué desastre.

Marianne nunca había sido una buena mentirosa.

Oh, claro, podía exagerar una historia para hacerla más interesante, podía fingir que no le importaban los comentarios de su tío Eustace, o incluso podía convencerse a sí misma de que marcharse de Londres había sido una decisión inteligente.

¿Pero esto?

Esto era un desastre.

Porque cuanto más hablaba, cuanto más describía con detalles inventados lo encantador que era el conde, más emocionadas parecían Carlota y Jane.

—¡Dios mío! —exclamó Carlota, con las manos en el pecho—. Sabía que los bailes en Londres debían ser mágicos, pero esto… ¡esto es un cuento de hadas!

—¡Y no cualquier cuento de hadas! —añadió Jane, completamente encantada—. Es un romance épico. Un conde, una dama encantadora, un amor… ¡ahora dime cómo fue el beso!

—Sí, sí, ¡el beso! —insistió Carlota, agarrando su brazo—. ¡Lo dijiste como si hubiera sido lo mejor del mundo!

Marianne se removió incómoda.

Porque, para su desgracia, no tenía que inventar nada sobre ese maldito beso.

Había sido real. Había sido demasiado real.

Había sido el tipo de beso que una mujer recordaría por el resto de su vida.

Pero no podía decir eso.

Así que carraspeó y fingió un aire despreocupado.

—Bueno, yo diría que fue intenso.

Jane soltó un grito ahogado y se llevó las manos a la cara.

—¡Oh, cielos!

Carlota parecía a punto de explotar de emoción.

—¿Y qué más? ¿Dijiste algo después? ¿Él te dijo algo?

—Pues… —Marianne dudó un segundo.

Esto no volverá a ocurrir.

Suba a su habitación.

No. Definitivamente no podía repetir nada de eso.

—Dijo que… que… que jamás había besado a nadie como a mí —soltó finalmente, en un intento desesperado de mantener su farsa.

Jane se dejó caer en la silla como si su vida dependiera de ello.

—¡Dios mío! ¡Es incluso mejor de lo que imaginaba!

—¡Espera, espera! —Carlota se inclinó hacia ella, con los ojos entrecerrados—. Entonces, si es así de apasionado, ¿por qué no ha anunciado el compromiso todavía?

Marianne se congeló.

Oh, bendita sea la lógica aplastante de su hermana.

—Bueno… es un hombre muy reservado —improvisó—. No le gusta la prensa, ni los rumores. Pero… bueno, no me sorprendería que pronto llegara una carta suya con una declaración oficial.

Carlota asintió, satisfecha.

—Eso tiene sentido.

Jane se abrazó a su propia cintura, flotando de felicidad.

—Oh, estoy tan feliz por ti, Marianne. Un conde como él, estoy segura de que vendrá a buscarte muy pronto.

Marianne sonrió con nerviosismo.

Oh, ojalá eso no fuera cierto, pensó.

Pero, lamentablemente para ella, el tío Eustace lo había escuchado todo.

—Así que, el conde de Derby, ¿eh?

Marianne sintió que la sangre se le helaba.

Se giró lentamente y vio a su tío de pie en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión radiante en el rostro.

—Vaya, vaya —continuó Eustace, con una sonrisa que definitivamente no auguraba nada bueno—. No tenía idea de que estabas tan bien relacionada, sobrina.

—Tío… —intentó Marianne, pero él levantó una mano para silenciarla.

—No te preocupes, querida. No pienso interponerme en este romance tan, apasionado —sus ojos brillaron con malicia—. De hecho, me sentiría terrible si el conde creyera que ignoramos su noble interés en ti.

Marianne sintió un escalofrío.

—¿Qué quiere decir?

Eustace sonrió con la calma de quien acaba de poner una trampa perfecta.

—Solo que me parece apropiado escribirle a lord Stanley y agradecerle por su, generosidad con nuestra familia.

Marianne casi se atraganta.

—¡No puede hacer eso!

—¿Y por qué no? Si lo que dices es cierto, no tendrá inconveniente en recibir una carta nuestra. Es más, seguro que estará encantado de responder con una confirmación oficial de su compromiso.

Carlota aplaudió con entusiasmo.

—¡Oh, sí! ¿Podemos incluir una nota también? ¡Me encantaría decirle lo feliz que estoy por esta unión!

—¡Y yo! —añadió Jane—. ¡Tengo tantas preguntas!

Marianne cerró los ojos.

Dios santo. ¿En qué lío se había metido?

Pero antes de que pudiera detener a su tío, Eustace ya había llamado a un sirviente.

—Dígale a mi escribiente que prepare papel y tinta. Tenemos una carta que enviar.

Y así, en menos de una hora, la misiva que declaraba aquel romance de Marianne con el conde de Derby viajaba directo hacia Bath.

Lo que ella no sabía era que William Stanley iba a recibirla en menos de una semana.

Y que no iba a quedarse de brazos cruzados.

Capítulo 24

Julio de 1818
Blue flower, Propiedad del conde de Derby
Bath, Inglaterra

William Stanley, conde de Derby, llevaba una semana en el infierno.

No el infierno literal, claro.

Ese, al menos, tenía el consuelo de ser un lugar caluroso, pero su infierno era frío, silencioso y con la constante presencia de Beatrice, su encantadora cuñada, quien al parecer había decidido que su casa era el lugar perfecto para establecer su nuevo reinado.

—Querido cuñado —dijo ella con la voz de quien está disfrutando demasiado—, pareces, cómo diría —trató de rebuscar la palabra perfecta para describirlo—, apagado.

William, que en ese momento estaba revolviendo su sopa con el entusiasmo de un hombre que ya no encontraba sentido en la vida, se limitó a levantar la vista con expresión aburrida.

—Tal vez porque me han robado la paz y la tranquilidad.

Beatrice sonrió con falsa dulzura.

—Oh, no digas eso. No puedes culparme de tu mal humor.

Oh, sí que podía.

Podía y lo haría encantado.

Pero la conversación fue interrumpida por Arthur, quien, a diferencia de su padre, estaba de excelente humor.

Tal vez porque no tenía preocupaciones sentimentales. Tal vez porque no tenía que soportar a Beatrice. O tal vez porque era un niño y no estaba consumido por la miseria existencial.

—¡Ah, papá! —exclamó de repente, mordiendo un trozo de pan con entusiasmo—. Por cierto, esta mañana llegó una carta desde Irlanda.

William soltó la cuchara.

La sala quedó en absoluto silencio.

Arthur siguió comiendo tranquilamente.

Beatrice, en cambio, se puso rígida en su asiento.

William la miró lentamente.

Muy lentamente.

Demasiado lentamente.

Porque si algo había aprendido a lo largo de su vida era que el silencio de una persona culpable decía mucho más que sus palabras.

—¿Beatrice? —su voz fue pausada, peligrosa.

—¿Sí, querido cuñado?

—¿Dónde está la carta?

Ella bebió un sorbo de su vino con estudiada despreocupación.

—Oh, no era nada importante.

William se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—Curioso. Porque, de todas las cartas que llegan a esta casa, parece que solo esa ha pasado por un filtro personal para ver lo que es: importante.

—Bueno, no quería molestarte. Pareces tan, distraído últimamente.

William la fulminó con la mirada.

—Beatrice. La. Carta.

Su cuñada se encogió de hombros y fingió un suspiro de resignación.

—Está bien, está bien. Pero si esperas una declaración de amor apasionada, me temo que te decepcionarás.

William extendió la mano sin decir una palabra.

Beatrice, con una teatralidad digna de los mejores escenarios de Londres, sacó la carta de su bolso y la depositó en su palma de la mano con una sonrisa burlona.

—Espero que sea tan emocionante como crees, querido cuñado.

William no se molestó en responder.

Porque ya había visto el sello en el sobre.

Y su corazón dio un salto traicionero en su pecho.

Era de Irlanda.

Era de Marianne.

Y, por primera vez en toda la semana, William sintió que podía respirar de nuevo.

Y lo que encontró dentro fue suficiente para hacerle perder la poca paciencia que le quedaba.

A la atención de Lord Derby,

Permitidme que os exprese mi más sincero agradecimiento por el interés demostrado en mi sobrina, la señorita Marianne Stretton. Es para nuestra familia un honor saber que un caballero de vuestra distinción ha encontrado en ella una compañía agradable y, como mi propia sobrina les ha dado a entender a sus hermanas, una relación de especial afecto.

Confiando en que este vínculo os ha llevado a tomar una decisión firme respecto a su futuro, nos complacería recibir vuestra respuesta para oficializar el compromiso de manera adecuada.

Os envío mis respetos y quedo a la espera de vuestra pronta respuesta.

Atentamente,
Eustace Puddlemere

Silencio.

William parpadeó lentamente.

Volvió a leer la carta.

Luego la releyó una tercera vez, por si acaso su cerebro había sufrido un colapso repentino y estaba entendiendo algo mal.

No.

No había error.

Había recibido una maldita carta de un hombre al que no conocía, felicitándolo por un compromiso que no existía.

Un compromiso que aparentemente todos daban por hecho.

Un compromiso que, según la carta, Marianne misma había insinuado a sus hermanas.

William apretó la mandíbula.

Aquella carta había sido reveladora. Pues Marianne había viajado a Irlanda separándose de él, pero les había mentido a todos. Aquello explicaba claramente que no podía olvidarse de él.

Lo que no explicaba, sin embargo, era por qué diablos él seguía sentado ahí, en lugar de estar camino a Irlanda exigiendo respuestas.

—Oh, Dios santo —murmuró Beatrice, leyendo sobre su hombro—. Esto es incluso mejor de lo que imaginaba.

William levantó la vista, con la expresión de un hombre que no estaba de humor para tonterías.

—Beatrice, si dices una sola palabra más, te juro que haré que te deporten.

Su cuñada se echó a reír.

—Vas a viajar hasta Irlanda, ¿verdad?

William se puso en pie de golpe.

—Por supuesto que voy a viajar a Irlanda.

—¿Para desmentir el compromiso, o para confirmarlo?

Él le lanzó una mirada fulminante.

—Beatrice…

—Oh, qué pregunta tan absurda —continuó ella, sonriendo con malicia—. Como si no fuera obvio.

William no respondió.

Porque tampoco estaba seguro de cuál era la respuesta.

Pero lo que sí sabía era que no podía dejar que esto continuara sin hacer nada.

—Voy a Irlanda —anunció, sin molestarse en debatirlo más.

Arthur, que hasta ese momento había estado más interesado en su postre que en la conversación, levantó la cabeza con súbita emoción.

—¡Yo también voy!

A lo que William negó con firmeza.

—No.

—¡Sí!

—Arthur, esto no es un viaje de placer.

—No me importa. ¡Quiero ver a la señorita Stretton!

—No.

—¡Sí!

Beatrice se reclinó en su silla con una expresión completamente encantada.

—Me temo que el niño tiene razón, William. No puedes dejarlo aquí solo.

—Por supuesto que puedo. Se quedará contigo.

—No, no puedes —intervino Arthur, cruzándose de brazos—. Y si no me llevas, me esconderé en el barco o me colaré en el viaje.

William cerró los ojos un segundo.

De acuerdo.

Respira.

Piensa.

No tires a nadie por la ventana.

—Está bien —dijo finalmente, con la resignación de un hombre que había perdido una batalla contra un niño de ocho años—. Arthur viene conmigo.

El niño gritó de felicidad.

Beatrice dio un aplauso suave y burlón. Qué contenta de no tener que cuidar a un mocoso.

—Oh, esto va a ser un desastre glorioso.

William la ignoró.

Porque acababa de tomar una decisión impulsiva.

Y, por primera vez en su vida, no le importaba lo más mínimo.

Mañana partiría a Irlanda.

Encontraría a Marianne Stretton y aclararía eso de su oferta de matrimonio.

Capítulo 25

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

William no estaba de buen humor.

No lo había estado en días.

Pero ahora, después de un viaje agotador, con el viento frío de Irlanda golpeándole el rostro y una maldita carta en el bolsillo que exigía un compromiso que él jamás había hecho, oh, ahora sí que estaba furioso.

Porque nunca en su vida había sido el protagonista de un escándalo tan ridículo.

Y si alguien tenía que darle explicaciones, esa era Marianne Stretton.

—¿Estamos aquí? —preguntó Arthur, inclinándose hacia la ventana del carruaje con el entusiasmo de quien no tiene idea de la tormenta emocional que estaba ocurriendo a su lado.

William miró la casa frente a ellos.

Era modesta. Pequeña. ¿Acogedora? No lo creía, y menos mirando todos esos huecos que había entre las ventanas.

Definitivamente no el tipo de residencia donde una futura condesa debería vivir. Lo cual era un pensamiento completamente irrelevante.

Porque Marianne no iba a ser condesa.

Y, sin embargo, la idea lo molestó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

El cochero detuvo los caballos y Arthur prácticamente saltó fuera del carruaje antes de que

William pudiera detenerlo.

—¡Señorita Stretton! —llamó con emoción.

Pero no hubo respuesta.

En su lugar, la puerta de la casa se abrió de golpe.

Y dos jóvenes, bastante idénticas entre sí, con ojos brillantes y el mismo aire de travesura que él conocía demasiado bien, aparecieron en la entrada.

Carlota y Jane.

William supo de inmediato que estaba en problemas.

—¡Oh, cielos! —exclamó Jane, llevándose las manos a la boca.

—Esto no puede estar pasando —añadió Carlota, con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¡Es él!

—¡Ha venido!

—¿Y quién es el mocoso?

—No digas eso, debe de ser su hijo.

—¡Oh, hasta ha traído a su hijo!

—¡Es aún más apuesto de lo que describió Marianne!

William cerró los ojos un segundo.

Perfecto.

No solo estaba en el centro de un escándalo matrimonial, sino que al parecer también era el protagonista de una novela romántica escrita por adolescentes.

—¿Dónde está Marianne? —preguntó, sin rodeos.

Carlota intercambió una mirada con Jane.

—Eh… ha salido.

—¿A dónde?

—No estamos seguras.

—¿Cuándo vuelve?

—Tampoco estamos seguras.

William apretó los dientes.

—¿Y qué es lo que saben?

—Sabemos que ha venido a buscarla. —Carlota sonrió con malicia—. Lo cual es muy interesante.

—Sobre todo considerando que ella ha hablado mucho de usted —añadió Jane, con una mirada traviesa.

William sintió un ligero dolor de cabeza formándose en sus sienes.

—No he venido a declararle mi amor —dijo con toda la paciencia que pudo reunir—. He venido porque alguien ha tenido la brillante idea de escribir a mi casa anunciando un compromiso que no existe.

Carlota pestañeó, claramente decepcionada.

—¿Entonces no ha venido a pedir su mano?

—No.

—Oh.

Jane suspiró con dramatismo.

—Eso arruina toda la historia.

William exhaló con frustración.

Pero antes de que pudiera añadir algo más, Arthur, quien había estado escuchando todo con gran interés, dio un paso adelante.

—¿Eso significa que la señorita Stretton no va a volver con nosotros?

Las hermanas Stretton se quedaron en silencio.

Y, por primera vez desde que había bajado del carruaje, William sintió que su furia se tambaleaba ligeramente.

Porque su hijo había hecho la pregunta que él no quería formular.

Y, para su sorpresa, se encontró esperando la respuesta tanto como ellas.

—Si regresa con nosotros —dijo William con calma—, será porque desea seguir siendo la institutriz de Arthur. Pero no me casaré con ella —pronunció mirando a las hermanas de Marianne.

Silencio.

Carlota y Jane se miraron horrorizadas.

—¿Perdón? —soltó Jane, con la expresión de quien acaba de presenciar un crimen.

—¿Disculpe? —añadió Carlota, claramente indignada.

William arqueó una ceja.

—¿Qué parte no han entendido?

—¡La parte en la que ha venido hasta Irlanda para decir que no se casará con ella! —exclamó Jane, completamente incrédula.

—Eso no tiene sentido —dijo Carlota, cruzándose de brazos—. Un caballero no cruza medio país solo para no casarse con una dama. Si no quisiera casarse con ella, en definitiva, no habría venido.

—Exactamente —apoyó Jane—. Si no está enamorado, ¿qué hace aquí?

William cerró los ojos un segundo.

Oh, por Dios.

Definitivamente estas niñas habían leído demasiadas novelas románticas.

—Estoy aquí porque alguien envió una carta anunciando un compromiso inexistente —dijo con la paciencia de un hombre al borde del colapso—. No por amor, ni por una declaración apasionada, ni por ninguna de esas ideas absurdas que tienen en la cabeza.

Carlota lo fulminó con la mirada.

—Lo dice como si fuera lo más normal del mundo.

Jane frunció los labios.

—Pues yo sigo sin entenderlo.

—Tal vez sea un trauma emocional —susurró Carlota—. A algunos hombres les cuesta aceptar sus sentimientos.

—Oh, sí, seguro es eso.

William se pasó una mano por la cara.

Pero antes de que pudiera responder, una nueva voz interrumpió la conversación.

—¿Qué está pasando ahí?

William giró la cabeza.

Y allí estaba.

Marianne Stretton.

Caminando por el sendero de la casa de su tío, con el cabello ligeramente despeinado por el viento, la falda levantando un poco de polvo a su paso y una expresión de absoluta incredulidad en el rostro.

Oh, bendito sea el destino.

Porque si había algo más satisfactorio que encontrar respuestas, era ver cómo el rostro de Marianne pasaba del asombro absoluto a la vergüenza más profunda en cuestión de segundos.

—Oh, Dios mío.

No fue un saludo.

Ni una pregunta.

Ni siquiera una queja.

Fue un lamento.

Un lamento de una mujer que sabía exactamente por qué él estaba allí y que quería ser tragada por la tierra en ese mismo instante.

—Puedo explicarlo —soltó rápidamente, levantando las manos como si eso fuera a mejorar la situación.

—Espero que sí —dijo William con frialdad—, porque me encantaría escuchar la justificación de por qué mi nombre ha aparecido en una carta anunciando un compromiso que nunca he hecho.

Marianne se mordió el labio con incomodidad.

—Sí… bueno… ya me imaginaba que…

—¿Que vendría hasta aquí a pedir explicaciones?

—Bueno… a decir verdad, esperaba que ignorara la carta.

—Ajá —pronunció Carlota.

—Lo que decíamos —añadió Jane.

Marianne evitó su mirada.

—Lo siento —dijo finalmente.

William no dijo nada.

Esperó.

Porque sabía que había más.

Y, efectivamente, Marianne exhaló, cerró los ojos un momento y luego se giró hacia sus hermanas.

—Carlota, Jane, entrar en casa.

Carlota frunció el ceño.

—¿Pero por qué?

—Porque necesito hablar con el conde de Derby a solas.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Carlota hizo un puchero, pero cedió.

—Bueno… pero solo porque esto parece demasiado privado para nuestros oídos.

Jane no parecía muy convencida.

—Yo creo que podemos ser de ayuda.

—¡Dentro! —les gritó.

Las hermanas, aun murmurando en voz baja sobre lo injusto que era perderse la conversación más interesante de sus vidas, finalmente entraron en la casa.

Pero Arthur se quedó quieto.

—Arthur —le llamó Marianne con más suavidad—, ve con ellas, por favor.

El niño la miró con el ceño fruncido, claramente sin ganas de obedecer.

Pero tras un segundo de duda, asintió con lentitud y corrió tras Carlota y Jane.

Y entonces…

Se quedaron solos.

El silencio entre ellos fue ensordecedor.

Marianne se retorció las manos, mirando el suelo como si esperara que alguna respuesta milagrosa surgiera de la tierra.

Pero no había escapatoria.

Así que respiró hondo y alzó la vista.

—Antes de que empiece a gritarme.

—¿Tengo motivos para hacerlo?

Ella cerró los ojos.

—Sí.

William cruzó los brazos.

—Entonces adelante.

Marianne tomó aire y se preparó para decirlo. Para contarle que había mentido a sus hermanas porque no quería decepcionarlas. Que había permitido que su tío enviara esa carta porque necesitaba su protección para que no las echara a la calle. Que nunca, jamás, había querido que él se viera envuelto en esto.

Pero cuando abrió la boca…

No salió ni una sola palabra.

Porque ¿cómo explicarle todo sin parecer una lunática?

William la observó con intensidad.

Y entonces, con voz firme y sin dejar de mirarla a los ojos, dijo lo inevitable.

—Marianne, ¿por qué le dijiste a tu familia que íbamos a casarnos?

Ella se quedó en blanco.

Porque la respuesta era sencilla.

Porque había sido un acto de desesperación.

Pero decirlo en voz alta…

Decirle que lo había convertido en un héroe de novela romántica porque no podía soportar decepcionar a sus hermanas…

Oh, eso sí que era humillante.

Así que, en lugar de responder, hizo lo único que pudo.

Exhaló, tragó en seco y evitó su mirada.

Porque no tenía una respuesta que él quisiera escuchar.

Y porque, por primera vez en su vida, Marianne Stretton no tenía palabras.

Marianne tragó saliva y finalmente habló.

—Yo… no tenía intención de… —se interrumpió, maldiciéndose por lo torpe que sonaba —. No planeé que todo esto ocurriera.

William arqueó una ceja.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces, déjame ver si entiendo bien —dijo, cruzándose de brazos—. Regresaste a casa y, en algún punto de la conversación con tu familia, les diste a entender que estábamos comprometidos.

—Fue un malentendido.

—Un malentendido que ha viajado más de 400 kilómetros hasta Bath en forma de una carta perfectamente redactada, escrita por tu encantador tío.

Marianne apretó los labios.

—Bueno, sí. Pero no fue mi culpa.

—¿No?

—No exactamente.

William inclinó ligeramente la cabeza, observándola con más atención.

—Interesante. Explica entonces cómo, exactamente, terminé siendo el futuro esposo de la mujer a la que jamás le hice una propuesta.

Marianne exhaló con frustración.

—No podía decirles la verdad.

—¿Y cuál era la verdad?

Ella levantó la mirada y lo desafió.

—Que me marché de Londres sin nada. Que no encontré un esposo. Que no tengo dinero suficiente para pagarle a mi tío Eustace. Que no sé qué voy a hacer para proteger a mis hermanas.

El aire entre ellos se volvió más denso.

William no apartó la mirada.

No porque estuviera enfadado.

Sino porque, por primera vez, veía a Marianne completamente desnuda de cualquier máscara.

Ya no estaba la joven testaruda que lo desafiaba en la mesa. Ya no estaba la institutriz orgullosa que insistía en cuestionar sus métodos. Solo estaba una mujer que había hecho lo imposible por proteger a su familia.

Y, maldita sea, eso le gustaba.

Más de lo que debería.

Mucho más de lo que debería.

William inspiró lentamente, intentando encontrar la lógica en este desastre.

—Así que —dijo con voz más tranquila—, ¿mentiste para que tu familia no se preocupara?

Marianne bajó la cabeza.

—Sí.

—¿Y para que tu tío no os echara a la calle?

Ella cerró los ojos un segundo antes de asentir.

—Sí.

William exhaló por la nariz y se pasó una mano por el rostro.

Por supuesto que lo hizo.

Por supuesto que Marianne Stretton no haría algo tan simple como pedir ayuda.

Por supuesto que esta mujer, que había desafiado su autoridad en todo momento, preferiría cargar con una mentira ridícula antes que admitir que estaba en problemas.

Era frustrante.

Era absurdo.

Era…

Admirable.

Porque ahí estaba la diferencia entre ella y todas las damas de esa buena sociedad con las que había tratado antes.

Las demás habrían esperado que un hombre resolviera sus problemas. Las demás habrían aceptado su destino con resignación.

Pero no Marianne. No.

Ella había decidido manipular su propia realidad para proteger a los suyos.

Y eso, por más molesto que fuera, le fascinaba.

William la miró fijamente y, tras unos segundos, dejó escapar una risa baja y seca.

—Dios santo, eres increíblemente temeraria.

Marianne se sobresaltó.

—¿Eso es un insulto o un cumplido?

—Ambas cosas.

Ella lo observó con cautela.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

William le sostuvo la mirada.

Y se dio cuenta de que no tenía idea.

Porque si había algo que nunca había esperado al venir a Irlanda, era descubrir que no quería corregir esa mentira.

Capítulo 26

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

William exhaló con calma. Demasiada calma.

—Así que, tu familia cree que estamos comprometidos.

Marianne asintió débilmente.

—Sí.

—Y tu tío ha enviado una carta esperando una confirmación oficial.

—Sí…

—Y tu única solución a todo esto era esperar que yo ignorara la carta y fingir que nada ocurrió.

Marianne inspiró profundamente y cerró los ojos un segundo.

—Bien, lo dices en voz alta y suena terrible, pero en mi cabeza parecía un plan bastante razonable. Me daría tiempo para pensar en algo y no terminar en la calle.

William soltó una risa baja, seca y peligrosa.

—Oh, no lo dudo.

Marianne sintió un escalofrío.

—¿Qué vas a hacer?

William la miró fijamente.

—Si todos creen que estamos comprometidos… que así sea.

Todo se volvió tan silencioso que casi podía oírse cómo la sangre de Marianne se congelaba.

—¿Qué?

William inclinó la cabeza con fingida indiferencia.

—No puedes esperar que desmienta este compromiso sin que haya consecuencias.

Marianne lo miró, horrorizada.

—¡No puedes estar considerando esto en serio!

—Oh, sí que puedo.

—¡Pero no puedes quedarte aquí fingiendo que vamos a casarnos!

—No veo por qué no.

—¡Porque… porque…!

Oh, maldita sea.

Ni siquiera tenía un argumento para debatirle aquello.

Porque la alternativa era aún peor.

Si William desmentía el compromiso, su reputación quedaría en entredicho. Su tío tendría la excusa perfecta para echarlas a la calle.

Y, aunque odiara admitirlo

William Stanley era su mejor opción en este momento.

Marianne se pasó una mano por la cara, desesperada.

—Esto es una locura.

—Bienvenida a tu propia mentira —le respondió William.

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió de golpe.

Y Carlota y Jane irrumpieron en la escena con la energía de dos huracanes felices.

—¡Hemos decidido algo! —anunció Carlota.

William no apartó la mirada de Marianne cuando respondió.

—Estoy aterrado de preguntar.

—¡Van a quedarse unos días!

—¿Perdón? —dijeron al unísono William y Marianne, justo al mismo tiempo.

—¡Sí! —continuó Jane con entusiasmo—. No podemos permitir que lord Derby se vaya sin haber pasado tiempo con su futura familia. ¡Sería una ofensa terrible!

—Además, Arthur parece encantado con nosotras —añadió Carlota con una sonrisa inocente—. ¿No es así, pequeño lord?

Arthur apareció detrás de ellas con una sonrisa enorme y satisfecha. Con las manos manchadas de chocolate, y restos en sus labios que daban pistas más que necesarias para adivinar lo que estaban haciendo.

—¡Sí!

William exhaló lentamente.

Por supuesto.

Por supuesto que esto estaba ocurriendo.

Primero, una mentira absurda.

Ahora, una invitación a quedarse.
¿Qué seguía?
Oh, claro.
Jane chocó las palmas de las manos con energía.
—¡Ahora podemos empezar con los preparativos de la boda!
Marianne casi se desmaya.
—¡¿Perdón?!
Carlota asintió, emocionada.
—No podemos perder más tiempo. ¡Hay tantas cosas que organizar!
Jane empezó a contar con los dedos:
—Vestido, flores, lista de invitados, el menú… —Oh, y los anillos —agregó Carlota.
—¡Y el vals nupcial!
—¡Y la luna de miel!
Marianne se llevó las manos a la cabeza.
—¡Basta!
Las dos se detuvieron.
Marianne las fulminó con la mirada.
—No hay boda.
Carlota y Jane fruncieron el ceño con incredulidad.
—Pero…
—No.
—Pero…
—¡No!
Las hermanas se miraron entre sí, claramente sin creerle.
Marianne se giró hacia William con el poco aliento que le quedaba.
—Diles que no hay boda.
William la miró con expresión imperturbable.
—No veo por qué desmentirlo ahora.
—¡Oh, por el amor de Dios!
Carlota aplaudió con alegría.
—¡Sabía que en el fondo eras un romántico, lord Derby!
—Yo diría que está completamente enamorado —añadió Jane con picardía.
William sonrió con una tranquilidad aterradora.
—Damas, será un placer quedarnos.
Carlota y Jane chillaron de felicidad y salieron corriendo a planear más desastres.
Marianne, por otro lado, sentía que iba a desmayarse en cualquier momento.
William se inclinó hacia ella con calma peligrosa.
—Parece que has perdido el control de tu propia mentira.
Marianne lo fulminó con la mirada.
—Voy a matarte en cuanto pueda. No puedes imaginar de lo que mis hermanas son capaces.
—Creo que me puedo hacer una idea después de conocerte.

William sonrió con falsa dulzura.
—Te mataré.
—Espero con ansias el intento, querida prometida.

Capítulo 27

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

Si alguien le hubiera dicho a Marianne que su: falso prometido, y su hijo iban a instalarse en su casa, habría hecho dos cosas: Reírse con incredulidad y huir del país, pero ahí estaban.

William Stanley, conde de Derby, ocupando su sala como si fuera su propio castillo. Arthur, correteando felizmente con Carlota y Jane, completamente ajeno a la locura que se estaba desarrollando. Y ella, al borde del colapso nervioso.

Porque si algo había aprendido en cuestión de horas, era que vivir con William no iba a ser fácil.

De hecho, iba a ser una pesadilla.

Regla número uno de la convivencia con un conde: No te relajes. Nunca.

Porque en el momento en que lo hagas, él encontrará la manera de recordarte lo insoportable que es.

Por ejemplo, a la mañana siguiente, en el desayuno.

Todo estaba en calma.

Marianne se sirvió una taza de té.

Arthur hablaba emocionado con Carlota y Jane sobre cómo era vivir en una gran mansión.

El sol entraba por la ventana y, por un breve instante, casi pareció una familia normal. Hasta que

William decidió abrir la boca.

—Dime, Marianne —dijo con voz tranquila—, ¿qué planes tienes para la boda?

Marianne escupió el té.

—¿Disculpa?

William tomó un sorbo de café con la calma de quien no acaba de soltar una bomba.

—Tus hermanas parecen muy entusiasmadas con los preparativos. Supuse que tendrías alguna preferencia sobre la fecha.

Carlota se inclinó hacia adelante con entusiasmo.

—¡Sí! Hemos pensado que en tres semanas sería ideal.

Marianne se ahogó con su propio aliento.

—¿Tres semanas?

—Nos parece razonable —dijo Jane, con total seriedad—. Después de todo, lleváis meses enamorados en secreto.

—¡Y prometidos en Londres! —añadió Carlota.

Marianne se pasó una mano por la cara.

William, por supuesto, estaba disfrutando cada segundo de su sufrimiento.

—Si tan solo hubiéramos tenido tiempo para un anuncio formal en los periódicos… —murmuró con fingido pesar.

Marianne lo fulminó con la mirada.

—¿Sabes lo que sería formal? Que mi prometido ahora se echase atrás en el compromiso.

William sonrió con falsa inocencia.

—No lo mencionemos en la iglesia el día de la boda, querida.

Marianne consideró seriamente lanzarle la taza de té a la cara.

Regla número dos de la convivencia con un conde: Olvídate de tener privacidad.

Porque William estaba en todas partes.

En la sala, leyendo el periódico con una expresión completamente inmutable mientras ella intentaba ignorarlo.

En la cocina, conversando con Jane como si no fuera un aristócrata que jamás había pisado una cocina en su vida.

En el jardín, donde Arthur jugaba con Carlota y él se quedaba observando con una mirada que a Marianne le costaba descifrar.

Y, lo peor de todo…

En su propio dormitorio.

No, no dentro.

Pero en la puerta, esperando, porque cuando Marianne salió del baño con el cabello mojado y envuelta en su bata, ahí estaba él. Apoyado contra el marco de la puerta.

Mirándola.

Demasiado fijamente.

Marianne se congeló.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

William alzó una ceja, imperturbable.

—Esperando.

—¿Esperando qué?

—A que Carlota y Jane terminen de discutir sobre las flores para la boda. Han decidido que debo dar mi opinión.

Marianne frunció el ceño.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

William se encogió de hombros.

—Nada. Simplemente no tenía dónde ir y aquí parecía un buen sitio para esperar.

Marianne apretó los dientes.

—¿Me estás diciendo que de todas las malditas habitaciones de esta casa, elegiste esperar frente a mi puerta?

—Así es.

Marianne parpadeó.

Oh, lo iba a matar.

Lo iba a matar, lo iba a enterrar en el jardín y lo iba a olvidar como si nunca hubiera existido.

—Eres intolerable.

—¿Por qué tienes el cabello rizado?

Marianne se detuvo.

—¿Qué?

William señaló su cabello con un leve movimiento de la cabeza.

—Siempre lo llevas recogido. No sabía que era así cuando lo sueltas.

Marianne se sintió ridículamente expuesta.

Porque su cabello era un desastre absoluto cuando lo dejaba secar al aire.

Y William lo estaba observando con demasiado interés.

Así que hizo lo único que pudo hacer en ese momento.

Se giró sobre sus talones, cerró la puerta de golpe en su cara y juró que un día de estos iba a estrangularlo.

Desde el otro lado de la puerta, escuchó su risa baja y arrogante.

Porque, maldita sea…

Sabía perfectamente que la estaba volviendo loca.

Regla número tres de la convivencia con un conde: No olvides que esto es una farsa.

Porque Marianne ya no estaba segura de quién estaba engañando a quién.

Porque cuando William la tocaba, lo hacía como si no fuera consciente de que no debía hacerlo.

Porque cuando la miraba, lo hacía como si no pudiera evitarlo.

Porque cuando le sonreía…

Oh.

Oh, eso sí que era peligroso.

Porque no sonreía a menudo.

Pero cuando lo hacía, era el hombre más condenadamente atractivo de la faz de la tierra.

Y Marianne estaba en serios problemas.

Porque la mentira ya no se sentía como una mentira.

Y si no tenía cuidado, pronto, iba a olvidar que lo era.

Así que Marianne había tomado una decisión.

Una muy firme.

Una muy racional. Iba a ignorar a William Stanley.

Porque si no lo miraba, si no le hablaba más de lo estrictamente necesario, si lograba evitarlo durante el resto de su estancia… tal vez, solo tal vez, dejaría de pensar en él cada maldito segundo del día.

Pero, por supuesto, su plan duró exactamente cinco minutos.

Porque cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente, allí estaba él.

Sentado a la cabecera de la mesa. Leyendo el periódico con absoluta tranquilidad.

Como si no estuviera convirtiendo su vida en un desastre.

Como si no fuera el motivo por el que ahora Carlota y Jane dibujaban corazones alrededor de su nombre en sus cuadernos.

Como si no fuera un problema en su existencia.

Marianne decidió ignorarlo.

—Buenos días —saludó a sus hermanas.

Carlota sonrió con picardía.

—¿No vas a saludar a tu futuro esposo?

Marianne se sirvió té sin levantar la mirada.

—No tengo esposo.

William, sin apartar la vista del periódico, sonrió de lado.

—Todavía.

Marianne apretó los dientes.

Jane suspiró soñadoramente.

—Oh, cómo me gusta cuando flirtean de esa manera tan elegante.

Marianne consideró seriamente ahogarse con el té.

William dobló el periódico con calma y la miró.

—¿Hoy también vas a huir de mí?

—¿Qué? —soltó ella, con el ceño fruncido.

—Desde ayer no haces más que darme la espalda cada vez que intento hablarte.

—No es cierto.

—Lo hiciste anoche cuando entré en la sala.

—Casualidad.

—Lo hiciste cuando te vi en el jardín.

—Otra casualidad.

—Lo hiciste cuando pasé junto a ti en el pasillo.

—Destino.

William ladeó la cabeza, divertido.

—Huir de mí no hará que el compromiso desaparezca, Marianne.

—Oh, no estoy huyendo.

—¿No?

—No. Simplemente te ignoro.

Carlota soltó una risita.

Jane suspiró de nuevo.

—Esto es tan romántico.

Marianne resopló y se llevó las manos a la cara.

Oh, por todos los cielos.

Para sorpresa de todos, William sugirió un paseo.

Y, para sorpresa aún mayor, Marianne aceptó.

Solo porque no quería que sus hermanas creyeran que realmente lo estaba evitando, claro. No por otra razón.

El campo irlandés se extendía con su verde infinito, el aire era fresco y, por un breve instante, Marianne pensó que tal vez podrían pasar un rato sin discutir.

Por supuesto, estaba equivocada.

—Así que… —dijo William con tono casual—, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—¿Decirte qué?

—Que tienes a toda la aldea convencida de que estamos comprometidos.

Marianne tropezó con la hierba, muy a pesar de que jamás lo había hecho.

—¡No es mi culpa!

—¿No?

—¡No! ¡Mis hermanas han estado hablando con todo el mundo y ahora hasta el panadero me felicita cada vez que me ve!

—Entonces, según tú, no tienes ninguna responsabilidad en esto.

—Exacto.

William la miró con escepticismo.

—¿Y la culpa es de quién?

—De la sociedad.

William soltó una carcajada.

Marianne se cruzó de brazos.

—No sé por qué te ríes. Es cierto.

—Por supuesto. Porque claramente, la sociedad es la que escribió cartas a mi casa anunciando el compromiso.

—Bueno, no exactamente.

William negó con la cabeza, divertido.

—Dios santo, eres incorregible.

Marianne le lanzó una mirada asesina.

—Y tú eres insoportable.

William sonrió.

—Gracias, querida prometida.

Marianne se giró bruscamente para no tener que mirarlo… y en ese mismo momento, el

cielo decidió arruinarle el día.

Porque comenzó a llover.

De manera intensa.

Como si el universo quisiera castigarla por sus malas decisiones.

—Oh, maravilloso —bufó Marianne.

—Vamos, hay un refugio allí —señaló William, con una sonrisa que claramente indicaba que estaba disfrutando de su desgracia.

Ambos corrieron hacia una vieja cabaña de piedra, empapados en cuestión de segundos.

Marianne soltó un suspiro de frustración y se sacudió el agua del cabello.

William, por su parte, parecía ridículamente cómodo, apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

—Bueno, esto es encantador.

Marianne le lanzó una mirada de advertencia.

—Si dices una sola palabra más, te juro que…

—¿Qué? ¿Me besarás para que me calle?

Marianne se quedó sin palabras.

William dio un paso adelante.

Oh, no. No, no, no.

No podía mirarla así.

No podía provocarla así.

No podía…

—¡Maldición, se está cayendo el techo! —gritó Marianne.

Porque, efectivamente, la madera crujió y una de las vigas cayó cerca de ellos.

William la agarró por la cintura y la apartó justo a tiempo.

Pero eso solo significó una cosa.

Que acabó pegado a ella. Demasiado pegado. Tan pegado que podía sentir su respiración en su mejilla.

Marianne no se atrevió a moverse.

Porque si lo hacía, lo besaría, y no podía hacer eso.

Porque esto era una farsa.

Porque nada de esto era real.

Pero cuando levantó la mirada y vio la forma en que William la observaba, pensó: Oh, qué mentira tan absurda.

Marianne hizo un esfuerzo sobrehumano por ignorarlo.

Por no notar el calor de sus manos a través de la tela de su vestido, por no fijarse en la forma en que sus labios se curvaron ligeramente cuando ella tragó saliva, por no darse cuenta de que él tampoco estaba respirando con normalidad.

Pero lo hizo.

Lo notó todo.

Y lo peor de todo, le gustó.

—Deberías soltarme —susurró.

William no obedeció.

—Debería.

Pero no lo hizo.

Porque él también estaba perdido en ese momento, había pasado días enredado en su juego de mentiras y convencido de que tenía el control de la situación. Pero no lo tenía.

Porque Marianne no era una mentira.

Era real.

Y ahora mismo estaba en sus brazos, con los labios entreabiertos y la respiración temblorosa, y él no quería hacer otra cosa que besarla.

Y eso, por primera vez en su vida, no le pareció un error.

Así que lo hizo.

La besó.

Sin pensar.

Sin contenerse.

Sin intención de detenerse.

Y, Dios.

Dios.

Fue mejor de lo que recordaba.

Fue mejor que cualquier cosa que hubiera imaginado.

Fue el tipo de beso que desarmaba cualquier plan, cualquier mentira, cualquier argumento racional.

Porque ella también lo besó de vuelta.

Sin dudas.

Sin miedo.

Sin ningún maldito remordimiento.

Y por un instante el mundo dejó de existir.

No había tormenta. No había boda falsa. No había dudas, ni problemas, ni preguntas.

Solo ellos dos, besándose como si no fueran a parar nunca.

Marianne se aferró a su chaqueta, sintiendo el sabor de la lluvia en su boca y el calor de su cuerpo contra el suyo.

William se permitió perderse en ella.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no pensó en nada más. Ni en el futuro, ni en los problemas, ni si quiera en lo que significaba.

Porque en ese momento, no significaba nada.

Y, al mismo tiempo, lo significaba todo.

Después del beso…

Cuando finalmente se separaron, ninguno de los dos dijo nada.

Porque no había nada que decir.

Porque los dos sabían que no había vuelta atrás.

Pero tampoco había un motivo para cambiar nada.

William pasó un dedo por su labio inferior, con una expresión ilegible.

Marianne se lamió los labios inconscientemente, sintiendo el sabor de él en su boca.

Y luego, simplemente, siguieron como si nada hubiera pasado.

Sin hablar de ello ni mirarse demasiado. Sin darle importancia.

Porque seguían sin estar comprometidos de verdad, seguían atrapados en la mentira que ellos mismos habían creado. Nada había cambiado.

Capítulo 28

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

Si había algo que Marianne quería evitar a toda costa, era una cena en casa del tío Eustace. Pero, por supuesto, el universo no tenía la más mínima intención de colaborar.

Porque su tío había regresado de su viaje, se había enterado de que William Stanley llevaba cinco días en su propiedad, y él todavía no le había saludado como era debido, y eso, para él, era un insulto de dimensiones catastróficas.

Así que, esa misma mañana, un mensajero apareció en la casucha de sus sobrinas con una invitación formal para cenar en la mansión.

Invitación a la que no podía negarse, claro.

Porque, si algo sabía Marianne, era que nadie en su sano juicio rechazaba una invitación del tío Eustace.

Así que ahora estaban allí.

En una cena incómoda, en una casa más grande de lo necesario, con un anfitrión que parecía disfrutar demasiado con su propio poder.

Y, por supuesto, con William, sentado a su lado, decidido a arruinarle la noche de la forma más irritante posible.

Marianne intentaba concentrarse en su comida.

De verdad lo intentaba.

Pero era complicado cuando un conde con evidente afición por la tortura psicológica decidía rozar su pierna bajo la mesa. Disimuladamente, claro. Con un simple roce de su rodilla contra la suya. Como si no fuera la persona más molesta del planeta.

Marianne se removió en su asiento y le lanzó una mirada de advertencia.

William parecía completamente ajeno al asunto.

—Señor Puddlemere —dijo con voz tranquila, cortando un pedazo de carne como si nada en el mundo le perturbara—, me sorprende lo inmensa que es su propiedad.

Eustace asintió con orgullo.

—Ha estado en la familia Puddlemere durante generaciones.

—Un hogar admirable —continuó William—. Lo cual me lleva a una pregunta curiosa.

Marianne se tensó.

Porque sabía que William nunca hacía preguntas inocentes.

Eustace levantó una ceja, divertido.

—Dígame, lord.

William se tomó su tiempo en responder.

Incluso se permitió dar otro bocado a su cena.

Solo cuando Eustace ya parecía algo impaciente, lanzó su golpe.

—Me preguntaba por qué, teniendo una casa tan grande y vacía, decidió que sus sobrinas vivieran en una cabaña que yo no destinaría ni para el perro de la familia.

Marianne casi se atraganta.

El silencio que cayó sobre la mesa fue inmediato.

Carlota y Jane se quedaron completamente quietas.

Eustace soltó una pequeña risa, pero había una rigidez en su mandíbula que antes no estaba ahí.

—Oh, lord —dijo, fingiendo despreocupación—, lo dice como si las hubiera echado a la calle.

William sostuvo su mirada.

—¿No lo ha hecho?

—Por supuesto que no. Fueron ellas las que quisieron privacidad.

Marianne mantuvo la respiración.

Porque esa excusa no tenía sentido.

Y William lo sabía.

—¿Privacidad? —repitió el conde con fingido interés—. Curioso.

Eustace tomó un sorbo de su vino antes de responder.

—Marianne insistió en que quería independencia.

—Independencia.

—Así es.

—Ajá.

Marianne cerró los ojos un segundo.

William se estaba divirtiendo.

Y eso nunca significaba nada bueno.

El conde se reclinó en su asiento, con una expresión de absoluto entretenimiento.

—Entonces, según usted, tres niñas pequeñas querían privacidad e independencia.

—Exactamente.

William alzó una ceja.

—Qué peculiar.

Eustace frunció el ceño.

—¿Por qué lo dice?

William sonrió, peligrosamente relajado.

—Porque en toda mi vida, nunca he conocido a una niña de doce años que desee, independencia. Tengo entendido que Marianne llegó aquí con solo diez años, entonces, me cuesta comprender lo que dice usted.

Marianne apretó los labios con fuerza.

Porque, aunque detestaba admitirlo, tenía razón.

La justificación de su tío no tenía ningún sentido.

Y William no iba a soltar el asunto.

Cuando Marianne sintió la presión de la pierna de William contra la suya nuevamente, supo que lo había hecho a propósito.

Era una provocación.

Un pequeño juego de poder para hacerle entender que sabía que su tío mentía.

Marianne inhaló lentamente y le devolvió la jugada.

Empujó su rodilla contra la de él, firme, como si dijera: *No empieces.*

William, maldito arrogante, no la apartó.

De hecho, pareció encontrarlo divertido.

Y la miró con una sonrisa mínima, casi imperceptible, que le dijo exactamente lo que estaba pensando.

Si crees que voy a dejar pasar esto, querida, es que no me conoces en absoluto.

Marianne apretó los dientes.

Porque odiaba que la desafiara así.

Porque odiaba que se divirtiera con esto.

Porque odiaba que su piel ardiera con un simple roce bajo la mesa.

Eustace, ajeno a la guerra silenciosa que se libraba entre ellos, continuó con su falsa explicación.

—Mis sobrinas han sido siempre muchachas de carácter fuerte. Querían su propio espacio y, por supuesto, no iba a negárselo.

William asintió lentamente.

—Qué considerado por su parte.

—Siempre lo soy con la familia.

—Oh, no lo dudo.

William sonrió.

Pero Marianne lo conocía lo suficiente para saber que esa sonrisa no era amigable. Era la sonrisa de un hombre que estaba reuniendo toda la información necesaria para arruinar a su

enemigo.

Y Marianne no sabía si eso la preocupaba, o la emocionaba.

La cena continuaba, pero el ambiente había cambiado por completo. La sonrisa de lord Puddlemere se había vuelto tensa. Carlota y Jane seguían calladas, demasiado sorprendidas por lo que estaba ocurriendo.

Marianne sentía el corazón latiéndole con fuerza.

Porque William ya no estaba jugando.

Hasta ahora, había mantenido un tono moderado.

Hasta ahora, había dejado que Marianne lo enredara en una mentira absurda. Había soportado convivencias incómodas, discusiones innecesarias y juegos bajo la mesa.

Pero esto, esto sí que no lo iba a permitir.

Así que cuando Puddlemere dejó su copa de vino sobre la mesa, lo hizo con una precisión tan calculada que todos supieron que algo estaba a punto de suceder.

—Mis sobrinas han sido siempre muchachas de carácter fuerte —insistió Eustace, con su sonrisa falsa—. Querían su propio espacio.

William se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando un codo sobre la mesa y entrelazando los dedos.

—¿Su propio espacio?

—Exactamente.

—Ajá.

Silencio.

Eustace bebió un trago de su copa, con evidente incomodidad.

Pero William no había terminado.

—Así que, según usted, tres niñas decidieron que preferían vivir en una cabaña helada, con goteras en el techo y sin el más mínimo lujo, en lugar de residir en una mansión que tiene más habitaciones de las que un solo hombre podría ocupar en toda su vida.

Eustace empezó a sudar.

—Bueno, ya sabe cómo son los jóvenes.

William esbozó una sonrisa mínima, letal.

—No, no lo sé. Ilústreme.

Eustace soltó una risa nerviosa.

—Lord, esto es un malentendido.

—¿Un malentendido? —William repitió la palabra con lentitud, como si saboreara su propia furia.

—Por supuesto. Mis sobrinas están perfectamente atendidas.

William soltó una carcajada baja, sin rastro de humor.

—¿Atendidas? ¿Es eso lo que llama a dejarlas a su suerte?

—No sea dramático, lord.

William soltó el cuchillo que sostenía, dejándolo caer sobre su plato con un sonido metálico y seco.

Y entonces habló.

—No es de recibo que unas niñas pasen frío en invierno cuando en la mansión de enfrente

se malgasta carbón para mantener un castillo caliente para una sola persona.

El golpe fue tan brutal que hasta Carlota y Jane se quedaron sin aliento.

Eustace palideció.

Marianne se cubrió la boca con la mano.

Porque nunca antes había oído a William Stanley hablar con tanto desprecio.

Con tanto enfado contenido.

Con tanto peligro palpable.

El conde se inclinó un poco más, clavando la mirada en Eustace como si pudiera aplastarlo con solo mirarlo.

—Dígame, Puddlemere, ¿qué haría su círculo de amistades si supiera que, mientras usted disfruta del calor y la comodidad de su mansión, sus propias sobrinas han pasado inviernos sin leña suficiente para mantenerse calientes?

Eustace trató de responder, pero no encontró palabras.

Porque William tenía razón.

Porque esto ya no era una conversación privada.

Porque si un hombre como el conde de Derby empezaba a hablar de estas cosas en los círculos adecuados, su reputación quedaría arruinada.

Eustace soltó el aire con fuerza, intentando recomponerse.

—Quizás he sido demasiado severo.

William ladeó la cabeza.

—Quizás.

Eustace tragó saliva.

—No quise que pasaran dificultades.

—Oh, por supuesto que no. De hecho, seguro que todo esto ha sido una gran equivocación.

El sarcasmo era ácido.

Marianne nunca había visto a un hombre destruir a otro con tanta elegancia.

Eustace exhaló con resignación.

Y entonces, finalmente, cedió.

—Me disculpo.

William no se movió.

—No conmigo.

Eustace se giró hacia Marianne, Carlota y Jane, con el rostro más tenso que nunca.

—Mis queridas sobrinas, espero que puedan, aceptar mis disculpas.

Carlota cruzó los brazos.

—No parece muy sincero.

Jane asintió.

—Sí, hazlo de nuevo, pero con más sentimiento.

Marianne ahogó una carcajada.

William sonrió con satisfacción, y puede que también con fascinación por ver a aquellas dos niñas exigir a su tío pedir perdón.

Capítulo 29

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

El aire fresco de la noche fue un alivio después de la tensión de la cena.

El tío Eustace se había visto obligado a tragarse su orgullo, a disculparse con sus sobrinas y, lo más importante, a saber que el conde de Derby no era alguien con quien debía jugar.

Pero William ya no estaba pensando en Eustace.

Porque ahora, mirando a Marianne y a su familia mientras paseaban por el jardín, había algo más que ocupaba su mente.

Y, por primera vez, no le producía duda alguna.

No había confusión.

No había indecisión.

Había certeza absoluta.

Había pasado semanas tratando de entender qué sentía por ella.

Ahora lo sabía.

Y, cuando lo supo, no pudo hacer otra cosa que actuar.

Así que lo hizo.

Sin planearlo.

Sin pensarlo demasiado.

Con la misma claridad con la que respiraba.

Porque, por primera vez en su vida, sabía exactamente qué debía hacer.

Marianne estaba distraída. Jane y Arthur jugaban juntos, corriendo entre los árboles. Carlota recogía flores, hablando con una emoción infinita sobre los preparativos de la boda. Una boda que, según ella, iba a ser: el evento del siglo.

Todo parecía tan, natural. Tan familiar.

Como si de verdad fueran una familia.

Como si nada de esto fuera una mentira.

Y, por eso, cuando Marianne se giró y vio a William arrodillado frente a ella, sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—¿Qué, qué, haces?

William la miró fijamente.

Con una expresión tan seria que su corazón se saltó un latido.

—Estoy pidiéndote matrimonio.

Se produjo un silencio tan profundo que se podía escuchar el crujido de las hojas bajo los pies de Jane y Arthur cuando se detuvieron en seco.

Carlota abrió la boca y la cerró varias veces, como un pez fuera del agua.

Marianne parpadeó.

—¿Perdón?

William tomó aire y lo dijo de nuevo.

—Cásate conmigo.

La cabeza de Marianne empezó a dar vueltas.

—Pero…

Él alzó una ceja.

—¿No es esto lo que querías?

—Sí, pero…

—¿No es lo que hemos estado diciendo a todo el mundo?

—¡Sí, pero…!

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Marianne abrió la boca para responder, y no encontró palabras.

Porque esto no estaba en el plan.

William no tenía por qué hacer esto.

Podían seguir con la mentira un poco más, él regresar a Londres, y con el tiempo dejar que todo se desvaneciera. Era lo único que ella necesitaba, un poco más de tiempo.

Pero aquí estaba.

De rodillas.

En el jardín de su tío.

Pidiéndole matrimonio como si realmente lo quisiera.

—Te pido disculpas por no tener un anillo —continuó William—, pero me temo que no planeé hacerlo esta noche.

Carlota soltó un chillido.

—¡¿Es lo más romántico que he visto jamás?!

Jane estaba demasiado ocupada mirando a Marianne con los ojos más grandes del mundo.

—¡¿VAS A DECIR QUE SÍ?!

Arthur solo parpadeó varias veces, confundido.

—¿Papá?

Marianne lo miró.

Lo miró y cometió un error fatal.

Porque cuando vio la forma en que él la miraba, algo dentro de ella se derritió.

Se suponía que esto era parte de la mentira.

Pero parecía demasiado real.

Así que dijo lo único que podía decir.

—Sí.

Más silencio.

Hasta que Carlota gritó.

—¡¡HA DICHO QUE SÍ!!

Jane chilló con ella.

Arthur se quedó con la boca abierta.

Y William…

William simplemente sonrió.

Esa noche, después de la cena y el paseo por el jardín, William llevó a Arthur a su habitación para acostarlo.

El niño estaba agotado después de tanto correr con Carlota y Jane, pero su pequeña mente aún estaba demasiado despierta.

Se dejó caer en la cama, pero en lugar de cerrar los ojos, se quedó mirando a su padre con una expresión extrañamente seria.

William le quitó los zapatos con calma.

—Deberías dormir.

Arthur no se movió.

—Papá.

William levantó la vista.

—¿Sí?

El niño frunció el ceño.

—¿De verdad vas a casarte con la señorita Stretton?

William parpadeó.

Porque, de todas las personas que podrían haber hecho esa pregunta, no esperaba que fuera Arthur.

—Sí —respondió sin dudar.

Arthur abrió la boca y luego la cerró.

Parecía procesar la información.

—Pero, ¿no se suponía que era una mentira?

William sonrió levemente.

—Lo era. Ya no lo es.

Arthur se quedó completamente quieto.

Su padre no solía cambiar de opinión.

Si decía que algo era blanco, era blanco.

Si decía que algo era negro, era negro.

Pero aquí estaba, admitiendo sin problemas que la mentira había desaparecido.

Arthur inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Eso significa que la amas?

William soltó un pequeño suspiro.

Porque eso sí que era una pregunta difícil.

No porque no supiera la respuesta.

Sino porque, aún no estaba listo para decirlo en voz alta.

Así que eligió otra verdad.

—Significa que no pienso dejarla ir.

Arthur lo estudió durante unos segundos.

Y, de pronto, sonrió.

—¡Bien! Porque me gusta mucho.

William soltó una risa baja.

—¿Sí?

Arthur asintió con fuerza.

—Sí. Es la mejor institutriz que hemos tenido. Y es bonita. Y siempre huele a flores.

William no pudo evitar sonreír.

Porque sabía exactamente a qué se refería.

Arthur se acurrucó en su almohada bostezando.

—Me alegra que vaya a ser mi mamá.

William se congeló.

Pero cuando vio a su hijo cerrar los ojos, supuso que no había sido un comentario estudiado. Le había salido sin pensarlo.

Arthur simplemente lo creía.

Creía que Marianne iba a quedarse. Creía que finalmente tendrían una familia.

Y, por primera vez, William no quiso corregirlo.

Porque tal vez era cierto.

Tal vez, después de todo, eso era exactamente lo que iba a pasar.

Capítulo 30

Julio de 1818
Dublín, Irlanda

Días más tarde, después de la sorpresa de la propuesta, la vida continuó, pero no como antes.

Porque algo había cambiado.

Marianne lo notaba en cada gesto, en cada palabra, en cada maldita mirada que él le lanzaba.

William ya no actuaba como alguien que estaba jugando.

No hacía comentarios sarcásticos sobre la boda.

No rodaba los ojos cuando Carlota y Jane hablaban de los preparativos. No fingía desinterés cuando ella mencionaba algún detalle de su vestido.

No, nada de eso.

En lugar de eso, le acercaba la silla a la mesa como si fuera natural. Le ofrecía su brazo cuando salían a pasear. La llamaba mi prometida sin ningún tipo de ironía.

Y lo peor de todo…

La miraba.

Como si realmente fuera a casarse con ella.

Como si realmente lo deseara.

Así que Marianne después de poder darse cuenta de todo eso, hizo lo único que podía hacer.

Marianne lo encontró en la biblioteca.

William estaba de pie junto a una estantería, ojeando un libro, completamente tranquilo.

Como si no estuviera destruyendo su mundo con su nueva actitud.

Marianne cerró la puerta y fue directo al grano.

—¿Qué estás haciendo?

William levantó la vista con calma.

—Leyendo.

—No. Me refiero a esto. —Se señaló y lo señaló.

Él ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Marianne cruzó los brazos.

—Has estado comportándote extraño.

William cerró el libro con lentitud.

—¿Extraño?

—Sí. Como si realmente… —Se detuvo.

Porque decirlo en voz alta era demasiado aterrador.

William la observó en silencio durante un momento.

Y luego, simplemente, sonrió.

—Tal vez porque ya no estoy fingiendo.

Marianne sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Qué?

William dio un paso hacia ella.

—No estoy fingiendo.

—Pero —eso fue lo único que pudo decir ella.

Otro paso.

—La mentira se ha acabado, Marianne.

—No puede ser.

Otro paso más.

—Oh, sí que puede.

Y entonces, cuando la tenía tan cerca que ella podía sentir su respiración, susurró lo inevitable:

—Voy a casarme contigo. De verdad.

Y no había ninguna mentira en sus ojos.

—No.

La palabra salió de los labios de Marianne con tal rapidez que casi se convenció de que lo sentía de verdad.

Pero estaba lejos de sentirlo, porque en la forma en que William la miraba, con la tranquilidad de quien ya ha tomado una decisión inquebrantable, le decía que su negativa no iba a hacer el menor de la diferencia.

Porque para él, esto no era una conversación.

Esto ya estaba decidido.

Y eso la aterrorizaba.

—Oh, sí —replicó él, con esa seguridad irritante que tanto la sacaba de quicio—. Sí que puede ser.

Marianne dio un paso atrás.

Necesitaba aire, espacio, necesitaba un milagro.

—¡No puedes decir algo así y esperar que lo acepte sin más!

—¿Por qué no?

—¡Porque esto era una mentira!

—Y ahora ya no lo es.

—¡Pero debería serlo!

—¿Por qué?

—¡Porque… porque…!

Marianne se quedó en blanco.

Porque no tenía una respuesta, no había un solo motivo razonable para decir que no.

Porque William Stanley era un conde, un hombre honorable, un futuro esposo que cualquier dama en Londres mataría por tener.

Y, sin embargo, decir que sí le resultaba completamente imposible.

—Esto no tiene sentido —murmuró, frotándose la sien como si pudiera obligar a su cerebro a encontrar una solución que no existía—. No puedes tomar una decisión como esta sin consultarme antes.

—Oh, te lo estoy consultando, de hecho ya te lo consulté hace días.

—¡De rodillas y en público no es una consulta, es una emboscada!

—No escuché ninguna queja en ese momento.

—¡Porque pensaba que estabas fingiendo!

William inclinó la cabeza con fingida curiosidad.

—¿Y si te hubiera besado allí mismo, frente a todos, también habrías creído que era parte de la farsa?

Marianne abrió la boca y luego la cerró.

Porque no, eso sí que no lo habría creído.

Porque William no besaba como un hombre que estaba mintiendo.

Porque la noche del baile, cuando la había sacado de la pista y le había tomado el rostro entre sus manos antes de robarle el aliento con su boca, oh no. Aquello no parecía una mentira.

Porque ese beso no había sido una mentira.

Y, de pronto, lo entendió todo.

—¿Desde cuándo? —susurró, con la voz temblorosa.

William se cruzó de brazos, observándola con esa expresión enigmática que tanto la desesperaba.

—¿Desde cuándo qué?

Marianne lo fulminó con la mirada.

—¡Desde cuándo dejaste de fingir!

Él no respondió de inmediato.

Parecía medir sus palabras.

O tal vez, simplemente disfrutaba verla desesperarse.

Porque eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Desesperándola. Volviéndola loca. Atándola a una realidad de la que no podía escapar.

—Tal vez siempre supe que no era una mentira —respondió finalmente, con esa voz tranquila que la desarmaba por completo—. O tal vez lo descubrí después de verte enfrentarte a todo el mundo con tal de proteger a tus hermanas.

Marianne tragó saliva.

Porque esa respuesta era demasiado peligrosa, ya que significaba que él había visto lo que nadie más veía.

Porque significaba que William Stanley la conocía mejor de lo que ella quería admitir.

—No —susurró, más para sí misma que para él—. No puede ser.

—¿Por qué no?

Marianne soltó una risa nerviosa, completamente desbordada.

—¡Porque esto no es un cuento de hadas!

William sonrió levemente.

—No. Es mejor.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Marianne se giró bruscamente y empezó a caminar de un lado a otro, demasiado nerviosa para quedarse quieta.

Porque esto no estaba pasando.

Porque no podía estar pasando.

Porque las cosas no funcionaban así.

Porque no tenía sentido que un conde, un hombre que podía casarse con cualquier dama de esa alta sociedad a la que él pertenecía, hubiera decidido elegirla a ella.

Porque todo esto era una locura.

Y, sin embargo, cuando volvió a mirarlo, cuando vio la manera en que la observaba, sintió la intensidad de su mirada.

Nada había tenido más sentido en su vida.

Y ese era el verdadero problema.

Porque si aceptaba que esto era real, entonces también tenía que aceptar que podía perderlo.

Y eso sí que no podía soportarlo.

Así que hizo lo único que pudo hacer.

Negarlo.

Rechazarlo.

Convencerse de que todo era un error.

—No —susurró, sacudiendo la cabeza—. No puedo casarme contigo.

William no reaccionó de inmediato.

Solo la miró.

Como si ya esperara esa respuesta.

Como si no tuviera la menor intención de aceptarla.

—¿Por qué?

Marianne se mordió el labio porque no tenía una respuesta. Porque no había un solo motivo lógico para negarse.

Pero, a veces, el miedo no necesitaba lógica.

—Porque… porque no quiero ser una obligación para ti —dijo finalmente, obligándose a mantener la voz firme—. Porque si realmente me quisieras como esposa, lo habrías sabido desde el principio.

William soltó una carcajada seca.

—¿Y quién te ha dicho que no lo sabía?

Marianne se quedó sin aire.

Porque la forma en que lo dijo, oh, Dios, nunca había sonado más seguro, parecía tan real, tan definitivo, tan irreversible.

Porque si él realmente lo sabía desde el principio, entonces, entonces ella no tenía escapatoria.

Y, por primera vez en su vida, no estaba segura de querer escapar.

Soltó el aire en un suspiro, bajando la cabeza y cerrando los ojos un momento.

Porque admitirlo en voz alta era lo más difícil que había hecho jamás, pero no tenía sentido negarlo más.

Así que lo dijo.

—Tengo miedo.

Su voz salió más baja de lo que esperaba, más frágil.

Pero William la escuchó.

Por supuesto que la escuchó.

Y no dijo nada.

No la interrumpió, no la presionó.

No intentó convencerla de lo contrario. Solo esperó. Esperó a que ella terminase con todo lo que tenía que decir.

A que se permitiera decir todo lo que había guardado dentro durante demasiado tiempo.

Marianne se mordió el labio, reuniendo el valor para continuar.

—Nunca pensé que pudiera enamorarme de un hombre así.

William arqueó una ceja, claramente divertido.

—¿Así?

—Así —repitió ella, sin mirarlo directamente—. Tan exasperante.

—Qué halago.

—Tan insoportable.

—Por favor, sigue.

—Tan absolutamente imposible.

—Marianne, si sigues lanzándome cumplidos, me vas a ruborizar.

Ella levantó la vista con una mirada asesina, pero su corazón latía demasiado fuerte como para que su enfado fuera creíble.

Porque lo único que podía pensar era que William estaba allí.

Que seguía allí.

Que no la estaba dejando huir.

Que realmente la quería.

Y, por primera vez en su vida, no quiso huir tampoco.

Así que, cuando él sonrió de esa manera tan condenadamente arrogante y dijo lo inevitable, Marianne supo que ya no había vuelta atrás.

—No habías conocido a nadie como yo antes.

Ella resopló, rodando los ojos.

—Qué gran descubrimiento.

—Es la verdad.

—Oh, claro. Eres único, excepcional y completamente insufrible.

William se inclinó ligeramente hacia ella.

—Exactamente.

Marianne se quedó sin aire.

Porque estaba demasiado cerca.

Porque si daba un solo paso adelante, su pecho rozaría el de él. Porque si levantaba un poco el rostro, su boca quedaría a la altura de la suya, porque si no hacía algo en ese instante, él la besaría.

Y, por primera vez, lo deseaba tanto que le asustaba.

Pero, en lugar de besarla, William sonrió con una tranquilidad devastadora y dijo lo que la terminó de desarmar por completo.

—Desde el día en que nuestros caminos se cruzaron en aquel puerto de Liverpool, el destino ya estaba planeando que tú y yo terminásemos juntos.

Marianne contuvo la respiración.

Y entonces, oh, Dios, entonces él añadió la última frase.

—¿Y sabes algo? No puedo estar más de acuerdo con el destino en su perfecta elección.

Marianne no supo cuánto tiempo se quedaron así.

Solo sabía que el mundo parecía haberse reducido a ese momento.

A esa mirada, a esa certeza en su voz, a la forma en que su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo.

Y, cuando finalmente exhaló, sintiendo cómo el último resquicio de resistencia se desvanecía de su cuerpo, supo que estaba perdida.

Así que hizo lo único que podía hacer.

Se acercó.

Muy lentamente.

Muy suavemente.

Y, en el instante en que su frente rozó la de él, William cerró los ojos.

Porque sabía lo que significaba.

Sabía que había ganado.

Sabía que Marianne Stretton acababa de rendirse por completo.

Y, Dios santo, no había victoria más dulce.

Epílogo

Liverpool, 1820

El comedor de la residencia del conde de Derby rebosaba vida y risas.

Era un hecho curioso, considerando que años atrás, William nunca había imaginado que este lugar, su propio hogar, pudiera sentirse tan cálido de nuevo.

Pero lo era.

Porque ahora, cada noche, se sentaba en una mesa rodeado de una familia que no sabía que necesitaba.

Porque ahora, en lugar de silencios incómodos y conversaciones superficiales, las cenas estaban llenas de anécdotas, discusiones ridículas y carcajadas incontrolables.

Porque ahora, cuando miraba a su esposa, seguía sintiendo ese mismo golpe en el pecho que había sentido dos años atrás, en Irlanda, cuando finalmente la había escuchado decir que lo amaba.

Y esa noche en particular, como en muchas otras, todo comenzó con Carlota.

—He estado pensando —anunció ella, con su mejor tono de: estoy a punto de decir algo que nadie va a aprobar, pero que haré de todos modos—, que sería una excelente idea viajar a Bath esta temporada.

El comentario fue recibido con distintos niveles de reacciones.

Marianne, que estaba cortando su carne con absoluta tranquilidad, se detuvo y levantó la vista con lentitud.

Arthur, ahora un jovencito de diez años con una lengua aún más afilada que su padre, soltó una carcajada.

—Eso no es nada nuevo, Carlota —dijo con una sonrisa burlona—. Llevas al menos seis meses esperando que alguien te lleve a Bath.

Jane, que estaba sentada a su lado, suspiró con dramatismo y apoyó el mentón en la mano.

—Oh, la temporada en Bath… bailes, paseos, conversaciones bajo la luz de la luna. Qué maravilloso sería vivir una historia como la de lady Elizabeth y el duque de Blackmore.

William levantó una ceja.

—¿Quién demonios son?

—Los personajes de un libro —murmuró Marianne con resignación, antes de girarse hacia su hermana menor—. Jane, hemos hablado de esto. No puedes comparar la realidad con las novelas románticas.

—¿Por qué no? —replicó Jane, con el ceño fruncido—. Después de todo, tú te casaste con un conde de una manera bastante novelesca.

Carlota asintió enérgicamente.

—¡Exactamente! Y ahora que tengo diecisiete años, creo que sería una excelente idea presentarme en sociedad.

Marianne se atragantó con el vino.

William soltó un suspiro, ya anticipando el desastre.

Arthur, por su parte, se cruzó de brazos con una sonrisa burlona.

—Oh, sí. Porque claramente tú tienes un carácter demasiado fuerte para soportar el tedio de las conversaciones de la alta sociedad.

Carlota lo fulminó con la mirada.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí.

—No, no lo sé.

Arthur se inclinó hacia adelante con diversión.

—Déjame recordártelo. Hace tres semanas, cuando lady Stamford dijo que una dama debía comportarse con recato y discreción, ¿qué fue lo que hiciste?

Carlota sonrió con inocencia.

—Simplemente expresé mi opinión.

Arthur se volvió hacia William con una expresión de pura satisfacción.

—Le lanzó un pastel en la cara.

William cerró los ojos un momento, con una expresión que decía claramente: ¿Por qué es mi familia así?

Marianne apoyó la cabeza en su mano y se mordió el labio para no reír.

Carlota se encogió de hombros.

—Se lo merecía.

—Oh, sin duda —intervino Jane, con una mirada soñadora—. Pero no puedes lanzar pasteles en un salón de baile, Carlota.

—No si no me provocan.

Arthur soltó una carcajada.

—Si Marianne y William te llevan a Bath, terminarás escandalizando a toda la nobleza en menos de una semana.

Carlota se cruzó de brazos con fingida indignación.

—No es cierto.

—Lo es completamente —intervino William por primera vez, con una expresión de cansancio resignado—. Y lo peor es que me lo estoy imaginando con absoluta claridad.

Carlota le lanzó una mirada acusadora.

—Pero, ¡sois vosotros los que me habéis criado estos últimos años! ¡Sois responsables de mi comportamiento!

William soltó una carcajada baja y miró a su esposa.

—Eso es cierto. Esto es culpa tuya, Marianne.

—¿Mía?

—Oh, sí. Antes de que aparecieras en mi vida, mi casa era tranquila y ordenada.

Marianne arqueó una ceja.

—¿De verdad estás insinuando que lo prefieres de ese modo?

William la miró fijamente durante un largo momento antes de inclinarse hacia ella con una sonrisa perezosa.

—No. No lo prefiero.

Marianne sintió el calor subirle por el cuello.

Porque dos años de matrimonio con William Stanley no la habían inmunizado contra esa maldita mirada.

Porque él aún podía hacerla derretirse sin el menor esfuerzo.

Arthur hizo una mueca de desagrado.

—Oh, por favor. Otra vez no.

Carlota rodó los ojos.

—Por el amor de Dios, ¿podrías dejar de mirarla como si fueras un poeta atormentado?

Jane sonrió con ternura.

—A mí me parece romántico.

Arthur bufó.

—Tú piensas que todo es romántico.

—Porque lo es.

—La semana pasada dijiste que los patos en el lago parecían almas gemelas.

—Y lo eran.

—Jane, eran dos patos.

Marianne se cubrió la cara con las manos mientras la conversación degeneraba en una discusión ridícula sobre la capacidad de los patos para enamorarse.

William se inclinó hacia ella y murmuró con diversión.

—¿Recuerdas cuando cenabas sola y todo era pacífico?

Marianne se giró hacia él con una sonrisa pícara.

—No.

—Yo tampoco.

Ella rio.

Porque eso era el caos.

Porque eso era la familia.

Porque eso era exactamente lo que nunca supo que quería, y ahora no podía imaginar su vida de otra manera.

Así que cuando William tomó su mano debajo de la mesa y entrelazó sus dedos con los suyos, Marianne supo que no había nada que pudiera hacer para detener la felicidad que crecía dentro de ella.

Porque, al final del día, lo único que realmente importaba era esto. La risa de su familia. Las conversaciones interminables. Los gestos silenciosos de amor entre ella y su esposo.

Y sí, los escándalos inevitables de Carlota en Bath.

Porque, definitivamente, nada iba a impedir que eso sucediera.

FIN